

BOLETIN de la Real
Academia de Ciencias,
Bellas Letras y Nobles Artes
de Córdoba



ENERO A MARZO 1944
AÑO XV. — NÚM. 48

SUMARIO

Páginas

I.—Hijos ilustres de Córdoba. Marcos Rafael Blanco Belmonte.....	3
II.—Concepto empírico de la Medicina. Discurso de recepción, por don José Navarro Moreno.....	5
III.—Contestación al anterior Discurso, por D. José M. ^a Rey Díaz.....	37
IV.—Los fundadores de las Córdobas de América, por D. José de la Torre...	51
V.—Braserillos árabes hallados en Córdoba, por D. Samuel de los Santos..	65
VI.—La busca de la Felicidad, por D. Rafael Castejón.....	71
VII.—Góngora en Italia. Sus relaciones con Chiabrera, por D. Guillermo de Torre.....	82
VIII.—La famosa capilla del Mihrab, que amenazaba hundirse en la segunda mitad del siglo XVIII, fué restaurada por el arquitecto francés don Baltasar Dreveton, por D. Enrique Romero de Torres.....	83
IX.—Antología de Córdoba. La plegaria de un cordobés, por Blanco Belmonte	89
X.—Bibliografía.....	93
XI.—Noticias.....	111
Talla policromada de la Virgen del Rosario, por D. Victoriano Chicote. (Lámina fuera de texto).	

CONSEJO DE REDACCIÓN

Dr. D. José Amo Serrano, Director de la Academia.

Dr. D. Manuel Enríquez Barrios, Censor de la Academia.

D. Antonio Sarazá Murcia, Secretario de la Academia.

Publicación trimestral.

Precio de suscripción: 10 pesetas al año. Número suelto 5 pesetas

Publicaciones de la Real Academia de Córdoba

La estación prehistórica de Alcolea, por don Antonio Carbonell T-F., don Vicente de la Puente y don Aurelio Rodríguez.—1924.—Folleto de 32 páginas.—2 ptas.

La enseñanza entre los musulmanes españoles. Bibliófilos y bibliotecas en la España musulmana, por don Julián Ribera.—3.^a edición.—1925.—5 pesetas.

Versos de Góngora, Edición del III Centenario, por don José Priego López.—1927.—372 pgs. en 8.^o—5 ptas.

Córdoba durante la Guerra de la Independencia 1808-1813, por don Miguel Angel Orti Belmonte.—1930.—302 pg. en 4.^o—15 pts

Ideas sobre la tectónica de España, por R. Staub, versión española de don Antonio Carbonell T-F.—1927.—88 pgs. en 4.^o

Hospitales de Córdoba, Monografía histórico-médica, por don Germán Saldaña Sicilia.

Boletín de la Real Academia

de

Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes

de Córdoba

AÑO XV

ENERO A MARZO 1944

NÚM. 48

GALERIA DE ESCRITORES ILUSTRES
QUE PERTENECIERON A LA ACADEMIA



MARCOS RAFAEL BLANCO BELMONTE

Nació en Córdoba en 1871.

Murió en Madrid el día 15 de
Septiembre de 1936, víctima
incruenta de la guerra.

Carácter empírico de la Medicina

Discurso de recepción como Numerario en la Real Academia de Córdoba, del Dr. D. José Navarro Moreno, leído el 21 de Febrero de 1942.

Hace cerca de cuatro lustros, en una tarde tibia y perfumada de primavera, en uno de esos atardeceres de la primavera cordobesa que tanto predisponen a la melancolía, fuí invitado por el malogrado amigo y compañero D. Emilio Luque Morata a asistir a la sabatina reunión de la Real Academia de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes.

No conocíamos por dentro la docta Corporación.

Su carácter apacible, sosegado, acogedor, lleno de una tranquilidad espiritual, que impregnaba su ambiente, nos dió la sensación de haber llegado a un oasis en el azaroso ca-

asistir a la reunión, convirtiéndonos de este modo en asiduos asistentes, germinando más tarde la suprema aspiración que se convierte en realidad en este acto.

Y ¡oh contrastes de la vida! Por un triste designio de la Providencia, el puesto que yo vengo a ocupar en esta Academia es el que dejó vacío, al truncarse su vida en lo mejor, cuando por su madurez empezaba a dar sus más sazonados frutos, aquél que un día fué nuestro introductor.



D. José Navarro Moreno, Doctor en Medicina, especialista en Otorinolaringología, y actual Decano del Cuerpo de la Beneficencia provincial de Córdoba. Nació en Granada el 3 de Julio de 1884. Ingresó en nuestra Academia como Correspondiente el 8 de Noviembre de 1924. Pertenece también como Numerario a la Academia de Ciencias Médicas de Córdoba, desde 4 de Mayo 1942.

mino de la vida, llena de intranquilidades, de luchas, de intrigas, del constante traginar a que obliga la lucha por la existencia. En este torrente, la Academia nos hizo la impresión en aquella tarde, cuyo recuerdo no se borrará jamás de nuestra mente, de un tranquilo remanso.

Con el deleite que el vicioso busca la droga de su afición, esperábamos el sábado para

VICESECRETARÍA DE EDUCACIÓN POPULAR
DELEGACIÓN PROVINCIAL DE
CÓRDOBA
- VISADO -

Me vais a permitir, señores Académicos, que quebrantando la protocolaria costumbre, prescindida de hacer la biografía de mi antecesor. Suficientemente conocido de todos, no precisa que yo le descubra, para lo que, por otra parte, no nos consideramos capacitados. Unicamente haré constar y no como alarde de falsa modestia, sino con la sinceridad que es norma de los actos de mi vida, que aunque en ello ponga toda mi voluntad, no será posible que el vacío dejado por D. Emilio Luque pueda ser llenado por el sucesor que habeis elegido, pues las cualidades y rasgos que caracterizaban su personalidad, son difíciles de igualar e imposibles de superar.

Respetemos su reposo y honremos su memoria depositando sobre su tumba la flor de un sentido recuerdo de admiración.

Y ahora quisiera decir dos palabras justificativas del tema elegido, cuyo contenido tal vez parezca extravagante para algunos de los que me escuchan.

Para los que todas las actividades de la vida se consumen en el ejercicio práctico de la profesión, y esto, encerrados en el estrecho marco de una de sus ramas, no es fácil tarea la de componer un discurso que pueda interesar, no ya al total auditorio profesionalmente heterogéneo, sino aun para los profesionalmente homólogos a los que, de no cultivar la misma especialidad, estas cuestiones solo pueden interesarle de un modo muy relativo.

Salirnos de la esfera de nuestras actividades es una temeridad, pues no nos consideramos capacitados para ello, por lo que nos conduciría a un seguro fracaso.

Estas razones nos han inducido a elegir un asunto de índole general que pueda interesar igualmente a profesionales y a profanos; a cada cual desde su punto de vista, pues creemos que a todos les será grato saber que piensa de la profesión que ejerce un viejo Médico, que siempre tuvo como preocupación fundamental de su vida la salud de sus enfermos; que ha estudiado cuanto ha podido y que ha meditado mucho sobre los fundamentos de su disciplina y que, más por la experiencia de los años, que por lo poco que pudo llegar a aprender, se considera autorizado para tener un criterio personal, el cual he tratado de desarrollar, con toda la crudeza de la realidad, haciendo a modo de confesión general, la exposición justificada de mi posición frente a los problemas médicos.

*
* *

Carácter empírico de la Medicina

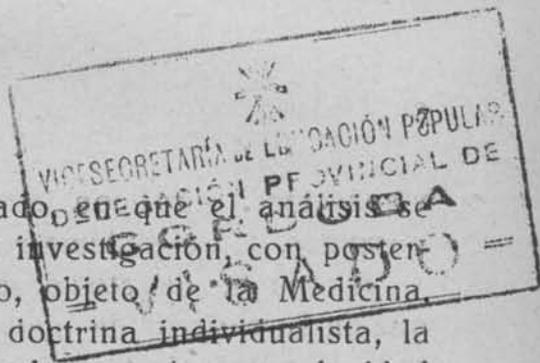
Desde las postrimerías del siglo pasado, ^{que el análisis se} constituyó en fundamento esencial de la investigación, con posterioridad evidente de la entidad individuo, ^{objeto de la Medicina,} reaccionando de modo exagerado a la doctrina individualista, la Ciencia médica se ha ido convirtiendo, cada vez más y a velocidad creciente, en un conjunto de hechos aislados, sin trabazón mutua, de un carácter marcadamente materialista, que se puede asegurar que han dado al traste con la unidad individual.

La división en Especialidades, las subdivisiones de cada una de éstas, la polarización de los Médicos de las actuales generaciones, concretados al estudio de un solo asunto, siguiendo la norma de la división del trabajo, han dado como resultado fatal la mecanización de la profesión, a tal extremo, que la Medicina actual no tiene semejanza alguna con la que se instituyó como base de la Ciencia. Y la razón principal de esto estriba, precisamente, en que no es Ciencia, al menos Ciencia constituida, pues si lo fuera sus principios serían inmutables como lo son los de las Matemáticas, la Astronomía, la Física y la Química, las cuales no están sujetas a mutaciones como lo viene estando la Medicina desde su constitución hasta nuestros días.

En efecto; si repasamos la Historia comprobaremos que desde los tiempos más remotos de la Medicina sacerdotal, hasta nuestros días, las doctrinas se suceden con los conceptos más distintos, a veces completamente contradictorios, hasta el extremo de que en algunas ocasiones nos da la sensación de que siguieran las veleidades de la moda. Cada época se inspira en un criterio diferente y vemos que lo que en una parecía una verdad inconcusa, que daba la clave para la solución de todos los problemas médicos, luego caía por su base sin que de todo su edificio, al parecer tan bien construido, quedara apenas un residuo útil para la nueva construcción.

Vemos por ej.: a la doctrina individualista de Hipócrates, que parecía apoyada en los más sólidos pilares, suceder la doctrina analista, negando la unidad individual, puesto que el hombre es el resultado de una reunión de partes y un concurso de fuerzas.

Siguiendo este sistema analítico, cada vez que un descubrimiento nos ha puesto en posesión de un hecho, se ha proclamado como toda la verdad y se ha tomado como base para destruir los existentes. Así sucedió a principio del siglo pasado con el descubrimiento de la célula como elemento anatómico, fisiológico y patológico del organismo, naciendo una Medicina que aceptaba la célula como toda la verdad. Así sucedió más tarde con el descubrimiento de los microbios



y más tarde aún, con las secreciones internas, con los fenómenos alérgicos, con el sistema retículo endotelial, etc.

A cada uno de estos descubrimientos se le ha dado tal importancia, que en su período de apogeo se les ha atribuido el fundamento de toda la patología, creyéndose resuelto el problema y anulando las concepciones anteriores. Y aunque no se puede negar, que una vez pasada su efervescencia, siempre quedó un residuo aprovechable para la Medicina, no es posible admitir que tratándose del hombre, que siempre es el mismo, cambie radicalmente cada 20 o 30 años la idea que la Ciencia forma de él y que cada 20 o 30 años resulte el absurdo de que siendo lo último toda la verdad, sea también toda la verdad lo que el progreso sigue buscando, ya que hasta la fecha no podemos asegurar que se haya dicho la última palabra, de lo que estamos tan lejos, que casi nos atreveríamos a decir que desde Hipócrates hasta nuestros días, los progresos de la Medicina han sido tan poco apreciables en sus fundamentos doctrinales, que casi estamos en el punto de partida.

Nos apresuraremos a hacer una aclaración a este concepto, un poco atrevido a primera vista. No dejamos de reconocer las grandes adquisiciones realizadas con los recientes descubrimientos como la asepsia y antisepsia, serología, vacunoterapia, radiología, radio, aplicaciones terapéuticas de las radiaciones luminosas y calóricas, alergenodiagnóstico y alergenoterapia, endocrinología, etc., etc.; pero estos son avances parciales, de mérito e importancia indiscutibles, pero que en nada alteran el fundamento doctrinal en que nuestra actuación se apoya, que sigue estando constituido exclusivamente, como en el período hipocrático, por la *intuición* y la *experiencia*; es decir, por un rabioso *empirismo* del que, pese a todos los descubrimientos y progresos, no hemos logrado salir todavía, como vamos a tratar de demostrar.

De todas las definiciones que se han dado de la Medicina, la única que consideramos ajustada con toda exactitud al concepto que nos merece, es la de Letamendi que dice: «LA MEDICINA ES UNA INSTITUCIÓN PROFESIONAL, DEDICADA AL CONOCIMIENTO Y REGIMEN DE LA NATURALEZA HUMANA, EN TANTO QUE SUSCEPTIBLE DE ENFERMEDAD Y MUERTE PREMATURA».

Justifica su autor, en una extensa y severa crítica analítica, la razón de cada uno de los conceptos que la componen y su detenida lectura y meditación ha dejado en nuestro ánimo, como lo dejaría en

Carácter empírico de la Medicina

el vuestro si nos fuera dado transcribir las palabras del gran Filósofo, la convicción de que responde con tal exactitud a su objeto que hasta la fecha no ha podido ser modificada con ventaja.

Como se ve, el autor no la considera como Ciencia, pues si la Medicina fuera una Ciencia, teniendo como tiene por sujeto al hombre y por objeto la curación de la enfermedad y consiguientemente, la evitación de la muerte prematura, es seguro que nadie moriría más que de muerte natural. El hombre enferma y muere prematuramente porque la Medicina no es Ciencia constituida, ni puede serlo nunca, porque siendo su objeto el hombre vivo, jamás podrá ser conocido suficientemente, porque no nos es dable conocer lo que es la vida, la que solo conocemos por sus manifestaciones externas, sin que hasta la hora actual hayamos podido determinar su esencia y sin el conocimiento completo del objeto no puede haber Ciencia.

Y como no podemos conocer en su integridad al individuo, a la unidad individual que constituye el organismo vivo, no podremos penetrar, con absoluto conocimiento, en el mecanismo de sus funciones; y no conociendo sus funciones, no podremos conocer íntegramente la alteración de las mismas, es decir, la enfermedad; y al no conocer la enfermedad, no nos será posible, de un modo cierto y seguro, evitarla y remediarla premeditadamente, sino aplicando a cada caso el resultado de la observación y la experiencia anteriores; es decir, de un modo empírico.

Según expresión de J. Hughes Bennet en la introducción a sus LECCIONES CLÍNICAS «una Medicina realmente científica está aún toda entera por crear».

El defensor de la doctrina hipocrática, el eximio Letamendi, expresa este concepto con la meridiana claridad que expresaba siempre sus ideas, en el párrafo que vamos a transcribir, del discurso pronunciado en la inauguración del Círculo médico reformista, el día 2 de Mayo de 1882. «Así como para el Ingeniero hidráulico el agua, agua es, independientemente de que su naturaleza sea simple o compuesta, ya que como tal agua ha de dirigirla y gobernarla y no como una combinación de hidrógeno y oxígeno, cuyas propiedades en nada se parecen a las de su resultante agua, ni nada sirven para explicar las leyes de presión, nivel, velocidad, ebullición, tensión, condensación, congelación, globularidad, calor y electricidad específicos y demás atributos del agua y todo cuanto del oxígeno y el hidrógeno se le explique formará, si, un caudal de ilustración o de utilidad indirecta, muy estimable por cierto, más nunca un medio de utilidad directa para esclarecer o rectificar el

concepto de la hidráulica, así mismo para el Médico que no es en modo alguno el naturalista, sino que ha de conocer al ser viviente como objeto real e íntegro de su dirección y cuidado, el individuo, individuo es, independientemente de que sea simple o compuesto, ya que como tal individuo ha de dirigirlo y no como una combinación de órganos, de fibras o de metaloides y metales, cuyas propiedades en nada se parecen a las de su resultante individuo, en tanto que es tal, ni nada sirven para explicar la sensación, la contracción, la irritación, la inflamación, la neurosis, la atrofia, la degeneración, la curación, el bienestar, el crecimiento, la reproducción, la decadencia y demás atributos y modos del individuo; y todo cuanto de estas partes constitutivas se le explique, formará, si, un caudal de ilustración o de utilidad indirecta, muy estimable por cierto, mas nunca un caudal de utilidad directa para esclarecer o rectificar el concepto de Medicina».

Y más adelante, en el mismo discurso, dice: «Meditad señores y vereis por vuestros propios ojos, no por la fe puesta en la claridad de los ajenos, cuan cierto es que una Medicina verdaderamente científica está todavía por construir y que urge pensar seriamente en construirla sustituyendo a la Medicina que ha producido mezcla de bien y mal, una Medicina que solo produzca beneficios».

A pesar del tiempo transcurrido, estos conceptos no han perdido actualidad, pues los fundamentos en que se apoyan estriban en la tendencia analítica y en el olvido del individuo como tal, tendencia que sigue imperando en los tiempos actuales y que no lleva trazas de modificarse. Mucho se habla del progreso científico de la Medicina y aunque es cierto que en la última centuria se han sucedido sin interrupción los descubrimientos y adquisiciones en todas las ramas de la Medicina y que, aparentemente, se van resolviendo muchos problemas de carácter científico y de aplicación práctica, si nos detenemos en su estudio minucioso y volvemos la vista hacia atrás, nos encontramos que estamos dando vueltas en derredor de un punto y que después de mucho caminar estamos, casi, en el punto de partida y que todo se ha reducido a un cambio de palabras, pero no de conceptos que siguen inmutables, como después veremos. Progresan, si, las Ciencias auxiliares de la Medicina, como la Química, la Física y alguna de sus ramas como la Fisiología, la Anatomía; pero el conjunto permanece estacionario, aunque las apariencias sean otras.

Para comprender la verdad que encierran estos conceptos sería necesario seguir la historia paso a paso, con lo que se pondría de

manifiesto como se ha ido desarrollando la profesión médica en todos sus aspectos, desde el estado rudimentario de los primeros tiempos conocidos, hasta el estado de perfección a que ha llegado en los actuales, así como los innumerables cambios y oscilaciones que ha experimentado el concepto de enfermedad sobre el que se funda la terapéutica, como fin práctico de la Medicina, y como es verdad, que en el constante ir y venir de teorías y doctrinas, el movimiento ha resultado más aparente que real; pero esto, además de que daría a este trabajo una extensión inadecuada, nos desviaría de nuestro propósito, por lo que de la historia vamos a tomar, solamente, lo que a doctrina médica se refiere, siguiendo un orden cronológico, lo que nos dará una clara visión del asunto objeto de nuestro estudio.

EDAD ANTIGUA

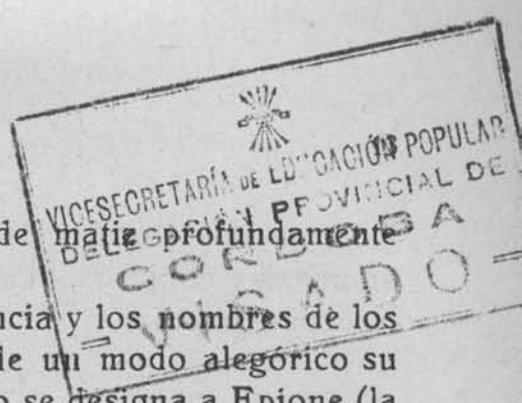
La curiosidad, innato deseo del hombre de averiguar las causas de los fenómenos de la naturaleza, se manifiesta con mayor intensidad cuando de las enfermedades se trata, cosa lógica si se tiene en cuenta que si la salud es la fuente principal del bienestar orgánico y aún nos atrevemos a decir que psíquico, pues es cierto y verdad que la falta de alegría, la aspereza de carácter, la melancolía, etc., son consecuencia de estados patológicos, aunque en muchas ocasiones estos no sean aparentes, su alteración, por los efectos y consecuencias que pueda tener, haya sido motivo principal de preocupación, situándose en un primer plano cuanto a la curiosidad por averiguar su como y por qué; es decir, que por los efectos que la enfermedad produce en el organismo humano y por las consecuencias que puede tener, a veces de la máxima transcendencia cuando su terminación es letal, es lógico que en todo tiempo el hombre se haya preocupado de inquirir las causas de sus enfermedades, como premisa indispensable para buscar el remedio; y este impulso se aprecia con tan acusado relieve, que en la Historia le vemos aparecer antes de que se manifieste el deseo de conocer nuestra estructura. Cronológicamente es anterior la idea de causa de las enfermedades a la del estudio anatómico, con una falta absoluta de lógica, pues es natural que al conocimiento de la alteración de un mecanismo, preceda el del propio mecanismo en estado normal, como se hizo ulteriormente. Pero al hombre enfermo le urgía saber porque se alteraba su salud y en este sentido encauzó su labor, aunque de un modo absurdo, como vamos a ver, sin esperar a más; como el que tiene prisa en llegar a

la meta y tratara de hacerlo sin recorrer previamente el necesario camino. En esta cuestión se ha sobrepuesto el instinto a la razón, como era natural dado el estado de la cultura de aquella época; y así vemos, que tanto los pueblos orientales como los occidentales, influidos por lo que Bastian llama «pensamiento internacional», en virtud del cual lo común de la naturaleza humana conduce, en general, por las mismas necesidades a las mismas ideas, a falta de otros fundamentos en que apoyarse, dado el estado rudimentario de sus conocimientos, atribuyeran la causa de las enfermedades a la influencia de los dioses, imprimiendo a la Medicina un carácter francamente teúrgico.

Donde se manifiesta esto más acentuadamente es en la Medicina griega. Los griegos eran un conjunto de pueblos cuyos habitantes, bien diferentes bajo el punto de vista del carácter racial, no pudieron llegar a una unidad permanente. Cada tribu o comunidad popular adoraba su dios especial, y tributaba, al propio tiempo, una vaga adoración general a los dioses mayores. Los dioses menores tenían cada uno una particular localidad en la que su religión era un culto. «Como una red de malla sobre la tierra de la graciosa tradición poética—dice Pater—las religiones locales no han sido nunca suplantadas completamente por la religión de los grandes templos nacionales». Por esto encontramos entre los griegos muchas divinidades titulares de la Medicina que desempeñan funciones envolventes o intercambiables, pues eran todos a la vez dioses patronos y dioses del arte médico y eran capaces, en caso necesario, de producir ellos mismos las enfermedades.

También existía, aparte del culto de los dioses olímpicos, el de la magia médica asociada al ritual propiciatorio de las denominadas DEIDADES CHTHONIANAS O INFERNALES de la tierra y del mundo inferior, dioses subalternos, héroes deificados y médicos hechos héroes (Herói Iatroi).

El principal dios de la Medicina en el panteón griego era Apolo, comunmente llamado Alexikakos (el que aleja las enfermedades). El conocimiento de la Medicina, según la leyenda, había sido referido por Apolo y su hermana Artemisa, al Centauro Chiron, hijo de Saturno, el cual fué encargado de la instrucción y educación de Esculapio, hijo de Apolo y de la ninfa Coronis. Este llegó a ser tan hábil en el arte de curar que, según canta Pindaro, acusado por Plutón de disminuir considerablemente el número de almas que bajaban a los infiernos fué muerto por los rayos de Zeus. Desde el momento de su muerte fué objeto de adoración, constituyendo el



punto central de la Medicina helénica, de un carácter profundamente religioso.

Esculapio es el dios médico por excelencia y los nombres de los miembros de su familia, parecen expresar de un modo alegórico su capacidad médica. Como mujer de Esculapio se designa a Epione (la calmante del dolor), como sus hijas a Hygieia (la higiene), Jaso (la que cura) y Panacea (la que todo lo cura).

La adoración de que fué objeto se manifiesta en los templos erigidos a su culto, los famosos ASCLEPEIA, que dirigidos por expertos sacerdotes, se dedicaron a la curación de los enfermos. Los más renombrados fueron los de Cos, Cnido, Epidauro y Permago, situados generalmente en lugares pintorescos y cerca de alguna fuente mineral.

A estos templos acudían los enfermos, que convenientemente preparados por las exhortaciones de los sacerdotes encargados de su recepción y con el relato de los hechos de Esculapio y de sus éxitos terapéuticos, eran purificados en un baño de la fuente mineral, sometidos después a unturas, masages, etc., y después de una ofrenda, consistente en un gallo o carnero, ante la imagen del dios, eran llevados al rito especial de la incubación. Después de una serie de prácticas fantásticas, que predisponían al enfermo a la sugestión, el sacerdote prescribía catárticos, eméticos, sangrías y otros remedios análogos. Si el enfermo curaba, hacía una ofrenda al dios, consistente en una reproducción de la parte enferma en cera, plata u oro y en el templo se colgaba una tabla votiva en la que se exponía la historia del caso y el tratamiento empleado.

Aunque se ha supuesto que estas tablas votivas constituían colecciones de historias clínicas, hoy se admite que en la mayoría de ellas no hay más que fantasmagorías y ponderaciones, reclamos para el dios, más que verdadera historia clínica, así como tampoco se admite hoy la suposición de que la Medicina griega haya nacido de estos templos, que más que como sanatorios, se pueden considerar como lugares de peregrinación y, en tiempos posteriores, de verdadero recreo.

Con ligeras variantes de forma, pero de modo semejante en el fondo, con sus templos y sacerdotes consagrados a la curación de los enfermos, encontramos la influencia teúrgica en los demás pueblos, tanto orientales como occidentales.

Además de este carácter, la Medicina de los tiempos primitivos se ha visto influenciada por otras ideas, que se dan con la misma uniformidad, aunque con menos difusión. Es la influencia astroló-

gica, de una parte, y la magia, con sus encantamientos, hechizos, amuletos y conjuros, de otra, constituyendo el principal bagaje de la tradición popular.

Paralelamente al desarrollo de la cultura en general, ha seguido el de la Medicina, en la que han influido, de modo directo, los descubrimientos y concepciones de las otras ramas del saber humano. Así vemos que con la iniciación de las teorías, orientadas en un sentido científico, de la constitución del Universo de los filósofos naturalistas, aparecen, con este mismo carácter, las doctrinas médicas, ya con un fundamento positivo de cosas materiales, aunque no se desprende por completo de la influencia de entidades abstractas, que tratan de someterlas a determinadas leyes, como vemos en Pitágoras, con la doctrina de los números. La primera doctrina que sobre estos principios encontramos se debe a Alcmeon de Crotona, para el que la enfermedad depende de un trastorno en el equilibrio de las *condiciones cualitativas* en que se encuentra la materia de que se compone el cuerpo; lo *húmedo* y lo *seco*; lo *caliente* y lo *frío*; lo *dulce* y lo *amargo*, etc. La mezcla de estas condiciones la denomina *crasis* y su armonía supone la salud.

Medio siglo más tarde, Empedocles, el filósofo que con tan acusado relieve sobresalió en todas las esferas de la vida práctica y científica, contra la unidad de materia, que ya había suscitado algunas dudas, admite la constitución del Universo con cuatro elementos: *fuego, agua, tierra y aire*, a los que corresponden las cuatro únicas cualidades fundamentales que él admitía; *calor y humedad, frío y sequedad*. De estos mismos elementos está formado el organismo humano y de su equilibrio depende la salud y de su desproporción la enfermedad.

En este mismo período, Leucipo y Demócrito de Abdera, niegan la realidad de las cualidades, que son puramente subjetivas, puesto que la miel le sabe amarga al icterico y el agua y el aire nos parecen fríos o calientes, según nuestra temperatura y suponen que en la naturaleza no existen más que átomos y espacios vacíos, concepto creado por Empedocles al considerar la materia compuesta por partículas, que en el cuerpo se tocan recíprocamente y se atraen, según la ley de atracción de los semejantes y penetran por finísimos poros, de los cuales están compuestos todos los cuerpos, con todo lo cual, quedan sentados los principios de la teoría atómica, que veremos aparecer después.

Frente a estas concepciones, debidas a la especulación filosófica, aparece Hipócrates, que con su doctrina humoral, su método inductivo de observación clínica, completada con la experimentación y su elevada moral, sienta las bases de la verdadera doctrina médica, que le han hecho merecer el apelativo de *padre de la Medicina*, con que se le designa. Es, sin duda alguna, la figura cumbre, la personalidad más destacada de la Medicina antigua, y aunque para Aristóteles, Hipócrates era casi un mito, y para otros, su nombre apenas tenga mayor contenido que el de Homero, no cabe duda de que su influencia ha creado el hipocratismo, del que, si no como fundador, hay que considerarlo como su representante más eminente, cuyos destellos han llegado hasta nosotros.

El médico hipocrático, reflexivo y sereno, coloca la experiencia en lugar de la vaga especulación y une la teoría con la observación clínica, separando terminantemente la Medicina racional de la místico-religiosa y tiene muy en cuenta la individualidad del paciente en cada caso particular.

La doctrina hipocrática admite la existencia en el organismo de cuatro humores cardinales: *sangre, flema, bilis negra y bilis amarilla*, que se producen por descomposición de los alimentos, reducidos al estado líquido en el cuerpo. La vida depende del calor innato que se aloja en el corazón y que se alimenta por el aire de la respiración, bajo cuyo influjo se producen, a espensas de los humores, por una especie de destilación, las partes sólidas del cuerpo. La salud depende del equilibrio de los cuatro humores y de sus cualidades respectivas, así como de su debida mezcla, lo que se denomina *eucrasia*. La enfermedad se produce por la alteración de esta mezcla normal de los humores, o *discrasia*, por la que llega a producirse la llamada *materia morbosa*, dependiendo el curso de la enfermedad de que la naturaleza pueda, con su propia fuerza, dominarla. Deducida de la observación, hace la división de la enfermedad en tres periodos: de *crudeza* (apepsia), de *cocción* (pepsia) y de *eliminación* (crisis). Si la eliminación no es completa, puede presentarse un sedimento de materia morbosa en cualquier punto del organismo (apostasis, postema).

Por concepciones de este tipo, se van explicando todos los fenómenos patológicos y los accidentes de la enfermedad, siendo admirable la exactitud con que se describen muchos cuadros morbosos en las obras hipocráticas, que concuerdan en todo lo esencial con la clínica moderna, lo que revela una observación detenida del enfermo y una aguda perspicacia que fundamentan la grandeza por la que se eleva este monumento de la bibliografía médica hipocrática.

Una prueba del claro sentido hipocrático la vemos en su sistema terapéutico, que se funda en dos principios; la fuerza curativa de la naturaleza es la que produce la verdadera curación de la enfermedad, por lo que la actividad del médico debe limitarse, exclusivamente, a favorecerla y apoyarla; el médico ha de tener, como principio supremo de su intervención, ser útil, o al menos, no ser perjudicial; por lo que se daba gran preferencia a los agentes físicos y al régimen adecuado (género de vida, distribución del sueño, alimentación, ejercicio, reposo, etc.) siendo el tratamiento medicamentoso sencillo.

Por esta sucinta relación, en la que no están comprendidos más que los rasgos generales de las ideas y concepciones de Hipócrates y su escuela, se puede apreciar la trascendencia de su labor imperecedera, con la que deja sentados los sillares sobre que ha de apoyarse todo el edificio de la Medicina y que en resumen son: la concepción del individuo como unidad indivisible; la observación atenta del enfermo, estudiando sus manifestaciones, para llegar de un modo inductivo a la interpretación de los síntomas; y la comprobación por la experiencia y la doctrina humoral, que aunque errónea en su forma, encierra una verdad, que aunque modificada en los conceptos, perdura en nuestros días. Si a esto añadimos que él supo dar a los médicos la inspiración moral más elevada que pudieran tener, por su delicadeza y verdadero amor al enfermo, al que se consagró en absoluto, podremos comprender con cuanta justicia se le ha considerado como el más grande médico de la antigüedad.

La doctrina hipocrática se difundió por todos los países de Grecia y más allá de sus fronteras, estableciendo una corriente de orientación deductiva, con tendencia filosófico-naturalista, tratando de considerar al hombre como una parte del universo, dando a la doctrina hipocrática una forma general. Los médicos que siguieron esta corriente, denominados *dogmáticos*, trataron de llenar las lagunas que dejaba la observación, auxiliándose de trabajos especulativos. Figura entre estos Filistion de Locoí, el cual considera la enfermedad en el sentido neumático, como un trastorno de la respiración pulmonar y del cambio gaseoso por los poros, además de admitir otras causas, resucitando, en cierto modo, las ideas de Empédocles.

Como franco detractor de la patología humoral, Erasistrato concibe una curiosa doctrina en la que trata de explicar el proceso de la vida apoyándose en especulaciones, autopsias de personas y de animales, experimentos en estos últimos y en la experiencia clínica. Combinando la doctrina atomista de Demócrito, con la neumática,

considera que el neuma es el trasmisor de la actividad natural de la vida. Penetra en el cuerpo, compuesto de invariables átomos, por la boca y por la nariz; llega primeramente a los pulmones y por intermedio de las venas pulmonares, va al corazón izquierdo, donde se producen dos variedades de neuma; el neuma vital, que se difunde mediante las arterias por todo el cuerpo y realiza las funciones vegetativas y el neuma anímico, que llega al cerebro y determina el movimiento y la sensibilidad. La sangre se forma a espensas de los alimentos, la cual es conducida por las venas y sirve como alimento y el neuma circula por las arterias, estando normalmente separados unos y otros, pero existiendo finas ramificaciones que los unen y que normalmente son impermeables. Cuando se produce una excesiva repleción de sangre en las venas (plétora), casi siempre por una alimentación excesiva, esta penetra en las arterias por estas ramificaciones, determinando una perturbación en el movimiento del neuma que explica los diferentes síndromes morbosos (fiebre, inflamación, parálisis, epilepsia, pleuresía, etc.).

Estos son los rasgos generales de la doctrina mecánica de Erasistrato, con más fundamento especulativo que práctico y por la cual trata de explicar minuciosamente los fenómenos vitales y patológicos, de forma muy interesante y curiosa, en cuyo estudio no podemos entrar en atención a la brevedad.

Originada en Alejandría, la escuela empírica adopta la experiencia práctica como única regla de conducta para el ejercicio de la Medicina.

Fundada en el escepticismo filosófico de Pirrón de Elis, como reacción al dogmatismo especulativo, prescinde de los fundamentos científicos de la Medicina, imposibles de colegir en último término, y fija su interés en conocer lo que cura al enfermo, por lo que, a pesar de los peligros que supone la separación de la Medicina de su base teórica, no sólo no ha producido perjuicios, sino que se ha revelado, bajo muchos aspectos, como útil. Los métodos de conocimiento, reconocidos por todos los empíricos y que Glauquias, hacia el año 180 a. de J. C., designó con el nombre de *trípode empírico*, son: la observación propia, que por la suma de las observaciones aisladas, llega a convertirse en experiencia; la tradición de los axiomas fundados en la experiencia de los médicos más antiguos: y, finalmente, la deducción por analogía de lo semejante, en los casos en que aparecen enfermedades hasta entonces desconocidas y en los que, por esta misma causa, fracasan los dos primeros métodos expuestos

Este trípode fundamental del empirismo, de un franco sabor hipocrático, tiene un gran sentido práctico y pese a cuanto se piense y se diga, su irradiación se percibe en nuestra época como podría demostrarse por su estudio crítico, del que, por lo pronto, frenando nuestro deseo, hemos de abstenernos.

Un nuevo refutador de la doctrina humoral de Hipócrates encontramos en Asclepiades de Bithyna, que opone a esta una doctrina solidista, en la que se sitúa la esencia de los procesos morbosos en las partes sólidas del cuerpo. Considera Asclepiades compuesto el cuerpo, lo mismo que la materia en general de partículas imperceptibles a los sentidos, los átomos, los cuales actúan por presión, choque y rozamiento. Los tejidos están formados por delicados conductos de poros por los que se mueven constantemente los átomos, sobre todo los que componen los humores y el neuma, cuyo movimiento puede ser útil o dañino. La salud depende de que exista la debida proporción entre los átomos y los poros y que el movimiento de aquellos en estos, pueda efectuarse con regularidad. La enfermedad depende de un trastorno en el curso normal de este movimiento. Es, pues, una concepción común en el fondo a la que vimos en Erasistrato, aunque diferente en la forma.

De las doctrinas de Asclepiades se engendró la escuela metodista, cuyo fundador Themison de Laodicea, discípulo suyo, concibe una doctrina basada en sus propias ideas, por la cual se explica la salud y la enfermedad por las condiciones de las paredes de los poros. La enfermedad se debe, bien a un estado de tensión anormal, *status strictus*, o bien a una relajación, *status laxus*, de dichas paredes de los poros. Las enfermedades que presenten síntomas relacionados con unos y otros se atribuían a una mezcla de ambos estados, *status mixtus*. Los primeros se reconocen, principalmente, por la disminución y los segundos por el aumento, de las eliminaciones del cuerpo.

La práctica demostraba la imposibilidad de incluir todos los estados morbosos en este esquema de tres formas fundamentales, por lo que se agregaron nuevas modalidades que no representaban otra cosa que la insuficiencia del sistema.

Los problemas que constantemente presentaban las enfermedades, que por diversos motivos, invadían a los pueblos, a los que no se encontraba satisfactoria solución, hizo seguir una nueva orientación de la Medicina, que explicara la vida y la enfermedad, fundándose sobre bases distintas de las adoptadas por los metodistas, dogmáticos

y empíricos, naciendo a estos impulsos la Escuela *neumática* fundada por Atheneo de Attalea, según la cual, el elemento que desempeñaba más importante papel, tanto en la fisiología como en la patología, es el *neuma*. Este constituye el origen de la vida, el alma del mundo que todo lo vivifica y ofrece el elemento activo de las cuatro cualidades fundamentales. En el hombre, el neuma tomado de la naturaleza, es innato y tiene su centro en el corazón; con el aire respirado llega constantemente nuevo neuma que se asimila al neuma innato. Desde el corazón se reparte por los vasos con la sangre y con el calor vital por todo el cuerpo. Las arterias contienen más neuma y las venas más sangre, pero ambos vasos contienen uno y otro. Se admiten tres grados de neuma; en su forma más grosera representa la fuerza que mantiene unido el cuerpo; en su grado de mediana sutileza, interviene en la reproducción y el crecimiento y en su forma más sutil constituye la esencia de la vida y de las funciones psíquicas. La completa interrupción del neuma, es la causa de la muerte y sus anomalías la de enfermedades.

Estas ideas, además de que no resuelven ninguno de los problemas vitales y patológicos, ofrecen poca novedad, ya que en su fondo los vemos repetirse desde la antigüedad, no ofreciendo al ejercicio de la profesión ninguna base que supere a las demás teorías.

Tal vez en esto se funde el cambio de orientación que se anuncia con Agatino, que al considerar que no se puede esperar la solución de todos los problemas por un solo sistema, toma de unos y otros, haciendo una elección que ha hecho llamar *eclecticismo* al sistema y *eclecticos* a sus partidarios.

Por lo que a doctrina médica se refiere, podemos incluir a Galeno entre los eclecticos, pues participa de las ideas dominantes, tomando de todas. Su patología es en primer término humoral; admite las discrasias, no solo en el predominio cuantitativo de una de las cualidades primarias—frío, caliente, seco y húmedo—, sino también combinaciones del calor y del frío con las otras cualidades, admitiendo ocho discrasias en lugar de las cuatro del hipocratismo. Como causa de muchas enfermedades admite el exceso de sangre, plétora; a las alteraciones del neuma es atribuída la causa de algunas fiebres y las alteraciones de los órganos y tejidos, son también consideradas por Galeno como causantes de algunas enfermedades. Humorismo, neumatismo y solidismo entran en juego.

Como destello de su preclaro talento, encontramos una concepción maravillosa sobre el concepto de la salud, derivado del estado de los humores. Por múltiples causas el tipo ideal de la salud que

proporcionaría la proporción perfecta de los humores no existe, sino que siempre encontramos el predominio de alguna cualidad primaria, que imprime al organismo un sello físico e intelectual determinado que le puede poner en peligro de enfermar. Así crea el concepto de los temperamentos (flemático, sanguíneo, colérico, melancólico), lo que constituye el germen de la moderna noción de la «predisposición morbosa». Admite la influencia de los cuerpos celestes, como determinantes de las crisis, idea astrológica de la Medicina, influenciado tal vez por la antigua astrología de los caldeos y que veremos aparecer en épocas ulteriores.

La interesante figura de Galeno bien merecería un estudio detenido de su obra, que no abordamos por considerarlo desplazado en este lugar, por lo que nos hemos limitado a entresacar lo que a nuestro propósito interesa. Con Hipócrates constituye el fundamento sobre el que se ha apoyado todo el edificio de la Medicina antigua, éste como creador de la Medicina organizada, aquél como compilador de las ideas de las diversas escuelas, de las distintas orientaciones y de todos los elementos que existían al finalizar la época antigua de la Ciencia médica, erigiendo con ellos un sistema científico que representaba el remate del desenvolvimiento de la Medicina. Si tratáramos de establecer un parangón entre estas dos grandes figuras, Hipócrates y Galeno, diríamos que aquél representa el genio y éste el talento. Además, cábele a éste el honor de haber sido el impulsor de la experimentación, la que le sirvió para lograr descubrimientos de positivo valor en el campo de la fisiología.

EDAD MEDIA

Como si la naturaleza fuese un organismo, que después de un esfuerzo necesitara un descanso, al período antiguo de la Medicina en el que, como hemos visto, las doctrinas se suceden y renuevan con celeridad, sucede un período de calma en el que se aprecia una decadencia de la Medicina clásica.

Algunas supersticiones galénicas, como su doctrina del vitalismo, la noción de que la sangre pasaba de uno a otro ventrículo a través de unos poros invisibles del tabique del corazón y la idea de la cocción como parte esencial de la curación de las heridas, por la autoridad de su autor, han imperado en el ánimo de las generaciones siguientes, contribuyendo a detener el avance de la Ciencia médica, situación que se prolonga a través de la Edad Media y de la que no ha de salir hasta el siglo XVI.

Durante el período medieval, podemos decir que hay un eclipse en el progreso científico general y en el campo de la Medicina observamos, por razones que no es del caso analizar, un verdadero retroceso. La demonología y pseudociencias, la alquimia, la astrología y la magia, hicieron su entrada triunfal en la Medicina antigua, que pierde su individualidad e independencia. Durante los once siglos que comprende este período, se puede decir que no se ha progresado esencialmente y sólo en las últimas centurias se aprecian algunos rasgos de la Edad Moderna, acusados por algunos progresos esenciales. La base de la Patología en la Edad Media es humoral; con-sérvase el concepto hipocrático de la lucha entre la fuerza curativa de la naturaleza (*physis*) y la enfermedad, por medio de la cocción (digestión) y eliminación de la materia pecante. En la distinción de las fases de la enfermedad y en el concepto de las crisis se sigue a Galeno. Se sostienen las ideas neumáticas al achacar los trastornos funcionales a las alteraciones patológicas del *spiritus*. También se menciona la doctrina de la plétora como causa de enfermedad y aunque rara se encuentra alguna idea metodista acerca de los estados patológicos de relajación y constricción. En resumen, en este largo período de la Historia, encontramos representación de todas las ideas de la antigüedad, sin que encontremos ninguna doctrina original ni de carácter definido. Solamente Averroes tiende a fundar un sistema de Medicina, sobre la base de la filosofía aristotélica, en su libro *Kitab-al Kollijat* (libro de lo universal), destacándose más como filósofo que como médico.

Pero la característica de la Edad Media es el retroceso de las doctrinas médicas volviendo, como en el período prehipocrático, a atribuirse la enfermedad a la influencia de los demonios, encantamientos y hechicerías. Se constituye en este período un sistema de patología, sobre la base de los espíritus, que tuvo su lógica consecuencia en un sistema terapéutico de exorcismos, magia, amuletos y conjuros, sistema puramente sugestivo que dió lugar, como compendio, a esta frase atribuida a Costa Ben Luca (siglo IX) «Todo depende de la fe».

Otra característica de este período es la influencia astrológica en la naturaleza humana, dando lugar a una *patología astral*, en la que todo se explicaba por la influencia de los astros, de la que se hacía depender, desde el temperamento hasta el destino del individuo, todos los accidentes de su vida, lo que obligaba al médico a conocer la *constitución astral* de sus enfermos. En una palabra: la Medicina llegó a ser tan rudimentaria como la del hombre primitivo.

Como adquisición positiva de este periodo, debemos consignar la noción precisa del carácter infeccioso de algunas enfermedades. Desde la gran epidemia de peste del siglo XIV, además de las tradicionales ideas del origen de las epidemias, por influencias cósmicas y telúricas y por voluntad divina, se defendió la hipótesis del carácter contagioso de aquellas, debiéndose esta noción al estadista y escritor árabe Ibnu'l Hatib (1313-1374), siendo esta idea corriente en la mayor parte de los médicos al finalizar la Edad Media.

EDAD MODERNA

Al tenebroso período Medieval, oprimida la humanidad por la tiranía del feudalismo, tenía que suceder, en natural reacción, un crecimiento del individualismo y una relajación del principio de autoridad. El descubrimiento de la imprenta, como agente de autoeducación, el descubrimiento de América, los viajes de Vasco de Gama y Magallanes, la concepción de la Astronomía heliocéntrica de Copérnico y la Reforma, impulsaron la libertad de pensamiento y el espíritu crítico, constituyendo las características del período del Renacimiento, lo que vemos confirmado por Nicolo de Leoniceus, profesor de Medicina de Padua, Bolonia y Ferrara, traductor de los aforismos de Hipócrates y de las obras de Galeno, al emprender la difícil tarea de corregir los errores botánicos de la HISTORIA NATURAL de Plinio, lo que en aquellos tiempos tenía un sabor de herejía, pues que sus escritos, lo mismo que los de Galeno y Aristóteles, estaban considerados como sacrosantos e impecables.

Durante este período, que comprende la segunda mitad del siglo XV y todo el siglo XVI, se inicia una tendencia hacia los estudios anatómicos. La Anatomía, que con raras excepciones, se fundamentó en el período Antiguo y Medieval en las disecciones en animales, experimenta por obra de Andrés Vesalio una profunda transformación que la dibuja con perfiles de modernidad, al efectuar sus estudios en el cadáver humano, rompiendo definitivamente con las ideas de Galeno.

Atraída la atención de los investigadores hacia el campo de la Anatomía, quedan en franca postergación los estudios fisiológicos y patológicos, con su necesario fundamento, la teoría de la vida. En este sentido solo encontramos en Paracelso una completa doctrina de patología que contradice las ideas dominantes del siglo, en el que ésta seguía siendo humoral para la mayoría de los médicos.

Paracelso (Aureolus Theophrastus Bombastus) rechaza por completo la Fisiología y la Patología humorales. Considera que la esencia de la vida y de la enfermedad no está en la materia, sino en las fuerzas del organismo, que como principio inmaterial, al que denomina *arqueo*, gobierna, en último término, todo el organismo y reglamenta la vida por reacciones químicas. Este concepto podría considerarse como un paso hacia las modernas concepciones químico biológicas, que se expresa claramente en las enfermedades que él llama *tartáricas* o por precipitación. El funcionamiento normal del *arqueo* es la salud; su insuficiencia la enfermedad y la muerte. Da una curiosa clasificación de las enfermedades según su esencia, en cinco grupos: por agentes cósmicos (*ens astrorum*), pero no en el sentido antiguo, sino más bien en el sentido climatológico; por venenos patológicos (*ens veneni*), con lo que se refiere a los venenos internos—autointoxicaciones—y externos—infecciones, intoxicaciones alimenticias, etc.; por causas naturales (*ens naturale*), refiriéndose a las enfermedades constitucionales; por causas psíquicas (*ens spirituale*), fundamento de las neurosis; y por intervenciones divinas (*ens deale*), en cuyo aspecto aparece influido por las ideas místico-religioso-mágicas de la Edad Media, que no habían desaparecido en este período de transición que representa el siglo XVI.

El natural efecto del constante batallar por la libertad del pensamiento, que se inicia con acusado relieve durante el período renacentista, fué la constitución de un período de esfuerzos científicos individuales, más bien que de avance organizado de la Ciencia, marcándose una acentuada decadencia del colectivismo y con éste el de las instituciones del mismo carácter. En todas las manifestaciones de la cultura, se despierta en el siglo XVII un verdadero furor de investigación, y como si la humanidad despertase de un letargo y quisiera desquitarse del tiempo perdido, se precipitan, en verdadero aluvión, los descubrimientos y adquisiciones en todos los órdenes, científico, literario y artístico, iniciados en el anterior período. Es este un siglo de verdadero florecimiento y por lo que a la Medicina se refiere, ha sido la gran época de las investigaciones anatómicas especializadas, a la vez que notable por una larga serie de descubrimientos individuales y de investigaciones, casi todas, de gran importancia para la Fisiología. Sería prolijo e inadecuado consignarlos todos ellos, bastándonos, para dar una idea, con citar los nombres de Peyer, Mal-

pighi, Pequet, Schneider, Graaf, Pacchioni, Esteno y otros muchos cuyo nombre se ha perpetuado unido al órgano o parte descubierta.

Pero de todos estos descubrimientos el más interesante, más destacado y de mayor trascendencia, es el de la circulación de la sangre por Harvey, el cual hizo un cuidadoso estudio de las teorías existentes, demostrando su inverisimilitud y por experiencias y vivisecciones, llegó a demostrar de un modo inductivo que la función del corazón, como una bomba impulsiva muscular, es impeler la sangre a lo largo de los vasos y que el movimiento de la sangre es continuo y en un ciclo o círculo. La cantidad y velocidad de la sangre, calculadas por él, hace físicamente imposible que ésta pueda hacer otra cosa que volver al corazón por los vasos venosos. No obstante, su obra quedó incompleta pues, a pesar de que ya Hipócrates había dicho que algo del aire respirado penetra en el corazón y se distribuye por los vasos y Colombus infería que la sangre se cocía en los pulmones por la mezcla con el aire, Harvey sustentó el criterio galénico de que la función respiratoria tenía por objeto refrescar la sangre caliente.

Por etapas sucesivas en las que intervinieron varios investigadores de la época, se llega al conocimiento de la función respiratoria a partir del descubrimiento de Harvey, viniendo a demostrarse que la sangre venosa se trocaba en arterial en los pulmones, que éstos no estaban constituidos por un tejido parenquimatoso sino vexicular, las anastómosis capilares entre las arterias y las venas y la continuación de la tráquea por los filamentos bronquiales (Malpighi). A propósito de los capilares ha dicho Fraser Harris con gran exactitud: «Harvey hizo de su existencia una necesidad lógica y Malpighi una certidumbre histológica».

Otros hechos importantes de este siglo son, la destrucción de la doctrina de la generación espontánea de modo experimental por Francesco Redi y la demostración por Swammerdam de que el pulmón fetal no flota en el agua cuando no ha respirado, lo que sirvió para absolver a una joven acusada de infanticidio.

En este periodo de acentuado individualismo en el que se marca la tendencia hacia el descubrimiento personal, al hecho aislado, a lo que pudiéramos llamar investigación fraccionaria, hay un conato colectivista de principio doctrinal en las dos escuelas en que aparece dividido el campo de la Medicina, la *yatrofísica* y la *yatroquímica*. Santoro Santorio, fundador de la primera, con sus experimentos personales acerca de los cambios nutritivos por los pulmones y la piel, lo que él llama *perspiratio insensibilis*, sienta los fundamentos del

metabolismo; por su interrupción podrían producirse muchas enfermedades que intentaba tratar con la administración de sudoríficos. Borelle, de esta escuela, atribuye la fiebre, los dolores y las convulsiones a un trastorno de la circulación de los jugos por los nervios, que considera huecos y a una obstrucción de sus orificios en las glándulas cutáneas. Baglivi, el más notable de los yatrofísicos, compara el cuerpo con una máquina, el torax con un fuelle, los intestinos y las glándulas con filtros o cedazos, etc., y atribuye la enfermedad a las variaciones del tono de las fibras; los procesos químicos los explica por movimientos moleculares, es decir, de un modo físico.

La escuela yatroquímica, de la que aparece como fundador Sylvius, atribuye la enfermedad a la penetración en la sangre de sustancias perjudiciales que llama *acrimonias*, estableciendo dos grupos de enfermedades según que éstas sean ácidas o alcalinas, los que subdividía, a su vez, en numerosos grupos. El tratamiento consistía en la administración de remedios ácidos o alcalinos siguiendo el principio de *contraria contrariis*.

Estas escuelas fueron combatidas por la denominada *patología animada*, que considera la mayor parte de las enfermedades producidas por seres vivos, rechazando sus fundadores Hauptmann, Lange y Rivinus, consecuentes con su modo de pensar, la terapéutica puramente físico-química y sustituyéndola por remedios parasiticidas.

En contraste con el ambiente del siglo, en su última mitad, Thomas Sydenhan, situándose aparte de toda la teoría médica y de toda la experimentación científica de su tiempo, restaura los métodos hipocráticos de observación y de experimentación. Garrison le atribuye estas palabras que compendian su pensamiento: «La inteligencia humana es limitada y falible, y por ello las causas finales tienen que seguir siendo inescrutables. Las hipótesis científicas son, por esta razón, de poco valor para el práctico, ya que éste, al lado del enfermo, debe apoyarse en realidad en su poder de observación y en los datos obtenidos por la experiencia». Su método es francamente hipocrático, habiendo dejado magníficas descripciones de enfermedades, fundadas en su observación directa, que le han valido una fama imperecedera.

Desde el siglo XVIII, y ya para seguir sin interrupción hasta nuestros días, se acentúa el progreso científico de la Medicina, continuando la serie de descubrimientos y adquisiciones que como el viento que disipa una niebla van aclarando las incógnitas que aún envuel-

ven los problemas vitales; y así como en el siglo XVII las actividades se desarrollan, principalmente, en el campo de la Anatomía, en esta centuria se desarrollan en el de la Fisiología, a lo que contribuye de modo notorio el progreso de la Física y la Química.

Al propio tiempo que se marca el progreso del conocimiento estructural y dinámico del organismo, se siguen ideando doctrinas y sistemas para resolver la incógnita de la enfermedad y la vida, sin que en el fondo se vea otra cosa que el resurgimiento de las ideas anteriores, modificadas en armonía con los nuevos conocimientos, demostrando el rápido cambio de doctrinas lo débil de sus fundamentos.

Boerhave, partiendo de la yatroquímica, con un sentido ecléctico, toma de todos los materiales reunidos por sus predecesores y contemporáneos, para fundar un sistema en el que se reúnen las ideas de tensión y relajación de las fibras, los trastornos mecánicos, la plétora y la anemia, las discrasias, etc., distinguiendo hasta siete acrimonias.

Jorge Stahl cree llegar a los últimos fundamentos de todos los procesos mecánicos y químicos del organismo, cuya última causa es el alma o «ánima», sin la cual el cuerpo cae en putrefacción. La salud depende del normal funcionamiento del movimiento vital regido por el alma; la enfermedad, de la acción improcedente de la misma. Los esfuerzos en favor de la salud residen en el alma, como por ej.: la fiebre que es el resultado de la acción de ésta para eliminar del organismo los elementos perjudiciales, por lo que no debe combatirse terapéuticamente. El proceso morboso en sí lo explica de forma materialista por las anomalías del tono de las fibras y los trastornos de la circulación.

Situándose en un punto intermedio entre el materialismo exagerado de la yatrofísica y el animismo de Stahl, Hoffmann considera que la vida es el movimiento, expresado en los fenómenos de la circulación y en el tono de las fibras, que es lo que distingue al organismo vivo del muerto. La última causa de estos fenómenos es el éter que llena todo el Universo, que llega al cuerpo por la respiración y se esparce por todo el organismo. La enfermedad reconoce como fundamento una anomalía del tono de las fibras, en el sentido de contracción o relajación, espasmo o atonía; éstos dependen a su vez de anomalías del fluido nervioso, como representante del éter. Al éter se atribuyen también las causas externas de las enfermedades miasmáticas y contagiosas. También dá cabida en su doctrina a las acciones

misteriosas de las estrellas, los *morbi diabolici* o acciones del demonio, que llegan a producir su influencia en el cuerpo por esta vía del éter.

Más tarde nace el vitalismo a impulso de la necesidad de encontrar un intermedio entre el cuerpo y el alma, que explicara la expresión vital inmanente a la estructura demostrada por Haller, al que se denomina *fuerza vital*. Ha sido fundado, en su forma característica, por Theophile Borden sobre la base de que lo mismo que al músculo y al sistema nervioso hay que atribuir a las glándulas una actividad vital; atribuye a cada parte del cuerpo una vida propia, *vita propria*, cuya última causa es la naturaleza. La enfermedad es una anomalía de la *vita propria* del «principio vital». El concepto de la fuerza vital viene a ser en el enfermo análogo al de la fuerza curativa de los antiguos, por lo que la terapéutica se basa en los fundamentos del más sano hipocratismo.

Todavía, como modalidad del vitalismo, la *neuropatología*, de patrimonio inglés, atribuye a la *fuerza nerviosa* lo que aquél a la fuerza vital; en esta doctrina todas las manifestaciones de la vida proceden de la sensibilidad y de la irritabilidad, que dependen en primer término del sistema nervioso.

Otra modalidad del vitalismo es el *brownianismo*, concebido por Brown, que atribuye la vida a la propiedad que tiene el organismo de reaccionar a los escitantes externos (calor, luz, alimentos) o internos (contracción muscular, afectos espirituales). Las enfermedades dependen de la desproporción del escitante y la escitabilidad, manifestándose en forma de estenia o astenia.

Por último, como consecuencia del vitalismo, aparecen dos sistemas que se pueden considerar como su degeneración y que han estado actuando durante gran parte del siglo XIX, que son el *mesmerismo* y la *homeopatía*.

El mesmerismo, fundado por Mesmer en las ideas hipotéticas de Kircher, bajo el nombre de «magnetismo animal», dió lugar a enconadas discusiones y explotado por su autor y algunos de sus seguidores como medio terapéutico, en el fondo venía a constituir un resurgimiento de la medicina mágica de los tiempos primitivos.

La homeopatía, fundada por Hahnemann sobre el principio de *similia similibus*, admite que la enfermedad se cura con aquello que la produce (las quemaduras con el calor, la somnolencia con la morfina, etc.). En la enfermedad observaba una alteración de la fuerza vital; los medicamentos refuerzan la energía vital y hacen desapare-

cer los síntomas. Deducido de supuestas experiencias, admite que la acción de un remedio es tanto más enérgica cuanto más diluido se administra. Logró numerosos partidarios entre los médicos fácilmente impresionables, de los que aún encontramos algunos raros ejemplares.

La elaboración de la completa teoría de la electricidad por Faraday y Maxwel, de la que derivan como consecuencias prácticas la luz eléctrica, el poder motor y calórico y la comunicación telefónica. La realización de la telefonía sin hilos por Hertz y Marconi. Los rayos Röntgen descubiertos en 1895. El análisis espectral imaginado por Kirchoff y Bunsen. El aislamiento del radio por los esposos Curie en 1898 y otros muchos descubrimientos de la misma importancia, son adquisiciones positivas del siglo XIX que marcan su carácter de intenso progreso científico, el cual, al igual que a las otras manifestaciones de la cultura, alcanzan al campo de la Medicina, sobre todo en la última mitad de la centuria, que se enriquece con tal número de descubrimientos y concepciones en todas sus ramas (Anatomía, Fisiología, Patología y Terapéutica), que al final de este periodo parecen resueltos todos sus problemas, iluminándose el panorama, todo sombras en un ayer no muy lejano, con la clara luz de la investigación científica que va dibujando paulatinamente todos sus detalles con sus claros perfiles.

Nos encontramos en este siglo con un verdadero aluvión de adquisiciones, inventos y descubrimientos debidos a la acertada e incansable labor de toda una legión de sabios investigadores, que se van multiplicando en el transcurso del tiempo, labor ímproba de investigación parcialista, que dá como fruto el conocimiento de la estructura del cuerpo, de las funciones de sus órganos y de sus alteraciones patológicas

Esta tendencia parcialista que separa el pensamiento de la idea individualista hipocrática, se refleja en las doctrinas médicas de este período que se inician con las ideas de Bichat, considerando que los tejidos de que se componen los órganos pueden enfermar independientemente, porque ellos representan el verdadero asiento de la enfermedad, y culminan en la doctrina de la «patología celular» de Virchow, que por la trascendencia que ha tenido y por la influencia que aún ejerce en la Patología, merece que nos detengamos un poco en su estudio.

La *doctrina celular* en la que se funda el pensamiento de Virchow, ha sido consecuencia de diversos estudios, principalmente de botánicos. En el siglo XVII, Hooke (1665), Malpighi (1675) y Grew (1682), descubren cavidades celulares en las plantas. Robert Brown (1831) descubre el núcleo. Gabriel Valentini (1835) el nucleolo. Schleiden (1838) demuestra que los tejidos vegetales están formados por grupos de células. Schwann descubre células nucleadas en los tejidos animales, viniendo a la conclusión, en amistosa conversación con Schleiden, de la semejanza de estructura de los tejidos vegetales y animales, sentando esta conclusión: «Hay un principio universal de desarrollo para las partes elementales de los organismos, aunque sean diferentes, y este principio es la formación de las células». Todos los tejidos están compuestos de células o de elementos de origen celular.

Kölliker y Remak estudian el desarrollo de los organismos a expensas del óvulo fecundado, demostrando que la vida normal va unida a la existencia de la célula, induciendo a Virchow a sentar el concepto de que en los procesos patológicos es la célula la que enferma, llegando a formular las siguientes conclusiones: «La enfermedad es la misma vida; la vida en condiciones alteradas, sea que estas condiciones se modifiquen por causas externas, sea que se modifiquen por causas internas. Como expresión de la enfermedad se encuentra una alteración del cuerpo celular. Una célula sólo puede proceder de otra célula. La misión de la Medicina no es, de ningún modo, tratar de explicar las enfermedades por medio de un principio único, como han tratado de hacer los sistemáticos, sino observar objetivamente la enfermedad con todos cuantos medios han puesto en nuestras manos la Fisiología, la Física y la Química, y, apoyándonos en nuestros conocimientos de anatomía normal y patológica, deducir las alteraciones que la enfermedad suscita. De este modo se puede encontrar el diagnóstico que, en primer término, se apoya en la Anatomía patológica y, después, practicar el tratamiento apoyándose en la experiencia clínica».

Para Virchow la enfermedad siempre constituye un proceso localizado. Las causas externas de la enfermedad modifican física o químicamente la célula viviente y las reacciones que en estas provocan dan lugar a la predisposición.

El conocimiento de la bacteriología provocó una enérgica reacción contra el concepto de Virchow, de la que fué intérprete Klebs en el Congreso de Ciencias Naturales de Munich de 1877 y de Cásel de 1878. No admite las alteraciones celulares y considerando

que lo único verdaderamente decisivo era el *agente infeccioso*, solo admite como verdadera enfermedad a las dependientes de procesos infecciosos, a lo que Virchow se opone en 1880, con el argumento de que el origen bacteriano de las enfermedades no se podía concebir sin el carácter patológico celular, porque necesariamente había que reconocer la existencia de lesiones celulares producidas por las propias bacterias o por sus toxinas. Más tarde, Klebs en 1887, bajo la influencia de la doctrina de Darwin, considerando la enfermedad como una lucha entre dos seres vivos, el bacilo y el organismo, manifestó que no se podía resolver el problema desde un punto de vista exclusivo bacteriológico ni patológico celular.

Otro juicio conciliador sobre esta cuestión lo vemos en W. Beneke, que en 1881, ocupándose precisamente de las enfermedades infecciosas, dice que lo característico de la enfermedad y el efecto de sus causas depende de la constitución anatómica y química del enfermo.

Ni las teorías bacteriológicas, ni las lesiones localizadas, podían satisfacer a los médicos que consideraban al enfermo afecto en su totalidad, en el que apreciaban diferentes reacciones para las mismas causas, siendo combatida por los clínicos, Rosembach el primero, la bacteriología ortodoxa, considerando la enfermedad como *un caso especial de la energética en el cuerpo*, una modificación del trabajo interno, así como también *un caso especial de la lucha por la existencia*. En las enfermedades infecciosas concede importancia a la mayor o menor resistencia del organismo, es decir, a la predisposición; y así como la causa de la caída de un cuerpo es la gravedad y no el empujón que le hace caer, la causa de la enfermedad está en el cuerpo débil y el bacilo es solo el impulso decisivo.

Más tarde, Gottstein habla de la predisposición adquirida, a la que atribuye el fundamento de los progresos de la enfermedad, considerando que depende de dos factores: virulencia bacteriana, por una parte y resistencia del organismo parasitado, por otra.

Como modalidad del concepto de predisposición, Liebreich crea la teoría del *nosoparasitismo*, según la cual el bacilo se transforma en verdadero agente nocivo o patógeno, cuando el organismo fuera previamente preparado por otra enfermedad producida por alteraciones nutritivas, por influencias hereditarias o biológicas de otra índole.

Todos estos conceptos, ampliados por Martius, constituyen el fundamento de la *patología constitucional*, extendiéndolos a la totalidad de la patología de las enfermedades internas, localizando el poder de resistencia natural y de la predisposición para enfermar en las células.

En este período y a partir del concepto de Henle de que las «enfermedades miasmático-contagiosas» debían ser producidas por un contagio viviente, de naturaleza parasitaria, perteneciente al reino animal o, más probablemente, al reino vegetal, se inicia el progreso de la bacteriología, que adquiere rápido desarrollo merced a los trabajos de innumerables investigadores, entre los que destacan los nombres de Cohn, Davaine, Pasteur, Waldeyer, Obermeier, Koch, Loeffler, Hansen, Kitasato y otros muchos, cuyas aportaciones han ido resolviendo todos los problemas que en un principio comprendía esta cuestión, llegándose, en plazo relativamente corto, al completo conocimiento de la biología de las bacterias y de su acción como agentes patógenos. Poco a poco, por ingeniosos procedimientos que hoy son de práctica habitual, fué conociéndose la especificidad de muchas bacterias, con pruebas irrefutables.

Al mismo tiempo se venía al conocimiento de las modificaciones que se operaban en el organismo por la acción de la infección, por los productos bacterianos (toxinas) dando lugar a la producción de otros productos (antitoxinas), que además de proporcionar al organismo los elementos defensivos necesarios, provocaban en éste un estado refractario para la misma infección (inmunidad), la que al tratar de ser explicada en su mecanismo de producción dió lugar a diferentes hipótesis, tan opuestas en sus principios como la del *agotamiento* de Pasteur; la de *retención* de Chauveau; la de Grawitz, que de acuerdo con la patología celular, la atribuye a una adaptación acrecentada de la célula y la de la *fagocitosis* de Metschnikoff.

No nos es posible seguir paso a paso, en todo su detalle, el desenvolvimiento de la bacteriología en la historia, ni encontraría en este lugar adecuado marco; bástenos a nuestro objeto con dejar consignado que el desarrollo rápido adquirido por esta doctrina, el descubrimiento de los gérmenes específicos de muchas enfermedades, como el de la lepra por Hansen, el de la fiebre tifoidea por Eberth, el de la difteria por Loeffler, el del cólera morbo por Koch, el de la meningitis cerebro espinal epidémica por Weichselbaum, el del tétanos por Kitasato, el de la sífilis por Schaudinn y Hoffmann entre los más importantes, dió tal fuerza de realidad, tal objetividad muy conforme con las corrientes materialistas de la época, que dejando aparte todas las concepciones que antes ocuparon la atención de los sabios investigadores sobre la naturaleza y causa de la vida, vinieron a confluir a este terreno, extendiéndose el concepto bacteriológico de la patología con tanta profusión que, al finalizar el siglo, todo eran mi-

crobios y por su acción se trató de explicar toda la patología, como violenta reacción a la doctrina celular de Virchow, que dominó en los años anteriores.

El considerable progreso que se produce en la Medicina desde la segunda mitad del siglo XIX prosigue en el XX sin línea de demarcación, enriqueciéndose con las nuevas adquisiciones que le han colocado en el estado actual, muchas de las cuales tienen sus raíces en el siglo anterior, aunque en este hayan adquirido su pleno desarrollo. Así vemos que la doctrina de los hormonas, que tiene su punto de partida en los estudios de Claudio Bernard, de Addison y Brown-Séguar, llega a su completo apogeo por las aportaciones de Bayliss, Starling, Falta, Marañón y otros, llegándose, sobre bases experimentales, al conocimiento completo de todo el sistema endocrino y de sus correlaciones funcionales.

No nos es posible dar la relación de todos los inventos, descubrimientos, teorías y doctrinas aparecidos durante este período contemporáneo. Citaremos, solo para dar idea de la trascendental obra realizada, los estudios de los sistemas autónomos, vago y simpático, cuya acción preside las funciones vegetativas del organismo. El descubrimiento de His, del fascículo que lleva su nombre y del importante papel que desempeña en el funcionamiento del corazón. La invención del electrocardiógrafo de Waller y Enthoven, con el que se puede obtener una gráfica de la función cardíaca o electrocardiograma, que tanto ha facilitado el estudio de las condiciones patológicas de la contracción del miocardio, cuya utilidad en la práctica es de todos bien conocida. Los estudios de Fischer y su discípulo Abderhalden en el campo de la química biológica, que tienden a resolver el problema de la transformación de los alimentos, integración y desintegración de los albuminoides, síntesis de las proteínas, de los azúcares, el metabolismo celular, etc., etc. Los estudios de Freud sobre psicología normal y patológica. El descubrimiento de la spirocheta pálida por Schaudinn, de las reacciones serológicas de la sangre para el diagnóstico de la sífilis de Wassermann, del salvarsán de Ehrlich. Los estudios de Bordet y Gengou sobre los fenómenos de inmunidad. Las teorías de la floculación y de la alergia y otros muchos que contribuyendo al progreso científico de la Medicina de nuestros días, han llegado a la solución de muchos problemas que por su aplicación práctica han producido un verdadero y positivo beneficio a la humanidad al proporcionar los medios de tratamiento de muchas enfermedades.

La enfermedad es un modo de vivir, malo, deficiente y aflictivo; constituye, por consiguiente, un caso particular de la vida y toda formal investigación patológica ha de suponer, como precedente racional, un concepto claro y definido de la vida misma. Por esto vemos en la sucinta relación histórica que acabamos de hacer, que la fantasía de los hombres, puesta al servicio de la necesidad, ha dado lugar a las más diversas teorías, concepciones y doctrinas, en las que se aprecia la influencia del ambiente de cada época, para poder explicar, de modo satisfactorio, la esencia de la vida y en su consecuencia la de la enfermedad, con ideas contradictorias, volviendo a veces sobre el pasado, con variaciones de forma o tomando de unas y otras, con un sentido ecléctico más o menos acomodaticio.

En la evolución del pensamiento observamos que cuando los conocimientos positivos son más rudimentarios abundan las doctrinas, casi siempre de base especulativo-filosófica, y a medida que vamos entrando en posesión del conocimiento estructural del organismo, paulatinamente va pasando a segundo término esta tendencia y adaptándose a las ideas analistas, que cada vez dominan más en el campo de la Medicina, hasta que el concepto de la vida deserta de éste definitivamente, pasando al de la Filosofía y ya, desde la segunda mitad del siglo XIX, la causa de las enfermedades se busca en un terreno de más objetividad, en armonía con el positivismo materialista que domina la época.

Este cambio, operado felizmente, ha tenido la indiscutible ventaja de ponernos en posesión del conocimiento de la estructura del organismo, del mecanismo de sus funciones y, como lógica consecuencia, de un mejor conocimiento de la patología; se ha llegado por este derrotero a desmenuzar al organismo, que a la hora actual no tiene secretos para nosotros, tanto en su estado normal como patológico.

Mas a pesar de esto, si estudiamos con detenimiento cualquiera de los sectores de la patología, encontraremos tantas lagunas que nos quedará la impresión de que, pese a los esfuerzos realizados, son muy pocos los problemas patológicos que están resueltos, si es que hay alguno, pues a veces aquello que tenemos como adquisición más positiva viene a ser modificado por la aportación de nuevas ideas, demostrando que aún se encuentra en una fase evolutiva.

Así por ejemplo: la bacteriología, que parecía resolver este gran sector de las infecciones de modo inconcuso, puesto que a tal germen tal infección, las investigaciones posteriores vienen a demostrar que

el problema no es tan simple, pues para que la infección se produzca no basta con la entrada del microbio en el organismo, puesto que muchos de ellos, de carácter francamente patógeno, como el estrep-tococo, el bacilo de Pffeifer, etc., son huéspedes habituales de la boca y faringe sin el menor carácter agresivo y hasta cada región tiene su flora habitual. Para que la infección se produzca hace falta algo más y su explicación pertenece al terreno de la hipótesis y de la teoría y se habla de predisposición, de inmunidad, de estado alérgico, etc., sin que podamos explicarnos el por qué de estas situaciones. Es más, para que una epidemia se produzca, precisa de condiciones especiales que aún no se han podido determinar y que Pettenkofer designa con el vago concepto del *ambiente epicémico* que nada explica, pero que tiene tal efectividad que le permitió, durante la epidemia de cólera de Hamburgo el año 1892, someterse al autoexperimento de ingerir un cultivo virulento de bacilos virgula, fuera de la región en que domi-naba la epidemia sin experimentar más que ligeros trastornos intesti-nales.

De la endocrinología conocemos la secreción de algunas glándu-las del sistema, sus correlaciones funcionales, los efectos producidos en el organismo de un modo experimental, la correlación de todo el sistema con el vegetativo, etc.; pero aparte de ciertas lesiones somáti-cas, clínicamente demostrables, la mayoría de las veces ignoramos la determinante del trastorno funcional.

Así podríamos seguir citando hechos concretos de todos los sec-tores de la patología y en todos veríamos que en la correlación cau-sal ascendente siempre llegamos a un tope del que, la limitación de nuestra inteligencia, no nos permite pasar, y que muchos de los pro-blemas cuya solución se ha creído encontrar no han hecho más que cambiar de situación por un cambio de palabras sin contenido y que no se ha resuelto ningún problema que tenga una directa relación con el concepto de la vida y sus derivados.

El problema terapéutico, el más interesante de la Medicina, pues-to que constituye su finalidad, nos presenta otro interesante aspecto; el conocimiento a priori del efecto de los medicamentos y agentes terapéuticos. Ni la medicación más conocida, la de uso más corriente, podemos emplearla con una seguridad absoluta de sus resultados, pues siempre hemos de contar con la posibilidad de una intolerancia, un estado refractario o una sensibilidad especial, lo que por no saber lo que es se le llama *idiosincrasia*. Todo el que ha practicado la Cirugía sabe de la inconstancia de los efectos de la anestesia local, que en algunos individuos produce el síncope y en otros no se logra

la insensibilidad ni aun con dosis masivas. Las intolerancias medicamentosas son de todos conocidas, pero lo que no se conoce es lo que las determinan.

Por otra parte, en un sentido más general, todo medicamento o agente terapéutico, cualquiera que sea su naturaleza, aunque a su conocimiento se haya llegado por el procedimiento más puramente científico que se pueda concebir, antes de su administración al enfermo, es sometido a ensayo para poder observar, por *experiencia*, sus efectos nocivos y beneficiosos. Como testimonio citaremos el 606 descubierto por Ehrlich y Berthein, el cual, antes de introducirlo en la terapéutica tuvo que ser ensayado en los animales por Hata; fué administrado a dos enfermos, jóvenes médicos que a ello se ofrecieron y fué, después de estos ensayos, entregado a los clinicos con estas palabras del sabio de Francfort: «Os entrego un producto que seguramente no mata, que creo que combate bien la sífilis, y os ruego que las observaciones sobre su eficacia y modo de administración me sean transmitidas con la mas rigurosa seriedad, sin exageraciones en favor ni en contra, en su verdadero y real valor». Lo que nos ofrece una prueba irrefutable, de una autoridad de toda solvencia, de la necesidad del tanteo, de la experimentación previa del medicamento. Y si esto podemos decir de un investigador como Ehrlich, autoridad química del más elevado nivel, qué no diríamos de otros productos de origen menos encumbrado.

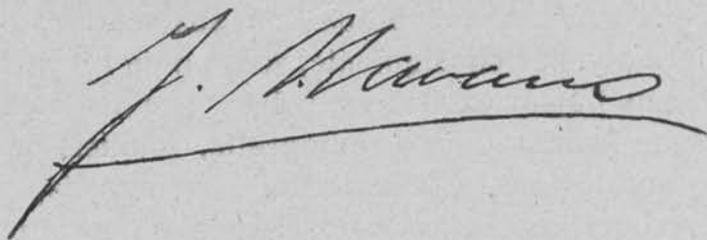
La variabilidad con que se suceden los procedimientos terapéuticos es otra prueba de la inconsistencia de sus principios; véase la historia del tratamiento del tifus abdominal.

Por último, en el terreno de la clínica, si comparamos la actuación del médico hipocrático con el de nuestros días, veremos que en el fondo sigue apoyándose en los mismos principios, sin más diferencia que aquél, solo contaba con sus sentidos para la exploración del enfermo y, por consiguiente, solo podía recoger los síntomas que pudiéramos llamar exteriores y éste, por los medios auxiliares con que cuenta (radioscopia y radiografía, análisis de secreciones y productos patológicos, oscilometría, cardiografía, metabolismo, etc.), puede recoger los síntomas exteriores o interiores, pudiendo hacer un estudio más minucioso y más seguro del enfermo; pero en uno y otro caso, el proceso clínico tiene un fundamento común: la intuición del médico sugerida por la observación y confirmada por la experiencia propia y por la ajena adquirida por el estudio.

Y si de los dos elementos de que se compone el individuo, cuerpo

y alma o materia y vida, desconocemos uno; si las causas de las enfermedades no nos son conocidas en su integridad, si no conocemos el por qué de los fenómenos vitales, normales y patológicos; si la terapéutica, última razón de la Medicina, ha de ser motivo de tanteos y experimentación; si en el individuo existen siempre imponderables que limitan el conocimiento del efecto terapéutico que tratamos de conseguir, pues ningún tratamiento puede instituirse con el seguro conocimiento, a priori, de sus resultados, se comprenderá que no exagerábamos al asegurar que la Medicina no es una Ciencia y que su fundamento sigue siendo, como en el período hipocrático, de carácter empírico.

Y aquí terminaríamos; pero no queremos dejar, sobre todo a los médicos jóvenes que me hayan escuchado, el amargo sabor de un escepticismo, pues, aunque a paso lento, nos aproximamos a la perfección, por lo que lo dicho debe servir para estimular el estudio y la investigación, aun teniendo la seguridad de que el ideal de la Medicina nunca podrá dejar de ser ideal para convertirse en realidad, pues como dice Letamendi «aquel que, persiguiendo el vano empeño de dar con una piedra en la luna, se ejercitara durante días, meses, años, a fin de realizar un día su loco empeño, no lograría ciertamente dar en el blanco de sus ilusiones, pero sí llegaría a ser el tirador de más alcance de su pueblo y el más temido de sus enemigos. Tal es el proceso de la cultura humana: apuntar al cielo para prosperar en la tierra; tal la marcha de la evolución médica: apuntar al ideal de la abolición de toda enfermedad y de toda muerte prematura, para llegar, a despecho de las limitaciones prácticas, a la mayor suma de salud y longevidad humanamente posible».

A handwritten signature in dark ink, appearing to read 'J. Navarro Moreno'. The signature is fluid and cursive, with a long horizontal stroke extending to the right at the bottom.

Discurso de contestación que, en nombre de la Academia, dirigió el numerario Don José M.^a Rey Díaz.

SEÑORES INVITADOS:

Esa maravillosa investigación de si la Medicina es Ciencia, y si lo es del *razonamiento* o de la *observación*, tejida sobre cañamazo histórico, con que el Doctor Navarro Moreno acaba de regalarnos, y cuyas últimas palabras son un suspiro hondo, por la mayor suma de salud y la mayor longevidad posibles, hubieren merecido, seguramente, dentro del antiguo ceremonial académico, una glosa digna de su enjundioso contenido. Mas, el designio de nuestro viejo y sesudo Instituto, señalando al último de sus miembros para que, en su nombre y representación, dé la bienvenida al nuevo Socio Numerario, va a traer, en este caso, por consecuencia fatal, que la oración erudita que acabáis de oír, quede sin comentario adecuado; ya que,—de una parte—, ni intentar, siquiera, puede el que ahora os habla, tocar tema tan profundo y que por entero cae afuera del campo de sus aficiones literarias, y más lejos aún del de sus mezquinos conocimientos, y,—de otra—, piensa, fundadamente, que no iban, hasta aquí, por buen camino aquellos largos «*discursos de contestación*» con que se correspondía a los de entrada en Academias, y que, tan enfática como impropriamente se dirigían al Cuerpo mismo que hablaba, repitiendo, como un eco, la tésis que momentos antes había perfilado el neófito.

Hora es ya,—nos parece—, de enterrar esa costumbre, apartándose, un poco, del tono dieciochesco que empolva estas cultas entidades y de utilizar otros caminos para celebrar y encomiar la personalidad del que llega, y que, en estos casos, vale tanto como acatar la Autoridad inapelable del organismo que lo nombró, y que no implica ni tocar ni retocar su discurso, pieza oratoria que suele ser una pulida alhaja, labrada con la herramienta de sus talentos, que recuerda aquellas joyas cinceladas, de oro fino, que presentaban los orfebres cordobeses, como prueba de su habilidad, al ser examinados para entrar en el oficio, o para abrir taller, discurso que, con la firma de nuestro Censor, lleva ya la fiel contrastía de la ley de sus materiales.—Nos hemos preguntado, muchas veces, si no sería esta perorata

de una Academia, por boca de un su representante, pero lanzado hacia adentro, algo así como el afán de convencerse a sí mismo, de no haberse equivocado en la elección del nuevo Socio....

Pues, proyectemos ahora, hacia afuera y con mejor sentido de lo que deben ser estas solemnidades literarias, las fundadas razones que hemos tenido, para elegir entre todos los Académicos correspondientes, que en la ciudad residen, el nombre ilustre del Médico Don José Navarro Moreno, acertar a incorporarle a la tarea activa y hacerlo con espontánea conformidad y por voz unánime.

Sépalo así, Córdoba.

Y, Córdoba, sois vosotros: Autoridades y concurrentes, que asistís con deleite a esta litúrgica ceremonia civil, tanto para hacernos el honor de corresponder a nuestra llamada, cuanto, porque, sin duda, queréis dar prenda al Doctor Navarro, y también a nosotros, los de la Academia, de la emoción ciudadana que produce hoy la entrada de aquél en el «Santa Santorum» de la cultura cordobesa, y la incorporación total, al acervo común de aquella colectividad, de los prestigios personales de este colaborador de signo positivo, antes de ahora, y en tantos años de actuación pública acertada y feliz, consagrado por la Fama, en fuerza y razón de sus brillantes actividades científicas.

....

Ya está Navarro Moreno, en su sillón numerado de la Real Academia de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes de Córdoba.—Pasados unos instantes, colgará de su cuello,—como una señal de distinción—, el emblema de nuestro Instituto, para que, sobre su pecho, parezca, o estímulo o recompensa, según que, lo miren los demás o que sea él quien lo sienta tintinear sobre el propio corazón.—Aguardemos su ayuda eficaz, y gocémonos de su grata compañía.

No necesitaba él, en verdad, para ante la Academia, dar muestra nueva del acierto de sus trabajos, del tono de sus inquietudes, ni del mérito de su pluma. Había probado ya ser capaz, como pocos, de ilustrar con sus luces nuestras periódicas tareas. Tiempo ha que sabemos de su saber, porque este estudioso Médico gustaba de ensambalar su aportación, en el programa de los estudios de cada curso, y de acudir, para ofrecérnosla, de noche y en silencio, a la reunión sabatina que solemos celebrar en la Sala escondida del patio-jardín, húmedo y florido, pedazo un día del Noviciado dominicano de San Pablo, donde nos tiene dado albergue, generosa, la Diputación de la provincia.—Ha tomado contacto muchos días, Navarro Moreno, con la labor ilustradora y ha dado varias veces muestra clara,—al des-

arrollar ante nosotros sus conocimientos, divulgándolos—, de su probada vocación científica.

Pero, por si alguien dudara de sus merecimientos, su perfilado estudio: «*Carácter empírico de la Medicina*», acreditará desde hoy lo amplio de su visión, lo sazonado de su cultura y la facilidad con que de ella sabe hacer gala, bastando ese concienzudo discurso para creerle digno, dignísimo, de honrar esta Casa, en donde entra ahora a tomar puesto definitivo.

Y no anotéis el acierto, de ese su discurso, como cosa esporádica, como hecho aislado.—Con el desembarazado manejo del instrumental que a diario se sirve para ejercer, con primor no igualado, su difícil especialidad; con el arte y destreza manual insuperable con que sabe hendir el bisturí en la carne de los pacientes cuando hace cirugía, alterna Navarro, casi en tantos años como cuenta de Médico, la soltura de su pluma para producir abundante cosecha de trabajos y memorias científicas.—Ved, si no, el n.º 12 correspondiente al 30 de Junio de 1917, de la «*Revue Hebdomadaire de laryngologie, d'otologie et de rhinologie*», y en ella, vertido al francés, un estudio sobre «*Cuerpos extraños en la laringe*», si es que antes no leísteis su tesis doctoral que respondió al tema «*Diagnóstico de la tuberculosis por la Oftalmo-reacción Calmette*».—Leed su discurso de recepción, como miembro de número, en la Academia de Ciencias Médicas de Córdoba, que presentó en 4 de Mayo de 1922 y que versó sobre esta cuestión: «*Orientación y equilibrio*».—Revisad los tomos de la Revista «*Actualidad médica*» hacia el n.º de Septiembre de 1927, y hallaréis, bajo el epígrafe «*Pequeñeces otorinolaringológicas*» esta media docena de estudios perfectamente compuestos: «*Parafinoma nasal consecutivo a antoplastia estética*» o este otro: «*Fractura del tabique de la nariz*» o el que intituló «*Cuerpos extraños de oídos*»; o aquel que respondía al enunciado: «*Gotas de cera en el oído*»; o el que reza como título: «*Fístula de seno frontal*»; o, por fin: el que explica «*Tratamiento de las supuraciones del ático, por drenaje directo*».—Buscad en la propia Revista «*Actualidad Médica*», los artículos que en el mismo año 1927, desarrollan estas dos cuestiones otorinolaringológicas, «*Quiste mucoso gigante de la fosa nasal*»; y esta otra: «*Amigdalotomía y amigdalectomía*».—Repasad su conferencia pronunciada en la Academia cordobesa de Ciencias Médicas, y que luego pronunció en extracto «*Mundo Médico*» en su número 69, correspondiente a Abril de 1928, y, el tema «*Tratamiento de las estenosis laríngeas por laringo-fisura*» aparecerá ante vuestros ojos, perfectamente concebido y galanamente expuesto.—Recordad aquella otra

Conferencia de Navarro, del 6 de Diciembre de 1928, ante la propia Academia de Ciencias Médicas: «Las infecciones en los senos accesorios de las fosas nasales» o la que, desde la misma tribuna pronunciara en 17 de Enero de 1929, sobre «Cirugía estética de la nariz», o la que explanó ante el Ateneo Médico de Córdoba y fué luego extractada en el n.º 106 de «Mundo Médico» hacia Octubre de 1929, y que respondió a la cuestión: «Tratamiento del cáncer laríngeo»; o las eruditas disertaciones que escuchó de su boca la mentada Academia Médica, una al principio, y otra hacia el final, del año 1930, sobre las repetidas cuestiones: «Síndromes adenoideos» y, «Papel de las amígdalas en la Patología».—Abrió la colección de «Actualidad Médica» por su n.º 88,—Abril de 1932—, y hallaréis en sus páginas este trabajo: «Cuerpos extraños traquebronquiales».—Haced memoria de aquel provechoso cursillo que celebró la tan nombrada Academia de Ciencias Médicas sobre la enfermedad lazarina, y veréis todavía a Navarro Moreno, logrando un éxito más, con su comunicación sobre «Localizaciones nasales, faríngeas y laríngeas de la lepra».—Anotad en el haber de este publicista científico, otra conferencia más: «Aplicaciones útiles de la diatermia quirúrgica en otorinolaringología», que después imprimió la revista española y americana de tal especialidad en 9 de Octubre de 1932, y, una más,—no publicada—, que también escucharon los médicos en su Academia, sobre «Cirugía conservadora del cáncer laríngeo».—Hojead la colección de la recién mentada Revista española y americana de otorinolaringología, y, otro trabajo científico salido de la pluma del Doctor Navarro, llamará la atención hasta de los profanos: «Quiste hidatídico del tiroides».—Pasad la vista por los Anales de la tan nombrada Academia cordobesa de Ciencias Médicas y hallaréis... comunicados, notas, artículos, que ceñidos a la difícil especialidad que Navarro cultiva, no se apartan un punto de la trayectoria... «El asma.—Consideraciones sobre su patogénia y tratamiento».—«Epistaxis».—«Tratamiento de la fractura de los huesos de la nariz».—«Cuerpo extraño bronquial (caso clínico)»—, y «Dolor de oídos».—«Eliminación del cartilago tiroides en un canceroso de laringe tratado por radioterapia y cobra-toxina», estudio interesantísimo, ilustrado con presentación de pieza.

Por fin, y para no hacer la relación interminable: Preguntad en el Ateneo Médico de Málaga por Navarro Moreno, y os dirán que su voz se alzó allí, en el año de 1934, para ilustrar a selecto y numeroso auditorio sobre «Problemas que plantea el estudio del oca».

Pero, no se limitó el nuevo Académico, a lo largo de su vida estudiosa, a gastar la actividad que le sobrara—después de derrocharla

entre sus enfermos de Hospital, de Sanatorios, y de su concurrida consulta particular—, en solo conferencias, publicaciones, discursos y notas científicas, sino que también laboró en Ponencias de Congresos Médicos, en Asambleas para el progreso de las Ciencias, y... ya se encamina a Burdeos, al curso de perfeccionamiento que en aquella Facultad de Medicina dan los Profesores Moure y Portmánn, en el año de 1924, en donde fraterniza con otros médicos eminentes como Tapia y Barajas... o, ya dirige sus pasos al Congreso de las Ciencias de Santiago de Compostela para intervenir certeramente en sus deliberaciones. Y en el año 1935 presenta en Bruselas una comunicación a la «Sociedad de broncoesofagoscopia de lengua francesa» sobre cuerpos extraños de esófago, siendo nombrado, en atención a su mérito, miembro de dicha Sociedad.

Notareis en este recuento,—parte del relato que, con más tiempo disponible, podíamos hacer, de «*Los trabajos y los días del Doctor Navarro...—*», notareis, que nos hallamos ante quien no se contenta con descubrir técnicas nuevas, por personales ensayos, sino con ofrecerlas, como preciado tributo a la Ciencia Médica española, en provecho de la humanidad doliente. En esto se distinguen los médicos estudiosos, diligentes y sabios que agotan su actividad en las cotidianas cuestiones profesionales, no como quien ejerce una artesanía ni como quien hace de la curación de enfermos un trabajo para allegar fortuna, sino como el que se cree investido de una elevada y trascendente *misión* y la cumple.—Ni en lo que hace, ni en lo que escribe ni en lo que divulga, vereis nunca a Navarro Moreno apartarse un ápice de su trayectoria de seriedad y de constancia en el esfuerzo.

Dos cardinales descubriréis guiando su vida: Su decidido amor a Córdoba, a la que él mismo encadenó su misión científica desde el primer momento de ejercerla y durante treinta y cuatro años, y su vocación por la especialidad que aquí creó, que ha sido, en aquel lapso, norte de sus afanes y recompensa de sus sacrificios y desvelos y que sigue cultivando con dominio pleno y éxito no igualado.

Córdoba, el Doctor Navarro, sinó por naturaleza por derecho de conquista, aquí dió el primer paso, aquí ha seguido su recto camino profesional, y a Córdoba seguirá perteneciendo intensamente mientras viva.

No era conocida la técnica quirúrgica regional que este otorrinolaringólogo había aprendido en Granada y se proponía ensayar cuando, todavía un jovenzuelo, llegaba a nuestra ciudad a ejercerla.

Una circunstancia especial hacía de él un caso precoz para ese ejercicio de su especialidad, que merece tenerse en cuenta y que vais a

Don Pedro López Peláez, el Doctor eminente López Peláez, era Profesor de Anatomía de la Universidad granadina, y, al mismo tiempo, especialista competente y experto en oídos, nariz y garganta.—Pues, este hombre, tuvo el atisbo de que, un su alumno de primer año, allá por el de 1901,—José Navarro Moreno—, había de seguir sus huellas en «el *hacer médico*»; y, de buenas a primeras, llamó al discípulo—recien entrado en aquella sazón en la Escuela de Medicina—, y le nombró su Auxiliar en la consulta de Otorrino que tenía abierta y nutrida en el edificio de la Facultad. Un estudiante de primer curso de Medicina en contacto directo con un servicio público de especialidad; y ello, no solo en la época lectiva, sino también en la de vacaciones, en la que actuaba a las órdenes del Doctor García Cachazo, Auxiliar de Cátedra de López Peláez.—Todavía más: durante los dos últimos años de carrera (1904-1906), Navarro perfila mejor aún sus conocimientos especiales como alumno interno, con ejercicio cotidiano en las clínicas de otorrinolaringología, siendo ya Profesor de esta disciplina Don Federico Olóriz.—Seis años antes de ser médico, ya la suerte ponía en manos de Navarro Moreno cientos de enfermos de nariz, garganta y oídos, dándole la mejor ocasión de documentarse en esta rama de la Cirugía, asistiéndolos, cuidándolos y practicando en ellos incontables intervenciones. «Navarro especialista» mucho antes de alcanzar el Título de Médico... ¿Quién se vió, en trance semejante, tan favorable? ¿Cómo no había de enraizarse esa vocación, teniendo por Maestra a la realidad?

Nadie se ha sentido, al concluir la carrera, sobre base tan ancha y tan sólida como el Doctor Navarro, para emprender el ejercicio de una misión científica desde el día mismo en que por vez primera exploró un enfermo por derecho propio, y mojó la pluma para escribir su primera receta. Ello fué en Córdoba y no en Granada, su ciudad, por propio designio, en el año de 1908.

.....

Estaba descontado su éxito.

Su vivienda y su clínica, alegre y coquetona, montadas en un piso minúsculo en la casa que hace esquina a las calles de Gondomar y de Marqués del Boil, se vieron pronto pobladas de clientes y de admiradores; y el pueblo, con su fino sentido para bautizar, porque halló difícil de retener el título de Otorrinolaringólogo, llamó a Navarro, lisa y llanamente: «*El Médico de los oídos*».

Y comenzó la peregrinación, en busca de su asistencia desde todas las casas de nuestra ciudad y de su comarca; y, mientras esto acontecía en lo privado, en lo público, como ningún servicio de este tipo

tenía montado el Hospital general, fué gentileza de los demás Médicos de la Beneficencia dejar que Navarro atendiera,—generosa y gratuitamente por supuesto—, a los enfermos de nariz, oídos y garganta que ingresaban en las Enfermerías de la Casa del Cardenal; y esto, así, hasta que en 1915 fué agregado este experto especialista a la propia Beneficencia provincial y reunió bajo su talento y su mano saludadores número copioso de enfermos asistidos y operados, llegados a las salas desde todos los confines de la provincia.

Un año adelante, y también los dolientes pobres de Córdoba, los atendidos por la Beneficencia Municipal, gozaban de la asistencia personal de este especialista y por cierto que por no tener aún el Ayuntamiento dispuesto lugar adecuado (no existía la Policlínica y la Casa de Socorro era algo sórdido, de aspecto triste y precario) eran enviados los enfermos al propio gabinete que Navarro había montado en su domicilio según las últimas exigencias de entonces, para que allí le consultaren sus males de nariz, garganta y oídos.

Y viene el año de 1919, y como la Diputación no hubiere creado todavía el servicio provincial sanitario de la especialidad a que Navarro Moreno se había consagrado en cuerpo y alma y de por vida, y sí, en cambio, sacare por entonces a la lid científica una plaza de Cirujano para una nueva Sección Quirúrgica en el Hospital Real,—mal llamado de Agudos y mejor: del Cardenal—, nuestro nuevo compañero, médico de aptitudes polimorfos aunque no había querido desviarse de su amplio y recto camino, se reveló, sin querer, como figura de primera magnitud en Cirugía y fué consagrado como artista dominador de una técnica quirúrgica no limitada a lo regional que constituía su especialidad. Sin embargo, su férrea voluntad de *no promiscuar*, hizo que, *su hacer-médico*, no se desviara un instante de los cauces que él se había trazado a sí mismo, desde el inicio de su carrera universitaria, y era curioso que, en su sala de Cirugía del Hospital, el 60 por 100 de los enfermos lo eran siempre de la especialidad otorrinolaringológica, que, por deferencias de los demás médicos y provecho de la enfermería que daba la ciudad y su comarca, y por la fuerza de la costumbre acudían a él para ser tratados.—Navarro pudo, e hizo bien, conectar así, en este lapso de su vida, el trabajo de Cirujano, en el que fueron verdadera revelación su singular competencia y su hábil destreza manual, con la difícil especialidad cultivada por él desde que trasmontó los confines del Bachillerato; creada en Córdoba por él, y llevada en triunfo en su mano, con vocación y entusiasmo arraigadísimos, por este pequeño mundo médico al que pertenecen la mayoría de los que ahora nos oyen, y con resonancia lejana allí donde se tendía la órbita de su fama.

Los éxitos del Cirujano Don José Navarro no significaban ni apartarse de un camino seguro abierto a su costa, ni claudicar ni vacilar en una misión, ni distraerse siquiera de un objetivo en el que estaba su punto de mira desde *el nacer Médico*, esto es, desde que puso el pié en la Facultad granadina.

Cobró fama insospechada el Cirujano general. En su mano el bisturí era, según los entendidos, como el cetro de una soberanía pronto adquirida en el arte de hacer con talento y con manutigio poco comunes. Pero es que el hábito quirúrgico que cada día acrecentaba, también a su especialidad se subordinó con ventaja; redundó en beneficio de la cirugía especial de oídos, nariz y garganta, y, acostumbándole a una elasticidad mayor, le proporcionó mayor soltura todavía, más facilidad,—si podía haber—, en la resolución de los problemas quirúrgicos otorrinolaringológicos.

En el largo lapso que medió hasta que el Doctor Navarro vió creado en la Beneficencia provincial el servicio de otorrinolaringología y en cuya creación había de pesar mucho, lógicamente contar con quien tan diestra y fervorosamente lo encarnaría., y en ese largo lapso, cientos de operaciones arriesgadísimas, millares de intervenciones coronadas de éxito, innúmeros trabajos de este facultativo enamorado de su propio quehacer científico, suplieron con creces—en toda la enfermería benéfica del territorio adonde llega la acción bienhechora de la Diputación—, la falta de un servicio especial como el que luego se montó y montado sigue para el tratamiento de nariz, garganta y oídos.

Dos salas, un quirófano y unas dependencias para Consulta; una estadística que marca de 25 a 30 operaciones semanales; y un río inagotable de entusiasmos y de afanes por hacer el bien, son desde entonces, en el Hospital del Señor Cardenal Salazar (con afluencia a él desde las demás Casas benéficas y desde toda la provincia, contando la capital) el campo de acción del famosísimo Doctor, en su especialidad entregado a los pobres.

No lo veréis nunca ni distraído ni alejado de su obra científica.

Así, cuando se reorganizan los servicios de Sanidad nacional en nuestra provincia, a Navarro se pide colaboración en las cuestiones de su competencia; a él se encargan estos servicios; y a él se encomienda la enseñanza y adiestramiento de los compañeros que habían de realizar la misión específica en los centros secundarios y primarios diseminados por el vasto territorio del país cordobés. Navarro les dá un curso; les enseña y les alecciona, con esa generosidad en el dar y en el enseñar que suelen tener los ya consagrados, y va, en

persona, a los centros alejados de Córdoba, como Pozoblanco y Cabra, entre otros, a mostrar, en sesiones prácticas, de gran provecho para los que aprendían, cómo se deben hacer exploraciones e intervenciones precisas, urgentes y cuidadosas en casos corrientes de los que caen dentro de esta Cirugía especial.

Así, también, cuando la guerra estalló el día 18 de Julio— y esto lo conoceis *de visu*—, Navarro se multiplica y engarza en sus abrumadoras ocupaciones habituales, una actuación brillante, en las filas de la Sanidad Militar, permaneciendo en pie y vigilante hasta que la guerra se acaba y quedándole, al despojarse del uniforme, la deleitosa satisfacción de haber prestado con sus conocimientos científicos especiales y generales un gran servicio a la Patria madre en peligro.

*
* *

Dicho está ya, señores, aunque sea a grandes rasgos, cuales fueron las líneas directrices que generaron a este médico especialista que Córdoba tiene por muy suyo y que ganó para siempre el respeto, la consideración y el afecto de los cordobeses.

La Academia que lo trajo a sí, con el título de socio correspondiente, va para muchos años, y que ha sumado los prestigios personales de Navarro Moreno, en la resultante de su prestigio colectivo, y que gozado de su saber en la tarea científica de cursos recientes, sabía bien todo lo que dicho quedó por nuestra boca.

Conocía además, nuestra Academia, pormenores de los éxitos escolares de Navarro desde los días lejanos en que siguió—entre 1899 y 1906—, sus estudios básicos en San Juan de Dios, en Granada, con notas que esmaltan su expediente de Premios y Sobresalientes en casi todas las disciplinas cursadas.—Sabía del lisonjero éxito de sus oposiciones en 1904, a una plaza de Interno en la Facultad donde cursaba, y, de que el remate de sus periodos escolares de Licenciatura y Doctorado, también quedó aureolado con el nimbo que dá a los bien dotados, la máxima nota.

Ponderaba la Academia el exacto valor del volunto feliz de Navarro al entrar en el definitivo *hacer-médico*, optando por Córdoba y no por su tierra natal granadina a la hora de traer y crear una especialidad científica para la que —con vocación perseverante— había de abrir ruta recta, ancha y continuada...

Le vió la Academia, poco después de llegado a Córdoba, recoger con dignidad y desempeñar con exactitud el puesto de mando de el

único Laboratorio que aquí había y que convirtió en oficial y público, recogiénolo de manos de un viejo Profesor de la Veterinaria, compañero nuestro de Academia, conservando y aun mejorando el tono de seriedad científica y la amplitud de acción de aquel primitivo centro de análisis.

Se gozaba la Academia en que su socio correspondiente Don José Navarro Moreno resultase investido un día con el cargo de Decano del Cuerpo Médico de la Beneficencia provincial que sirve a la Diputación; y en que otro día se le confiriese la Dirección del primer Hospital; y en que otro se hubiere destacado como Secretario del Colegio médico, y en que la Academia cordobesa de Ciencias de la Medicina, creación local no muy vieja aunque sí muy prestigiosa le llamara a su Presidencia; y en que hasta en las esferas de la Administración local Navarro pudiese realizar labor provechosa, siempre encuadrado en su propia personalidad, atinando en mejoras de Beneficencia municipal como Teniente delegado, en este Ramo, de la Alcaldía.

Nuestra Corporación, que conoce al dedillo este ejemplarísimo historial y que ha sido testigo de cómo forjó el Doctor Navarro su figura social recia y honrada en el yunque del trabajo, ha querido valerse de él, en plena madurez, incorporarlo a la labor corporativa, y darle papel importante en la gobernación interior de sí misma.

Abierta de par está esta noche la puerta mayor de nuestra Real Academia para que por ella pase y entre y se acomode en puesto principal, en su sillón de número, y ayude con su clara inteligencia al empeño común de fomentar la instrucción de sus miembros y la cultura pública, este médico por vocación y cordobés por voluntad.

Un médico, académico nuevo... un médico cordobés, nacido en Granada, que vuelve de la meta de su trayectoria profesional y que se sienta entre nosotros a contemplar despacio su camino recorrido. A ayudarnos viene, a cuidar y alimentar para que no se extinga la llamita encendida de la lámpara que colgó en la Sala de Cabildos del histórico Hospital de la Caridad de Nuestro Señor Jesucristo, el canónigo poeta, el Penitenciario Arjona, nuestro fundador, en días de 1811, días de Academias, de vates y de «buenas Letras»...

Un médico que llena el puesto de otro médico. Si viviera y aquí se hallara el Padre Muñoz Capilla, también hombre de ciencia y también nuestro, sacaría de la faltriquera de su sotana el Libro sagrado del Eclesiastés que él explicó para leernos aquello de: «Dios crió de la tierra la Medicina,... y honró la cabeza del Médico y por ella será alabado en presencia de los grandes y Reyes»...

No ofrece novedad el caso.—Siempre se han sentado en esta Academia los médicos prestigiosos que descuellan en su profesión o que cultivan las Letras o que consiguen las dos cosas.—Es larga la cronología de estos ilustres.—Fúlgen los nombres: Ramírez Casas-Deza, Don Luis Maraver, González Auriolos, Ripoll Herrera, Pablo García y Don Emilio Luque. —También el anciano, por tantos motivos venerable, que preside hoy nuestros destinos profesó un día en este sacerdocio de la Medicina y conquistó renombre en la ciudad.—Y el Alcalde de Córdoba, que aquí está, legalmente encarnándola, es Médico, es Académico, y en una y otra fase en plenitud de acción inteligente.

Ahora, Navarro, ha querido que al pasar dignamente bajo el dintel de la Academia, sean sus cartas credenciales un estudio que, a un tiempo, le acredite como enamorado de la ciencia que cultiva y que tan bien conoce, y como escritor científico, y ha hecho tema y asiento de su discurso de recepción de ese documentado trabajo que responde al epígrafe «*Carácter empírico de la Medicina*».

Lo habéis paladeado hace un momento. . Navarro nos llevó de la mano y por jornadas, en su oración académica, cruzando los caminos del arte antiguo de curar, donde el Médico hipocrático se valía de métodos de observación y de experimentación a los días en que los descubrimientos de la célula—elemento anatómico, fisiológico y patológico del organismo—, primero; de los microbios luego; de las secreciones internas después, y de la alergia más tarde, van dando, sucesivamente y con cambiantes de cosa de moda, fundamento a la Patología.

Ha corrido por los siglos XV al XIX; y nos ha ido descubriendo la teoría médica y el alcance de la experimentación científica en los tiempos; y buscando el paralelismo—como habéis visto, entre la actuación del médico hipocrático y la del moderno, para venir a la confluencia de los dos—uno, el antiguo, sin otros medios que los sentidos para recoger síntomas, de fuera; y otro, el moderno, con mil medios auxiliares novísimos para recolectarlos de dentro—, en la intuición,—del que se propone curar—, sugerida por la observación, confirmada por la experiencia, propia o agena proporcionada por el estudio.

Esta es la aseveración que hemos oído: Ahora, como en los días de los médicos griegos, hay que buscar en los datos de observación la razón de la salud o de la enfermedad. Y, ha concluido Navarro su discurso alentando a los médicos al estudio y a la investigación, en caminos de progreso y perfeccionamiento de la Medicina, aun cre-

yendo que el ideal de esta rama del saber nunca dejará de ser ideal: la abolición de la enfermedad y de la muerte prematura, para alcanzar la mayor suma de salud y de longevidad posible.

Las palabras con que Navarro Moreno ha cerrado su discurso, bien pudieran ir enlazadas con las que recogimos, días pasados, de un artículo profundísimo de otro médico escritor: de Lain Entralgo.

«Quiero, dice éste, expresar la más honda peculiaridad del Médico, el cual solo alcanza a realmente serlo, cuando ejercita su actividad específica; cuando realiza un *tratamiento* y en tanto lo realiza. Los nombres de las cosas no son pura vanidad; y *tratar* significa en su raíz más fina, *manejar o palpar* algo, gobernándolo hacia un fin. Esto es: *actuar, hacer, conducir*.—Conducir ¿qué? Al paciente de esa acción, al hombre enfermo.—Conducirle ¿hacia qué? Hacia una posibilidad de vivir más idónea que la angustiosa e inválida en que la enfermedad le sume».

En definitiva, el hondo suspiro con que el docto académico nuevo cierra su oración Abolición de la enfermedad; logro de la mayor suma de salud; prolongación en lo posible del término de la vida.

.....

Pero no nos atrevamos siquiera a rozar con el tema elegido por el docto compañero. Nos falta competencia para entrar en él y plumas en las alas para remontarnos. Profanos en la materia de que trató, nuestras palabras de respuesta no podían ser, ni han sido un discurso. Frases cordiales y justas, y no lisonja fueron, al servicio del recto propósito de ensalzar lo más discretamente la personalidad del colega nuevo, porque así se justifica la determinación de la Academia y se explican los motivos que sus miembros tuvimos para ofrecerle, a una voz, el puesto preeminente que sus talentos merecen.

Nuestra misión está cumplida, Señores invitados. Al rendiros gratitud por vuestra presencia aquí, queremos añadir otra palabra más, que vuela hacia personas que no veo entre nosotros pero que, sin duda alguna, espiritualmente nos acompañan.—Nos referimos a aquella dama venerable, alta, distinguida, nimbada de blanco la cabeza noble..., ¡tan señora, ella!... que conocimos en su casona grande frontera a las fuentes cantarinas de Plaza Nueva de Granada... la madre de Navarro Moreno.—Aludimos también a la esposa dignísima, ...cordobesa de pura cepa..., a sus hijas, las que lejos de Córdoba están en esta solemnidad con nosotros, *in mente*... Se nos vá el ánimo hacia estas personas, cargado de parabienes y de felicitaciones fervorosas ..

Señor Navarro Moreno:

Bien venido seais a este viejo organismo cordobés, de autoridad oficial, que hoy se complace en abriros su puerta para que entreis a gozar de la preeminencia que os era debida, hace mucho tiempo, por derecho propio, mientras otros la hemos ganado por merced.

Merecáis vos, y merecía la obra maestra que habéis traído en las cuartillas de vuestro discurso, que esta noche hubiese llevado la voz cantante de la Academia quien supiera ponerse a tono con vuestra personalidad y con vuestro prestigio.—Yo, solo podía estarlo con vuestro corazón.

Y, no por apretado que sea el lazo de nuestra amistad de treinta años, había yo de escamotear los elogios que merece esa perseverante vocación vuestra que os hizo abrazar para siempre y de por vida dos honrosas investiduras: la de otorrinolaringólogo y la de cordobés por devoción.

En atención a la primera, he cumplido un deber al pregonar vuestra hoja de servicios que justifica con creces la determinación de la Academia de traeros a sus filas, y la solemnidad que celebramos de vuestra entrada en ella que es gran ejemplo, ofrecido públicamente. Digno es, vuestro discurso admirable de este día, de otro discurso de respuesta sujeto a los cánones de esta clase de piezas de la oratoria académica.—Habéis de perdonar que no haya sido así, y también lo disculparán cuantos nos escuchan si, como espero, todos fueron agraciados con esa cuarta potencia del alma que consiste en hacerse cargo de las cosas.—Mal podrá seguir ese vuelo por la Historia de la Medicina quien no tiene alas para subir a regiones menos desconocidas.

Por lo que hace a vuestra condición de compatricio adoptivo, tampoco el hecho podía pasar en silencio.—No habéis nacido aquí.—El hecho del nacimiento es algo circunstancial e involuntario.—Pero, quisisteis, por voluntad tenaz, pertenecer intensamente a esta Patria menor, y, aun más: realizar una alta misión médica en ella, y, a fé que lo lograsteis.—El cariño a Córdoba guió vuestros pasos y alumbró vuestro *hacer-médico*.—Córdoba, que no os diera el ser de cordobés nativo, pero que lo dió a la gentil compañera de vuestra vida, que lo ha dado también a vuestros hijos, que es el lugar del retiro de vuestra anciana madre y que ha tenido para vos todo el cariño y todo el encomio que vuestra feliz actuación merecía. Sois nuestro compatricio por designio propio, y porque la ciudad os cuenta como suyo, en gracia a vuestra labor.

Recibid, señor Académico, la bienvenida fraternal y emocionada que yo os doy en nombre de nuestra Institución y de todos sus componentes.—Sabéis bien cual es, el elevado tono de fervor y de sinceridad que tiene este acto, y la satisfacción con que os hemos elegido por compañero y con que acogemos la eficaz colaboración que esperamos.

Viendoos entrar, y entrar con tal bagaje de méritos y excelencias como los que traéis; viendoos ocupar el sillón que la muerte dejó vacío al llevarse para siempre al Doctor Luque Morata, viene a nuestras mientes el dicho feliz del poeta Homero: *«Un Médico equivale a un gran número de hombres»*. Acaso, por ello, los pueblos antiguos profesaban a los médicos una veneración profunda.

¡Que vuestro nombre, señor Navarro Moreno, fulja un día en el recuerdo, bajo la irradiación de otros nombres que llenaron de luz la Medicinal

Hace siglos que corre por la Historia, llevado en triunfo por las sombras de Maimónides... de Averroes... o de Albucásis, el título inapreciable de *«Médico cordobés»*.

José M. Rey





Talla directa en madera, policromada, de la Virgen del Rosario, que será venerada en el templo de las Dominicas Reales (calle Claudio Coello, 112), de Madrid, ejecutada por el insigne artista y notable escultor Don Victoriano Chicote Recio, Numerario de la Real Academia de Córdoba.

Los fundadores de las Córdobas de América

Conferencia leída por Don José de la Torre,
en la apertura del curso académico 1941-1942,
el día 11 de Octubre de 1941.

SEÑORAS Y SEÑORES:

En la ciudad de Lima o de los Reyes, capital española del recién conquistado imperio de los Incas, el domingo 26 de Junio de 1541, a media tarde, catorce o quince almagristas, capitaneados por Juan de Rada, asaltaron el palacio del gobernador don Francisco Pizarro, y le dieron muerte. La sorpresa y el pánico paralizó, de momento, la reacción de los pizarristas; y rápidamente los partidarios de Diego de Almagro el Mozo se hicieron dueños de la situación e impusieron al mestizo, hijo del tuerto, como gobernador del extenso territorio de la Nueva Castilla.

Este triste y lamentable suceso, el del asesinato de Francisco Pizarro, que tan graves consecuencias tuvo, es el que ahora se conmemora, en su cuarto centenario y con diversos actos, en todo el Perú, por disposiciones del Gobierno de aquella rica y floreciente República. Asimismo, en España se han efectuado ya algunos en honor y gloria del insigne conquistador extremeño; y nuestra veterana y Real Academia de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes, también se ha considerado obligada a conmemorarlo, y ha cometido el desacierto de encomendar a este servidor de ustedes la no muy grata tarea de daros una conferencia sobre cuestiones americanas en que se hallen relacionados Córdoba y el Perú, so pretexto de que yo soy, aquí, el mejor enterado de ellas. ¡Bueno; qué le vamos a hacer! Mi querido y respetado amigo don José Amo ha vencido en la contienda y me ha hecho claudicar en mis loables propósitos de no perder el tiempo en hablar y escribir sobre cosas y materias que a nadie interesan. Pero no os llameis a engaño, señores académicos, si defraudo vuestra creencia y las esperanzas de algunos, pues ni sé tanto como suponéis, ni tampoco he dispuesto de muchas horas libres para preparar algún trabajo digno y merecedor de que lo escuche, si quiere y tiene paciencia para ello, tan distinguido y culto auditorio.

Una de las dificultades que se me han ofrecido al decidirme, fué la de elegir el tema de mi charla, pues no otra cosa, aunque escrita y leída, será lo que voy a perpetrar. Hablar de Francisco Pizarro, el caudillo principal de la conquista del Perú y fundador de la ciudad de Lima; de sus portentosas e incomparables hazañas y de su de-

sastrosa muerte, fuera insigne e inútil pedantería, pues sobrados conocidos son por todos tan señalados sucesos históricos. Tratar de los cordobeses que intervinieron en el descubrimiento, conquista y colonización del Perú, alguno tan renombrado como Sebastián de Belalcázar, fuera repetir el tema, pues ya de más de un centenar de ellos, aunque se me quedaron otros tantos en el tintero, me ocupé en una conferencia pronunciada en este mismo sitio el 1.º de Mayo de 1933. Algo podría decir de Juan de Rada, el asesino de Francisco Pizarro, que estuvo de paso en Córdoba por el año de 1535; y de Hernando Pizarro, hermano y compañero de armas del conquistador, del cual hay noticias en documentos notariales cordobeses. Pero me ha parecido más nuevo, y quizás más interesante para ustedes, aunque esto no lo sea del todo, dar algunas noticias inéditas sobre los fundadores de las tres Córdobas americanas que yo conozco, una desaparecida, dos de ellos cordobeses y el otro sevillano, mas emparentado, por su esposa, con una ilustre familia cordobesa: la de Gutiérrez de los Ríos. Por orden cronológico de sus fundaciones, fueron: Juan Pérez de Zurita, Jerónimo Luis de Cabrera y Diego Fernández de Córdoba, primer marqués de Guadalcázar. Los tres estuvieron en el Perú.

JUAN PÉREZ DE ZURITA

¿Sabe alguno de ustedes quien era Juan Pérez de Zurita, el progenitor de la primera Córdoba extrapeninsular, la Córdoba de Calchaqui? Pues fué un valeroso guerrero, conquistador de tierras y fundador de ciudades en América, sagaz y prudente gobernante, prez y honra de su patria, en la que, por lo visto, es completamente desconocido. No es muy extraño, por tanto, que ni siquiera una callejuela de Córdoba lleve su nombre, aquí que tanto se prodiga tan mísero galardón; pero aunque lo hubiera sido, el resultado sería el mismo. Muy presente tengo el caso de Gonzalo Jiménez de Quesada, el descubridor y conquistador del Nuevo Reino de Granada, nacido en una casa del arrabal de Nuestra Señora de la Fuensanta y bautizado en la parroquia de Santiago. De haber tenido la suerte de ver la luz primera en otra población, se le hubiera honrado con algo más que darle su nombre a una calle de segunda o tercera categoría. No hace mucho, el 29 de Abril de 1939, se cumplió el centenario cuarto de la fundación de Santafé de Bogotá, capital de la República de Colombia, ciudad por él creada. ¿Qué actos en recuerdo de tan señalado suceso se celebraron en Córdoba? Ninguno, ni siquiera por esta Real

Academia, la que tanto se ha preocupado ahora por conmemorar el asesinato de Francisco Pizarro, una de las inmortales glorias de España, es verdad, pero extraño a nosotros los cordobeses.

Las primeras noticias fidedignas con respecto a la patria y ascendencia de Juan Pérez de Zurita, las encontré en el Archivo de Protocolos, inagotable cantera para rehacer y documentar la historia cordobesa, hoy en trance de perderse, por incuria de unos y el poco aprecio en que se le tiene por quien, según la Ley, está obligado a proporcionarle local suficiente, en debidas condiciones y sobre todo decoroso. Vergüenza he pasado muchas veces, como español y cordobés, al tener que acompañar en sus pesquisas documentales en dicho Archivo a ilustres personalidades extranjeras, como el historiador don José de la Riva-Agüero y Osma, expresidente del Consejo de Ministros del Perú. ¡Qué mal concepto habrán formado de nosotros! Y consignado está por escrito y en letras de molde.

Pero no divaguemos más y pasemos a Juan Pérez de Zurita.

Según parece, vió la luz primera en nuestra ciudad, el año 1516. Era hijo de un Alonso Díaz de Zurita, natural de Cañete de las Torres, que fué jurado de la collación cordobesa de Santo Domingo de Silos, y de doña Inés Fernández de Córdoba, y nieto de otro Alonso Díaz de Zurita.

Juan Pérez de Zurita inició su carrera militar en 1536 en las galeas del Capitán General don Bernardino de Mendoza; y se halló en la jornada de Argel, y al mando de una compañía en la de Tremecen, con el conde de Alcaudete. Ya entonces reveló su carácter altivo y valor temerario, al exigir de sus superiores jerárquicos, con las armas en la mano, la libertad de un criado suyo, a quien se había reducido a prisión injustamente.

En Marzo de 1548 se encontraba en Granada, y no mucho más tarde debió embarcarse para las Indias, tal vez en 1550, con su hermano el licenciado Alonso de Zurita, designado para residenciar al Visitador del Nuevo Reino de Granada don Miguel Díaz de Armendarez. A los reinos del Perú no pasó Juan Pérez de Zurita hasta el año de 1553, cuando el alzamiento de Francisco Hernández Girón, contra el cual y sus secuaces combatió valerosamente, prestando a la causa real muy señalados servicios.

Por orden del Virrey don Antonio Hurtado de Mendoza, marqués de Cañete, y formando parte de una expedición de 700 soldados, se trasladó a Chile a principios de 1557, con don García Hurtado de Mendoza, el cual le envió al mando de unos setenta hombres, con el cargo de Teniente de Gobernador y Justicia Mayor, a las provincias

de Tucumán, Juríes y Diaguitas. Salió de Coquimbo todavía en plena primavera; atravesó la cordillera de los Andes con los primeros fríos, llegando a Santiago del Estero, capital del territorio de Tucumán, a fines de aquel mismo año de 1557.

Juan Pérez de Zurita, además de valeroso capitán, fué gobernante considerado y emprendedor. Sabía atraer cuando era factible, y si no domar y reprimir. Fué muy popular entre los indígenas, como lo prueban las fundaciones por él acometidas. A mediados del 1558 salió para el valle de Quinmivil, entre los diaguitas de Catamarca; y allí, a sesenta leguas de Santiago del Estero, estableció la ciudad de Londres. En Febrero o Marzo del siguiente año, ya explorado el terreno y sometidos sus pobladores por el capitán Juan Sedeño, puso los cimientos de la ciudad de Córdoba en el valle de Calchaquí, a cincuenta leguas de la capital. La de Cañete, en recuerdo de la patria de sus ascendientes, la fundó en Agosto de 1560.

Como escribe mi ilustre amigo don Roberto Levillier, «la situación escogida para las tres ciudades revela por sí sola el talento estratégico de Pérez de Zurita. Londres era un alto en el camino que desde Chile conducía a Tucumán y a Santiago del Estero. Debía prestar ayuda a Cañete y a Córdoba en caso de ataques, y se la destinaba a ser con el tiempo el jefe del aprovisionamiento en el intercambio comercial entre ambos territorios. Córdoba, emplazada en el corazón de los diaguitas más belicosos, en el camino de los valles que llevan a Charcas y a Lima, era una defensa para Chicoama, siempre batida por indios pulares, y podía considerarse el núcleo inicial de necesarias fundaciones en los valles de Salta y Jujuy. Cañete, ubicada en el asiento en que previamente estuviese la primera Barco, era una avanzada de protección para las caravanas mercantiles y las expediciones que siguiesen el camino clásico de Calchaquí a Santiago del Estero. Constituían las tres ciudades un sistema de fortificación triangular potente, que implicaba defensa recíproca y el amparo de Santiago del Estero. La idea era feliz y revela sagacísima previsión; pero los medios eran insuficientes y llevaron a un fracaso trágico el plan total».

A principios de 1561, el nuevo gobernador de Chile don Francisco de Villagrà nombró por su teniente en la provincia del Tucumán al capitán Gregorio de Castañeda, el cual tardó casi un año en llegar a su destino. Llevaba el encargo de tomarle residencia a Juan Pérez de Zurita; pero éste, «que nunca conoció su rostro el miedo», se negó a reconocer por superior al adelantado don Francisco de Villagrà y a respetar sus órdenes, y amenazó a Castañeda con acudir a las armas

contra él y los suyos si inmediatamente no se marchaba. Castañeda, merced a un ardid, consiguió apoderarse de Pérez de Zurita y lo despachó para Chile, logrando entonces que se acatase su autoridad en toda la gobernación. Desgraciadamente carecía del valor, el tacto y la experiencia guerrera de su antecesor; y su ineptitud y cierta grave ofensa que hubo de inferir al cacique Calchaqui, desencadenaron la catástrofe. Los feroces indios diaguitas, por millares, cayeron como una tromba de hierro y de fuego sobre Córdoba, Cañete y Londres, y las redujeron a cenizas. Apenas pudieron salvarse algunos vecinos de estas tres ciudades para dar cuenta del suceso en Charcas. La obra de Juan Pérez de Zurita quedaba destruida por completo y para siempre.

Trasladado a Chile contra su voluntad, prestó luego señalados servicios a los gobernadores don Pedro de Villagrà, que le nombró su Maestre de Campo en 1563, y don Rodrigo de Quiroga. En el año de 1571 el Virrey del Perú don Francisco de Toledo le dió provisión para que fundara dos poblaciones en la gobernación de Santa Cruz de la Sierra, una en la Barranca y la otra en Condorillo. Allí estuvo hasta el 1581, siendo sustituido en el gobierno de aquella provincia por don Lorenzo Suárez de Figueroa. Tal vez falleciera en La Plata hacia el año 1584. Estuvo casado con doña Jerónima de Mena y Saldaña.

Juan Pérez de Zurita tuvo nada menos que ocho hermanos, tres varones y cinco hembras: Alonso de Zurita, Francisco de Zurita, Miguel Díaz de Zurita, Lucía de Zurita, María Zurita de Villavicencio, Elvira Zurita de Villavicencio, Inés de Zurita y Ana de Zurita Villavicencio.

Alonso de Zurita siguió la carrera de Derecho hasta graduarse de doctor, y se estableció en Granada, en cuya ciudad residía, como abogado de pobres, en 1548. Unos dos años después lo enviaron al Nuevo Reino de Granada para residenciar al Visitador don Miguel Díaz de Armendáez. Luego fué oidor, sucesivamente, de las Audiencias de Santo Domingo y de Méjico. En el año de 1572 ya estaba de regreso en España y de nuevo era vecino de Granada.

Francisco de Zurita abrazó el estado eclesiástico y llegó a ordenarse de presbítero. En el año de 1562, según parece, se marchó a las Indias, donde hubo de encontrar la muerte poco antes del 1588.

Miguel Díaz de Zurita fué vecino de la villa de Cañete y también jurado de la ciudad de Córdoba. Francisco de Zurita Alférez, su hijo mayor, contrajo matrimonio en 1576 con doña Ana de Góngora, hija del capitán García de Góngora, tío carnal del famoso poeta don Luís

de Góngora y Argote. Su hija Inés de Zurita ingresó como monja novicia en el convento de Santa Inés en el año de 1574.

Lucía de Zurita contrajo matrimonio hacia el 1540 con don Alonso de Aguilera, natural de la villa de Porcuna y vecino de Córdoba. Su marido se embarcó para las Indias a mediados del año 1548; tomó parte en la conquista de Chile con Pedro de Valdivia, y tuvo repartimiento en la Concepción. En 1551 regresó a España y permaneció luego en nuestra ciudad durante unos quince años, trasladando después su residencia a Villa del Río, donde aún vivía en 1572. Tuvo tres hijos: Alonso de Aguilera, que murió en Chile; Diego de Aguilera y María de Aguilera, que se casó con su pariente don Alonso de Aguilera y Valdivia.

María Zurita de Villavicencio se casó en Córdoba a fines del año 1541 con don Pedro de Olmos de Aguilera, hermano de su cuñado don Alonso de Aguilera. Pedro de Olmos de Aguilera fué uno de los guerreros más famosos que registra la historia de la América española. Con su hermano Alonso y a las órdenes de Pedro de Valdivia pasó a la conquista de Chile, y allí fijó su residencia en la ciudad de la Concepción. Se distinguió extraordinariamente por su valor y pericia en las campañas que se hicieron contra los araucanos, alcanzando en la milicia el grado de Maestre de Campo General. Asistió a las fundaciones de las ciudades La Imperial, Valdivia, Villarrica, Angol y Cañete y de las fortalezas de Arauco y Puren; peleó con heroísmo en Marihueña, Biobío, Millarapue y en otros muchos hechos de armas, y perdió la vida el 18 de Enero de 1599 en la batalla de las Damas. Fué corregidor de Valdivia en 1557 y 1558; alcalde de La Imperial en 1563 y corregidor en 1565, y cuatro años más tarde corregidor de Angol. De su esposa doña María Zurita de Villavicencio, que para reunirse con él se trasladó a Chile en el año 1553, tuvo siete hijos, los tres primeros nacidos en Córdoba: Alonso de Aguilera, militar primeramente y luego ciérigo; Diego de Aguilera, valiente soldado, que pereció en 1569 en el desastre de Catiray; doña Inés Fernández de Aguilera, célebre por su heroísmo, esposa de nuestro paisano el capitán Pedro Fernández de Córdoba, uno de los héroes del desastre de Tucapel, que le costó la vida a don Pedro de Valdivia; el capitán Pedro de Olmos de Aguilera, muerto como su padre en 1599 en la batalla de las Damas; el capitán Alonso de Zurita, muerto en la defensa de Valdivia, de cuya plaza era Corregidor; el padre Hernando de Aguilera, jesuita, y doña Marina o Mariana de Olmos Aguilera, casada con el capitán Gabriel de Villagrá.

Elvira Zurita de Villavicencio contrajo matrimonio con el capitán Pedro de Arroyo Valdivia, y ya estaba viuda en 1572.

Inés de Zurita y Ana de Zurita Villavicencio profesaron en Santa Inés, y la primera fué abadesa de dicho convento durante muchos años. Aún vivía en 1602.

JERÓNIMO LUIS DE CABRERA

Unos diez años después de la destrucción de la Córdoba de Calchaqui, y en el mismo territorio del Tucumán, fué fundada la segunda Córdoba americana, por don Jerónimo Luis de Cabrera. No era éste cordobés, como por algunos se ha supuesto, sino sevillano e hijo adulterino de doña María de Toledo y de don Miguel Jerónimo de Cabrera, señor de la Torre de Palencia, veinticuatro de Sevilla y Comendador de Mures y Benazusa, de la Orden de Santiago. Pasó muy joven a las Indias, en 1538, como alférez de la Real Armada, cargo que sirvió unos diez años. Se estableció en el Cuzco en 1548, y edificó allí casa, que actualmente es Colegio de Monjas Salesianas. Sirvió la causa del Rey contra los rebeldes Sebastián de Castilla y Francisco Hernández Giron. Fundó luego la villa de Valverde en el valle de Ica, la que sostuvo durante tres años, por cuyo servicio el virrey conde de Nieva le nombró Corregidor y Justicia Mayor de los Charcas y villa de Potosí.

Con fecha 20 de Septiembre de 1571 fué nombrado gobernador de la provincia de Tucumán por el virrey don Francisco de Toledo, el cual le dió comisión y poderes para realizar la fundación de dos poblaciones, una en Salta y la otra en Tucumán, y para encomendar indios. La de Salta, no tuvo efecto; y la ciudad de Córdoba, en el Tucumán, hoy la segunda población de la República Argentina por el número de sus habitantes, fué fundada el día 6 de Julio de 1573, estableciendo poco después el puerto de San Luis, sobre el Paraná. Con estas dos fundaciones demostraba Cabrera una visión política de gran penetración: la del Tucumán separado del Perú y gobernándose por su salida natural del Río de la Plata.

Poco tiempo se benefició del cargo de gobernador y de la pingüe encomienda de dos mil indios que se había adjudicado. Con nombramiento real para el gobierno del Tucumán, y a mano armada, entró en la provincia, a principios del 1574, don Gonzalo Abreu de Figueroa. En Santiago del Estero embarga los bienes que allí tenía don Jerónimo Luis de Cabrera; llega a Córdoba el 16 de Marzo, y al siguiente día lo reduce a prisión, no obstante hallarse enfermo y recién sangrado; lo conduce a Santiago, lo somete a tormento y por último le hace dar garrote en su propia casa, en un pilar de la cama. Los

bienes del muerto fueron vendidos en pública almoneda y comprados en su mayor parte por Abreu de Figueroa, su rencoroso y vengativo asesino. Tal fué el lamentable fin del fundador de la Córdoba del Tucumán.

Don Jerónimo Luis de Cabrera contrajo matrimonio en Lima, hacia el año 1562, con doña Luisa Martel de los Ríos, natural de Panamá, pero oriunda de nuestra Córdoba; pues fué hija de don Gonzalo Martel de la Puente, señor de Almonaster y Tesorero Real en Tierra Firme, y de doña Francisca Laso de Mendoza y de los Ríos, cuyos padres fueron el jurado cordobés don Diego Gutiérrez de los Ríos, de la casa de los señores de Fernán Núñez, y doña Beatriz Laso de Mendoza. Doña Luisa Martel de los Ríos estuvo casada en primeras nupcias con el capitán extremeño don Sebastián Garcilaso de la Vega y Vargas, padre del célebre historiador peruano Garcilaso de la Vega el Inca, cuyos restos están sepultados en nuestra Mezquita-Catedral, en la capilla de las Animas de Purgatorio, por él fundada en 1616.

De su legítimo matrimonio con doña Luisa Martel de los Ríos, dejó don Jerónimo Luis de Cabrera cinco hijos: Miguel Jerónimo de Cabrera, Juez de Naturales en el Cuzco y después Corregidor de Chilques y Musquez; Pedro de Cabrera, Alguacil Mayor de Córdoba y Lugarteniente de la gobernación del Tucumán; Gonzalo Martel de Cabrera, condenado a muerte por el delito de alta traición y degollado el 13 de Marzo de 1599; doña Petronila de la Cerda, esposa de Pedro González de Villarroel, y doña Francisca Martel de Mendoza, que casó con Gonzalo de Soria Osorio.

Don Jerónimo Luis de Cabrera dejó también una hija natural: doña Elena de Cabrera, casada en 1591 con Andrés Mejía, uno de los fundadores de Córdoba. Se supone que fué también hijo suyo un don Alonso de Zúñiga, de los primeros pobladores de dicha ciudad americana.

DIEGO FERNANDEZ DE CORDOBA

El fundador de la tercera Córdoba americana, la de Méjico, fué don Diego Fernández de Córdoba, primer marqués de Guadalcazar, Virrey de la Nueva España y luego del Perú. Fué hijo, y no el primogénito, de don Francisco Fernández de Córdoba, noveno señor de Guadalcazar y veinticuatro de Córdoba, y de doña Francisca Melgarejo de las Roelas. Se apellidó primeramente López de las Roelas. Es muy dudoso que naciera en Córdoba, pues su padre fué veinti-

cuatro y vecino de Sevilla durante el periodo 1570-1580, y allí debió contraer matrimonio.

Hacia el año 1604 se marchó a Valladolid, residencia entonces del monarca Felipe III, el cual le nombró su gentilhomme de Cámara y le concedió el hábito de caballero de la Orden de Santiago. Vino a Córdoba en Mayo de 1606, con motivo de la muerte de su padre; y una vez arreglados los asuntos de su testamentaría se trasladó a la Corte, que ya debía encontrarse de nuevo en Madrid. Poco después contrajo matrimonio con doña Mariana de Riederer de Paar, noble alemana, dama de honor de la reina doña Margarita de Austria, y fué agraciado por el rey con el título de Marqués de Guadalcazar, cuyo señorío había también heredado por fallecimiento de su hermano mayor don Antonio Fernández de Córdoba.

Nombrado Virrey de la Nueva España, emprendió el viaje para su destino a fines de Marzo o principios del mes de Abril del año 1612, deteniéndose al paso, durante varios días, en su villa de Guadalcazar. Con él se marcharon a Méjico muchos deudos y allegados, entre ellos, sus remotos sobrinos don Luis Fernández de Córdoba y don Melchor Fernández de Córdoba, hijos del caballero veinticuatro cordobés don García Fernández de Córdoba.

El gobierno de la Nueva España, de la que fué el décimotercero de los virreys, lo desempeñó por espacio de ocho años, con gran aplauso de todo el país. Desde luego fué un hombre recto, enérgico y justiciero. Combatió las sublevaciones de los tehuecos de Sinaloa; rechazó una incursión de los piratas holandeses en las costas del Pacifico, apresándoles algunas naves; recibió con gran pompa a un embajador enviado por el Japón para concertar un tratado de comercio, lo que no llegó a término feliz, a causa de las persecuciones de que fueron objeto los cristianos en el Extremo Oriente; estableció el Tribunal de tributos y repartimiento del azogue con los ministros nombrados para ello por el Rey; se hizo cargo del Colegio de San Pablo y San Pedro, que desde entonces se llamó de San Ildefonso; auxilió largamente a las familias que quedaron desamparadas y arruinadas a consecuencia del terremoto de 1619, y fundó la ciudad de Lerma en el año de 1620.

Pero antes de ésta, y por orden suya, fué fundada la villa de Córdoba el 29 de Noviembre de 1617, a diez y siete leguas de distancia de la ciudad de Veracruz, en terreno rico en minas de plata y muy fértil, a orillas del rio Blanco. Esta población no ha prosperado mucho; y hoy es cabeza del cantón de su nombre y tendrá unos diez mil habitantes.

Pocos meses antes de ocurrir su muerte, Felipe III lo hubo de

ascender al Virreinato del Perú, con el sueldo anual de treinta mil ducados; y hacia mediados del 1621, dejándose atrás los restos mortales de su esposa doña Mariana y los de su hija mayor, se encaminó a los antiguos dominios de los Incas. Su entrada en Lima la hizo el Marqués de Guadalcazar el día 25 de Julio del año 1622; y apenas hubo tomado posesión de su cargo de Virrey, se dedicó a poner en estado de buena defensa todos los puertos del virreinato, en previsión de ataques de los piratas extranjeros. No anduvo equivocado en ello, porque a principios del 1624 apareció frente al Callao una escuadra holandesa de once buques, al mando del almirante Jacobo Heremita Clerk, el cual fracasó en sus repetidos intentos de apoderarse de dicho puerto y de los de Pisco y Santiago de Guayaquil.

Los vecinos del valle de Moquegua, cuyo poblado se hallaba dividido por el río en dos partes, venían sosteniendo de muy antiguo un enconado pleito, sobre cual de los dos había de tener la primacía. El Marqués de Guadalcazar lo falló en Abril de 1625, determinando que en la parte baja del valle se fundase la capital del mismo con el título de Villa de Santa Catalina de Guadalcazar.

En este mismo año designó por gobernador y presidente de Chile a su lejano sobrino don Luis Fernández de Córdoba y Arce, general de la Mar del Sur, con órdenes terminantes de reanudar la guerra contra los araucanos. Al principio de la campaña, gracias a los refuerzos que llevó del Perú, el nuevo gobernador obtuvo algunas ventajas sobre sus indomables adversarios; pero la tremenda derrota que éstos le infligieron en Las Cangrejeras, lo desacreditaron por completo y fué depuesto del cargo. Esto sucedía a fines del año 1629, cuando ya el Marqués de Guadalcazar había embarcado para España.

También en el año 1625, y a su costa, se terminaron las obras de la grandiosa y magnífica Catedral de Lima, la cual fué consagrada el 19 de Octubre por el Arzobispo don Gonzalo de Ocampo, con el que tuvo un serio rozamiento. Y el 24 de Diciembre tuvo lugar un auto de fe, el único que se celebró en Lima durante el gobierno de este Virrey, que tampoco anduvo muy de acuerdo con el Tribunal del Santo Oficio.

Las sangrientas y desastrosas contiendas que desde larga fecha se venían produciendo en el asiento minero de Potosí, entre los vascongados y los vicuñas, bajo cuya denominación se agrupaban los del bando contrario: andaluces, extremeños, castellanos, criollos, etc., fueron cortadas radicalmente y a satisfacción de todos por el Marqués, tan hábil y enérgico como siempre, promulgando un perdón general, pero prohibiendo al mismo tiempo el uso de las armas de fuego en sesenta leguas a la redonda de Potosí. Poco después de solucionar

este enojoso y perturbador asunto, fué descubierta una mina de azogue en el Cerro de Bombón, al cual se dió el nombre de Santiago de Guadalcazar, poblándolo don Francisco Fernández de Córdoba.

Sería prolijo enumerar todas las acertadas disposiciones que durante los seis años y medio de su mandato en el Perú adoptó el sabio y discreto, recto y prudente don Diego Fernández de Córdoba, primer Marqués de Guadalcazar. Dió providencias para regularizar el servicio de los Correos; ordenó que se reedificaran los tambos o posadas que habían ido desapareciendo en los caminos; regularizó también el servicio de los galeones, que estaba interrumpido; mandó restablecer el puente del Apurimac y que se construyeran otros en varios lugares, uno de ellos el de Chancay. En su tiempo, y año de 1624, se efectuó la erección del monasterio de Santa Catalina de Lima, y en el de 1626 la fundación del Colegio de San Pedro Nolasco, que fué Universidad de la Orden de la Merced. El 15 de Noviembre de este mismo año aprobó unas Ordenanzas para los maestros de escuela.

Como dice el ilustre historiador peruano don Manuel de Mendi-buru, «fué muy contraído al trabajo y desempeño de sus deberes, y lo prueba el hecho de haber formado colecciones de cartas oficiales, consultas, informes y apuntes de las cosas y sucesos que pasaron en Méjico y en el Perú durante sus periodos respectivos de mando, desde 1612 a 1628». «Despachaba los negocios sin asesor conocido; pero en casos graves de derecho, se consultaba con algún oidor u otra persona docta».

Fué sustituido en el virreinato por el conde de Chinchón, al que entregó el mando el 14 de Enero de 1629, regresando a España en aquel mismo año, con sus hijos y un considerable cargamento de alhajas, cuadros y barras de plata, valoradas éstas en unos veinte y tres millones de mrs., con los cuales compró luego a S. M. el señorío de la villa de las Posadas.

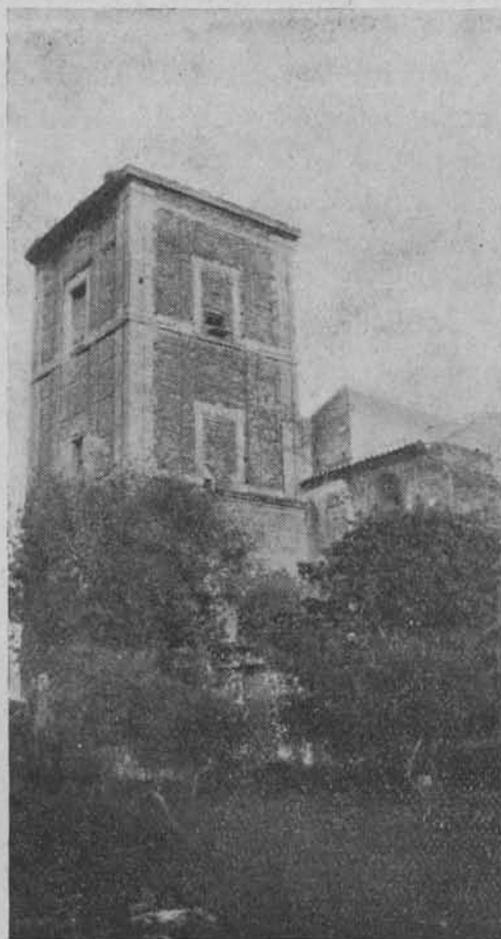
A mediados de Agosto del 1630 llegó, con sus tres hijos, a su villa de Guadalcazar, en la que había hecho construir años antes un magnífico palacio, para descansar de tan largo y penoso viaje, ajustarle las cuentas a los administradores de sus cuantiosos bienes, y prepararse a bien morir, que la horrible Parca ya le rondaba. El día 6 de Octubre, de su propia mano, confirió un poder, que no pudo firmar, a favor del licenciado Antonio de Baena, su juez de apelaciones, y de su capellán y confesor el padre jesuita Diego de Santisteban, para que en nombre suyo, y siguiendo las intrucciones que de palabra ya les tenía dadas, ordenasen su testamento. Este no fué otorgado hasta el

día 24 de Noviembre; y en él se declara que el cuerpo embalsamado del señor Marqués fué enterrado en la capilla mayor del Convento de Carmelitas Descalzos de la villa de Guadalcázar, bajo las gradas del altar mayor. ¿Donde estarán hoy sus mortales restos?

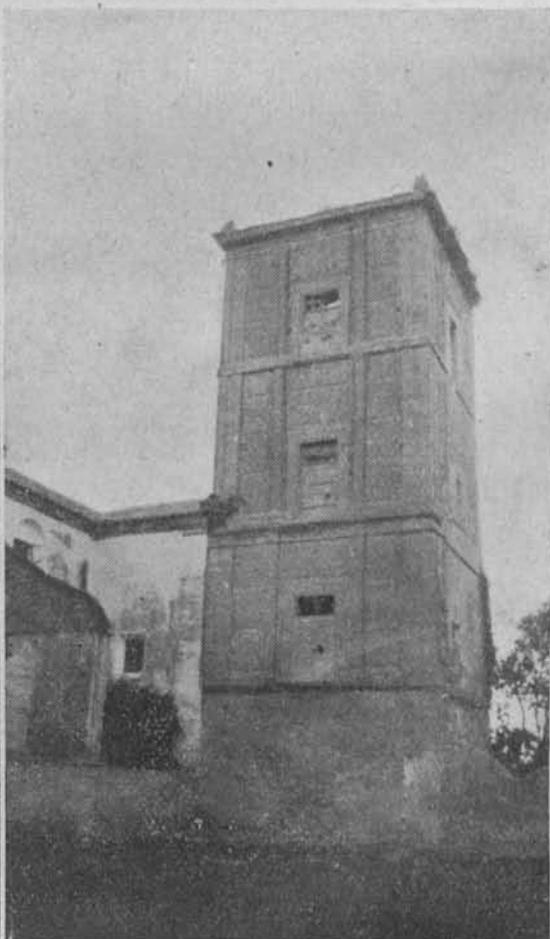
Don Diego Fernández de Córdoba dejó tres hijos legítimos: Francisco Antonio Fernández de Córdoba, que fué el segundo marqués de Guadalcázar y señor de la villa de las Posadas; doña Mariana Francisca Fernández de Córdoba y doña Brienda Fernández de Córdoba, ambas nacidas en Méjico.

Tio carnal suyo, hermano de su padre, fué don Luis Fernández de Córdoba, del Consejo de S. M., que sucesivamente fué deán de la Catedral cordobesa, obispo de Salamanca, obispo de Málaga, arzobispo de Santiago y arzobispo de Sevilla; el cual fundó en la villa de Guadalcázar, en el año 1620, un convento de monjas de la Orden de San Bernardo.

Torreón del palacio donde falleció el primer marqués de Guadalcázar, único que se conserva de los dos que flanqueaban su fachada.



Vista posterior

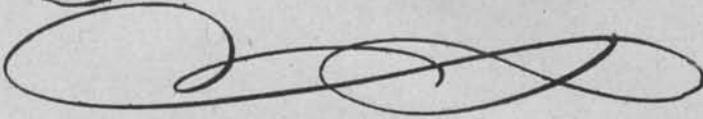


Vista anterior

Muchas de estas noticias las he recogido en los protocolos de la Escribanía Pública que hubo en Guadalcázar, hoy en poder de los hijos y herederos de don Eduardo Cadenas, a los que de nuevo ruego muy encarecidamente, ahora desde este sitio, los guarden como oro en paño, con preferencia los señalados con los números 29 y 30, de un inestimable valor para la historia de la América española.

Y nada más; y perdonen ustedes, aunque no sea mía la culpa.

José de la Torre



Córdoba, 30 de Septiembre 1941.

Braserillos Arabes de piedra hallados en Córdoba

En la *Crónica arqueológica de la España musulmana* (1) publicó el ilustre Arquitecto Sr. Torres Balbás una breve nota descriptiva de los braserillos árabes tallados en piedra hallados en Granada y conservados en el Museo de la Alhambra.

Hace algunos años fueron hallados también en las excavaciones del «Fonsario de la Puerta de Sevilla» en Córdoba, y más tarde en otros diversos puntos de la ciudad, varios fragmentos de braserillos de piedra caliza de muy diversas formas pero al parecer íntimamente ligados con éstos hallados en la Alhambra.

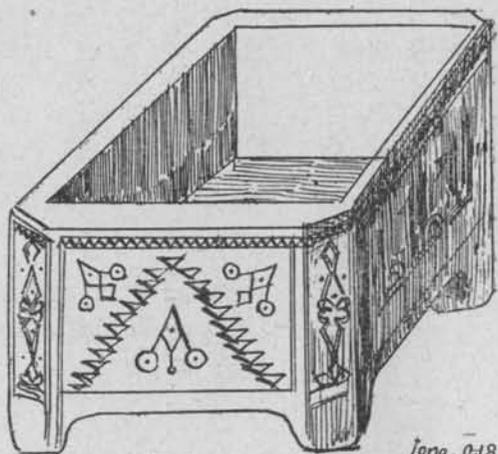
Los catalogamos como bandejas para tener calientes los manjares mientras se comía, poniendo en ellos algunas brasas, y al ver las fotografías publicadas en «AL ANDALUS» nos pareció conveniente dar las formas de éstos hallados en Córdoba para facilitar el cotejo de sus formas y variantes.

Del tipo análogo al granadino de Montefrío tiene nuestro Museo (N.º 5792) un braserillo del que solo existe un lado y el arranque de los otros dos. Es de piedra caliza del país muy blanda, por cuya causa perdió por frotos o rozamientos una inscripción que apenas puede leerse en su lado principal y cuyo dibujo ofrecemos en la lámina 1.^a. Su forma sería quizá cuadrada, tanto al interior como al exterior y tiene las aristas de los cuatro ángulos matadas en chaflán y decoradas con finos dibujos que parecen recuerdo de las buriladas de los braseros y vasos de bronce de más lujo o acaso de las bandejas azafatas en que se llevaban los platos al servir la comida en la mesa. (2)

Este braserillo cordobés se apoya sobre cuatro pies tallados en el mismo fondo y mide 0,18 m. de lado 0,09 m. de altura por el exterior y 0,046 de profundidad en el interior. Fué hallado en una de las zanjas hechas para los cimientos del edificio de la nueva Delegación de Hacienda donde también se hallaron otros objetos heterogéneos

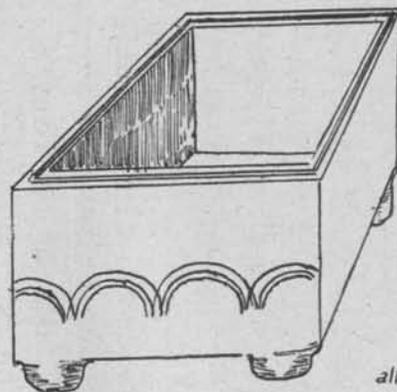
(1) Véase «AL ANDALUS» tomo II fasc. II.

(2) Véase Historia del Arte «LABOR», tomo V pág. 601, en cuya miniatura se ven varios personajes que llevan grandes bandejas circulares y polilobuladas dentro de las cuales hay varios platos con manjares. El Museo Nacional de Berlín posee dos braseros de bronce procedentes de Persia; uno se apoya sobre leones y tiene figuras incrustadas en cobre, otro tiene las paredes caídas con palomas en el borde.



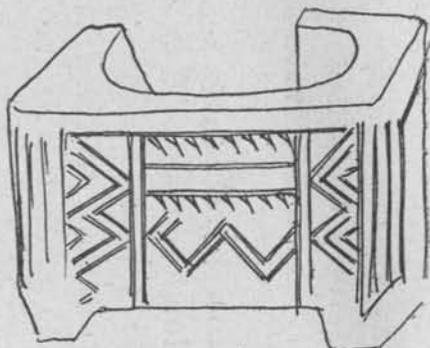
Nº 5792
MUSEO DE CÓRDOBA.

long. 0,18 m.
ancho 0,06 m.
altura 0,09 m.



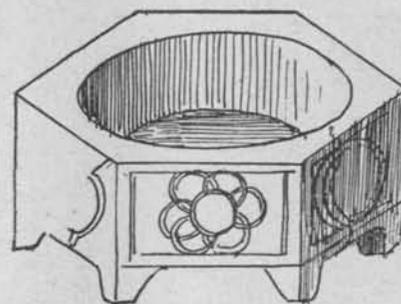
Nº 7036.
MUSEO DE CÓRDOBA.

alto 0,14 m.
long. 0,31 m.
ancho 0,23 m.



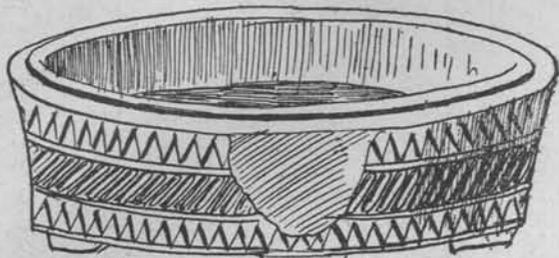
MONTEFRÍO (GRANADA)
Véase "AL-ANDALUS" t. II. 2. lám. 26. 2.

LÁM. 1ª.

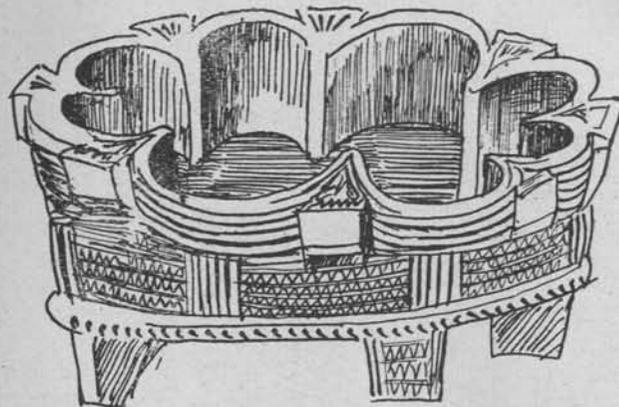


Nº 8935.
MUSEO DE CÓRDOBA.

LÁM. II.



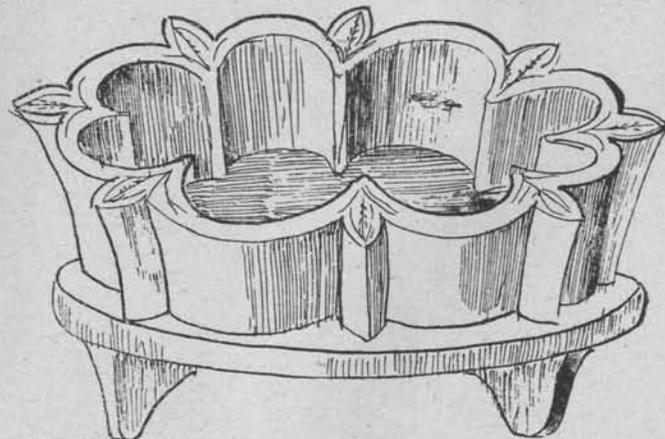
Nº 2788. MUSEO DE CÓRDOBA. diám. 0,14 m.



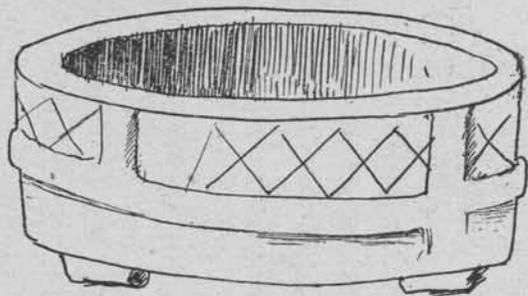
MUSEO DE LA ALHAMBRA. "ÁI-ANDALVS" t II 2. lam. 24.



MUSEO DE LA ALHAMBRA.



Nº 7958. - MUSEO DE CÓRDOBA. diám. 0,35 m.



Nº 7077. MUSEO DE CÓRDOBA. diám. 0,20 m.

LAM. III^a

LAM. IV^a

como una columna romana, una ollita llena de cenizas y con un ungüentario de vidrio tapado con una simple pellada de barro.

Comparado con el braserillo de Montefrío advertimos su tamaño menor y su forma interior circular pero en lo que se refiere a la decoración puede apreciarse alguna semejanza que podría provenir de la identidad de razas que los construyeron, los bereberes, según el Sr. Torres Balbás.

El N.º 7036 fué hallado en las excavaciones del Camino de Almodóvar dentro del Cortijo de Chinales realizadas en 1933 por el Sr. Romero de Torres. Tiene el aspecto de una urna cineraria de piedra caliza por su forma casi cuadrada y la gran altura de sus paredes que, además tienen en el borde una ranura o canal que acaso sirvió para mayor sujeción de la tapa a dichos bordes. Las paredes laterales están decoradas exteriormente con meros círculos concéntricos entrecruzados grabados con una punta metálica fina y a compás, pues se conservan los orificios de los centros muy visibles. Las cuatro patas que le sirven de apoyo son unos gruesos mamelones situados en cada una de las cuatro esquinas. Mide 0,31 m. de long. por 0,23 de ancho y 0,14 de profundidad. La profundidad interior es de 0,065.

En forma circular tiene este Museo dos piezas de pequeño tamaño; una es el N.º 2788 en forma de pequeño cuenco provisto de cuatro pies. La parte superior del borde tiene también una pestaña que demuestra tuvo su tapa así como también un ligero desconchado lateral que procede quizá de la rotura de un agarradero o asa. El decorado es de simple zona de estrías oblicuas entre dientes de sierra obtenidos excavando a reserva el relieve. Mide 0,06 m. de altura, 0,14 diam. y procede de Córdoba. El N.º 7077 es comparable al del Museo de la Alhambra.(3) Es de forma circular o de zona cilíndrica dotada de un anillo en relieve que le sirve de cincho y con ramales verticales que marcan seis divisiones en la parte superior rellenas de líneas incisas cruzadas. Tiene tres pies y está reconstruido de un solo fragmento. Mide 0,20 de diam. y 0,052 de altura interior, carece de ranura en el borde y el fondo es recurvado.

El más interesante y que más semejanza tiene con los braserillos granadinos es el N.º 7958 reconstruido de un fragmento pequeño que mide 0,115 m. de altura y un diámetro aproximado de unos 0,35 m. por 0,10 de profundidad interior. Puede comparársele al del Museo de la Alhambra reseñado en la lámina 24 del que difiere sin embargo

(3) Véase «AL. ANDALUS» tomo II lám. 26, 1: y 25, 1 y 2.

en muchos detalles. Su forma es polilobulada con ocho lóbulos como el citado pero en tanto que las paredes del cordobés conservan su forma en toda su altura el granadino solo es polilobular en la parte superior y circular en la inferior dejando en las intersecciones de los arcos unos topes al exterior que sirven de agarradero y de adorno.

En el cordobés solo hay decoración en la parte superior que consiste en una serie de puntos triangulares incisos que figuran una zona de línea quebrada la cual corre paralela a todo el borde de los lóbulos formando festón en tanto que el granadino tiene zonas de estrías verticales alternantes con otras horizontales de dientes de sierra incisos que forman grato efecto de claro oscuro. El fondo es, en ambos, plano con bordes muy salientes; dentados en el de Granada y liso y a modo de tablero, en el cordobés. Los pies de éste son apezonados, y minuciosamente grabado el granadino.

El N.º 930 es otro fragmento correspondiente al pie de un braserillo o pieza análoga de vajilla popular para tener encima vasijas al calor de algunas brasas o para quemar en él incienso, alhucema, o cualquier perfume combustible vegetal.

Procede de las excavaciones hechas por el Sr. Ramírez de Arellano en las ruinas árabes de un baño que descubrió en el lugar llamado Campo Santo de los Mártires. Tiene semejanza con el pie del braserillo del Museo de la Alhambra (lám. 25 n.º 2) en forma escalonada. Las dimensiones de éste se acercan más a las del ejemplar citado del Museo granadino, pero es éste acaso el único ejemplar cordobés que sea tan grande, pues, por lo general, los nuestros solo miden diámetros de 0,30 y alturas de 0,15 m. en tanto que los granadinos llegan a tener entre 0,68 m. y 0,24 como mínimo, siendo sus alturas de unos 25 cms.

Esto nos hace pensar que resultan acaso demasiado pequeños para usados como braseros pero acaso no lo sean tanto si fueron utilizados para quemar perfumes con brasas, en las habitaciones.

Hace pocos días ha ingresado otro fragmento también de piedra caliza que tiene iguales caracteres que el citado y cuyo dibujo restaurado presentamos adjunto (N.º 8935). Ha sido hallado en las huertas tras el Santuario de la Fuensanta donde algunos arabistas cordobeses piensan que pudo tener su asiento la ciudad de Medina Azahira que otros suponen hacia el Cañito de Mari-Ruiz y no lejos de un puentecillo árabe medio destruido que la gente llama el «Puente del Diablo»

Para terminar recordamos que de procedencia romana tiene también este Museo dos braserillos de caliza que fueron hallados,

uno en las ruinas ibero romanas de Attegua excavadas en 1934 y el otro sin procedencia conocida pero romana también. Son ambos de forma cuadrada y con una concavidad o seno semiesférico. Ambos son de pequeñas dimensiones, y solo pudieron servir de *fóculus turicrema*.

Samuel de los Santos

Córdoba 20 de Enero de 1944.



La Busca de la Felicidad

El planteamiento, en la Real Academia de Córdoba, por su director, del problema de la felicidad, al comenzar el año, tan preñado de incognitas, de 1943, acaso no pudo tener, entre las numerosas ocasiones grandes o pequeñas en que la humanidad se ha planteado este problema, mejor escenario en el espacio y en el tiempo.

¿No es Córdoba, tierra de la serenidad, la patria de Séneca, el estoico, la sede de Osio, el gran obispo cristianizador, la cuna de Maimonides reformador del mosaismo, autor de «La Higiene del Alma», la madre de Averroes el racionalista y de Abenházam el gran historiador de la filosofía, autor del bello tratado de moral estoica titulado «Los caracteres y la conducta»?

No es casual, sino antes al contrario, producto cierto de la antropogeografía, que en las orillas del viejo Betis, en un medio rico y muelle, con claro cielo y deliciosos aromas—es Córdoba una de las ciudades que mejor huelen en el mundo, y por esto yo procuro venir todos los años a Córdoba, a oler, a aspirar el delicioso perfume de sus calles y de sus campos, nos ha dicho el pensador español Ortega y Gasset—, los hombres sean graves, profundos y sentenciosos, y que, como flor exquisita de su espiritualidad, entre sus hijos, en todos los tiempos y civilizaciones, hayan descollado insignes filósofos, no ya de fama universal, sino también ampliamente reformadores del pensamiento ecuménico.

Que esto surge, como se ha dicho con tropismo retórico, del limo sagrado, de una influencia ampliamente mesológica, lo comprueban aquellos que, más que estudiando el fenómeno esotericamente, vienen a la tierra cordobesa, a enfrentarse con sus horizontes, su suelo, su clima. Cuando hace proximamente un decenio, en ese tiempo tan cercano y tan remoto, en que los hombres viajaban, se trasmitían libremente sus impresiones e idearios, había paz y libertad en suma, vino a Córdoba, el profesor de Historia de la Universidad de Roma Sig. Ettore Pais, mostró deseos de visitar también los alrededores de la ciudad para abarcar de una ojeada el panorama, y ya desde un ligero alcor serrano, tendiendo su vista octogenaria por el valle bético declaró: Así había de ser la patria de Séneca.

Fué también por ese tiempo, cuando Rudolf Stammler, el gran alemán historiador de la filosofía del Derecho, igualmente en visita a Córdoba, desde los pies de la sierra, abarcando la ciudad, decía: En mis setenta años largos de vida jamás he sentido una plenitud

igual a la que ahora disfruto. Esta sensación física de bienestar y de plenitud espiritual es la gran base de la serenidad estoica.

Antonios Antoniades, profesor de Historia en la Universidad de Atenas, me declaraba: Vengo de recorrer Europa, con sus sombríos campos dramatizados por el comunismo, y al llegar a las claridades mediterráneas, encuentro que Córdoba es como de diáfanas esencias ambientales...

Estos juicios forasteros, que se podrían repetir hasta la saciedad tienen su equivalente en el propio espíritu de la ciudad y de sus habitantes, contribuyendo a formar el alma de Córdoba, que en el Arte y en la Historia está ya expresivamente definida.

Y, si del espacio, pasamos al tiempo, y aunque todo escritor, historiador o ensayista que haya existido en el mundo, ha creído siempre que su época y al momento en que escribía eran los más críticos de la humanidad, no creo sea también vana pretensión la de suponer que en este primer semestre de 1943, y aún dentro de la crisis histórica que esta espantosa guerra mundial signifique, estos días, en que la guerra hace balance, sean propicios, como ya lo hacen incluso sendas y dilatadas comisiones de especialistas, para buscar a los hombres días mejores y en definitiva más felices, para preocuparse, también una vez más de la busca de la felicidad.

Si, como dice el viejo adagio, no se sabe lo que vale la salud hasta que se pierde, tampoco la felicidad se valora hasta que llegan los negros momentos de la desgracia. Ahora, que tantos millones de seres sufren por la pérdida o incertidumbre de sus afectos corporales, familiares, sociales y patrióticos más queridos; ahora, cuando tantos seres viven la vida inhumana del refugio, del enloquecedor bombardeo, del hambre, de la desnudez, de la persecución, del fusilamiento, de la pérdida de la familia entera, de la patria invadida y deshecha, y de tantas otras espantosas desgracias, es cuando más se acuerda el hombre de la felicidad y se propone buscarla y gozarla el anhelado mañana.

Esta angustia por la busca de la felicidad, en estos tiempos, es acaso más grave si del sentimiento instintivo de procurarse la felicidad, se pasa a la lectura de los tratadistas de la cuestión contemporáneos. Las sombras del mañana, ¿adonde vamos?, las masas se rebelan, el comunismo criminal se organiza y extiende y alcanza sectores sociales y religiosos insospechados, etc., etc.

Cuando tantos millones de seres viven hoy, como el conejo en el monte, temeroso de que la astuta garduña, el lazo traidor o el escopetazo certero terminen con su existencia de un momento a otro,

con todas las incidencias a que la conservación de este fundamental instinto da motivo, es lógico, repetimos una vez más, que la felicidad sea añorada más fuertemente que nunca.

El planteador del tema en esta ocasión, después de pasar revista en tono de Academia menor, a las que podríamos llamar opiniones clásicas sobre el tema, concluía en un cuadro de felicidad burguesa: hogar confortable, bienestar económico, dulce compañera, hijos sanos y estudiosos(1). Y el cónclave académico, siguió durante varias sesiones, todavía los sentidos vibrantes de los horrores de la guerra civil española, exponiendo sus puntos de vista. Cual la felicidad cristiana, otro la moral virtuosa...

Esta descripción de factores de la felicidad, que, con un criterio pedagógico habría que agrupar inmeditamente en intrínsecos y extrínsecos, o bien higiénicos, económicos, políticos, sociales, etc., (2) conduce por todas las vías a la descripción de las felicidades profesionales, que todas son muy relativas, y muchas veces de signo contrario.

La felicidad del anacoreta, hambriento, semidesnudo, autoflagelado, sin hogar, familia ni sociedad, es la negación de los que se nos antojan factores de felicidad más elementales, en el sentido burgués; y, sin embargo habrá que conceder que hay anacoretas felices, o, al menos, que tienen su especial concepto de una felicidad que buscan por tan mortificante camino. La felicidad del guerrero, matando enemigos y asolando países, o sea sembrando la infelicidad de otros, es también otra felicidad profesional. La felicidad del hogar confortable y la compañera dulce será acaso la felicidad profesional del hombre casado, pero no la del niño, ni del anciano, ni del célibe, que serán felices por otros caminos, o sea utilizando otros factores.

El pillete y el indigente son felices en el arroyo, y cuando una persona o institución caritativa los recoge y les proporciona buen

(1) No deja de ser curioso, entre otros numerosos casos, que fué también en una Academia provinciana, la de Lyon, donde el que más tarde había de ser el gran Napoleón, disertó en una Memoria sobre el tema de la felicidad, pintando el cuadro felicidad «pequeño burguesa», como cuenta el Conde de les Cases en el **Memorial de Santa Helena**

(2) Casi todos los autores que se enfrentan con el problema de la felicidad, pasan revista a los diversos factores que parecen integrarla y los van desmenuzando analíticamente, como hace, por ejemplo Bertrand Russell, en **La Conquista de la Felicidad**, al igual que vienen haciendo todos los tratadistas del asunto desde la más remota época, como Séneca y otros.

No deja de ser curiosa la insistencia con que antiguos y modernos estudian el placer y la envidia como factores, positivos o negativos, de estados de felicidad.

lecho, comida abundante y sana, ropas limpias, terminan por huir en busca de su felicidad profesional. Es indudable que existe el tipo del criminal feliz, y de la prostituta feliz, y de otros muchos seres felices, aunque sumidos en ambientes abyectos a la luz moral.

¿Que es, pues, la felicidad? (1)

Los sábios, los filósofos, cuando han considerado el concepto, lo han visto también a su manera profesional (2). Un alma inteligente y cuidada, espíritu sereno y ecuánime, incluso adopción de una postura espiritual estudiada, estoica, cínica, esceptica o de cualquier otro marchamo filosófico, religioso o ético. Pero ésto, ya lo decimos, es también una felicidad profesional. Empieza por suponer egoístamente que solo el sabio, el sofo, es capaz de comprender y gozar ese estado superior que sería la felicidad, la beatitud, el nirvana. El resto de la humanidad no sabia, el hombre gregario, no sería capaz de ser feliz. Y caeríamos en el viejo error patristico de discutir si las mujeres, por ejemplo, tienen inteligencia. O sea, que se negaría a grandes sectores de la humanidad (mujeres, niños, ancianos, desvalidos, míseros, etc.) el derecho a ser felices, por el hecho de no haber estudiado eruditamente en qué consiste la felicidad.

Nosotros plantearíamos la cuestión en el terreno biológico, y no en el metafísico. La Metafísica es el residuo ignorante de la Ciencia, especialmente de la Psicología. Los hombres sabios se han conformado con vanos juegos de palabras que, por otra parte son atisbos geniales de verdades científicas, para pretender explicar hechos psicológicos. Y esta misma ciencia, la Psicología, nacida hace poco en cuanto ciencia positiva o experimental, en cuanto verdadera ciencia biológica, soltando el lastre metafísico con el que también se nutrió durante muchos siglos, es una ciencia de ayer mismo, mejor diríamos de hoy por la mañana, está en sus inicios, apenas empieza a balbucear, es la navecilla que vé el naufrago allá en el confín del horizonte, agarrado todavía al madero metafísico, único asidero cierto que hoy posee.

(1) De las muchas definiciones de la felicidad dadas por filósofos, tratadistas, literatos, etc., brilla con pureza centelleante la del padre Séneca: la vida feliz es la que está conforme con su naturaleza. (De vita beata. «Sobre la felicidad.» Versión y comentario de J. Marias, Madrid, 1943) Al menos para nosotros, que esbozamos un concepto biológico de la felicidad, es una definición de concepto absoluto, sin caer en los particularismos que llamamos felicidades profesionales.

(2) A tal extremo se entendió esto en la antigüedad clásica y en muchos de sus comentaristas posteriores que se llegó a afirmar por ciertas escuelas filosoficas que la Filosofía es la ciencia de la felicidad, que la meta del saber es la felicidad, etc.

Un ejemplo más claro del planteamiento de la cuestión lo tendríamos haciendo un paragón con la Medicina. Siglos y siglos se han pasado los médicos derrochando papel y elocuencia para explicar la etiología de las enfermedades, antes del descubrimiento de los microbios. Con cuanta curiosidad histórica nos asomamos hoy a los viejos textos médicos, para exhumar las teorías etiogénicas de las infecciones. La concisión con que hoy se dice, por ejemplo: la tuberculosis está producida por el bacilo de Koch, que tiene tales caracteres y produce tales toxinas y posee determinadas reacciones antigénicas, etc. etc. En cambio, cuanta vana disgresión antes de llegar a esta verdad. Concluiríamos en que antes del descubrimiento de los microbios, o de las hormonas, de las vitaminas, etc., la Medicina pisaba un terreno metafísico. Hoy la domina un criterio biológico(1).

Días llegarán en que la Psicología, habiendo estudiado histológicamente la anatomía de los centros nerviosos, su fisiologismo, las reacciones neuro-homoraes a que vienen sometidos, sus alteraciones patológicas en fin, podrá especificar la índole de sus manifestaciones expresivas, que hoy interpretamos dentro del carácter, la inteligencia, la conducta, etc. Los filósofos clásicos hallaban, por ejemplo, que una felicidad ortodoxa solo es posible en un hombre virtuoso, y que la virtud es prerrogativa del hombre fuerte y sereno, contrariamente al débil de carácter, al indolente, que se deja llevar por el placer, por influjos extraños, o por otras causas que lo desvían constantemente del recto camino. Pero la fortaleza de espíritu entra en los caracteres que los fisiólogos definen como sexuales secundarios, y ya estamos dentro de un terreno puramente biológico, que incluso de una manera experimental podemos alterar poniendo en juego los múltiples factores que hoy conocemos como componentes clásicos de aquella función, y aún de otros muchos que los tiempo venideros descubrirían (2).

Llegaríamos a la conclusión apuntada de que siendo la Biología el estudio del ser vivo, todo lo que sucede al hombre en cuanto ser vivo es biológico. no ya solo estudiado individualmente, sino corporativamente o en sociedad. Cuando los biólogos estudian las hormi-

(1) Con un criterio tradicionalista, este planteamiento de la cuestión, supongo, que por algunos, será calificado desdeñosamente de materialismo, de positivismo, etc. Recuerdo que la teoría acaba, cuando empieza el hecho, o la demostración experimental del fenómeno.

(2) La filosofía clásica está llena de discursos sobre la diferenciación entre la felicidad y el placer. El placer es un goce corporal, un disfrute orgiástico de los sentidos (comer, amar, viajar, conversar, etc.) que carece del elemento ético que proporciona el goce anímico, fundamento de la felicidad.

gas, los microbios o los elefantes, pongamos por caso, estudian el individuo en su anatomía, en su fisiología normal o en su alteración morbosa, pero siguen después estudiando sus relaciones de grupo, sus costumbres, sus colonias, sus enjambres, sus emigraciones, etc.(1)

La complejidad de la vida espiritual del hombre hace que cualquiera de estos instintos o acciones primarias se diversifique en múltiples factores, de cuyo hecho se vale la Psicología experimental; como es sabido, para estudiar en el animal el factor pristino que en el hombre habrá alcanzado una exuberante decoración.

Planteamos, por tanto, un concepto biológico de la felicidad, igual a todos los hombres, acaso igual a todos los animales, que sólo variará en complejidad y ritmo, pero que en esencia es único. Creemos que, desde este punto de vista, la felicidad es un estado espiritual comparable a la salud física en lo corporal. Podríamos llamar a la felicidad la salud del alma.

Cuando la higiene o la medicina estudian el concepto de salud física o corporal, asoman múltiples definiciones o conceptos. Pero, el concepto en el cual todos coinciden es aquél que supone que un estado perfecto de salud no existe, y que el ser más sano que suponemos siempre está en lucha con los múltiples factores, externos o internos, que lo empujan o desvían de su fisiologismo, y contra cuyos factores, las reacciones biológicas se esfuerzan continuamente por devolverlo a la integridad. La salud física, por consiguiente, es el esfuerzo constante del organismo vivo por mantener su integridad fisiológica.

Paralelamente, la felicidad sería un continuo batallar contra todos los elementos que vienen a batir la integridad anímica. Si la Medicina sostiene que una salud perfecta no existe, deduciríamos que una felicidad perfecta tampoco existe; porque cuando se cree aprisio-

(1) Tanto los antiguos filósofos, que negaban la existencia del alma en los animales, a los cuales consideraban como los vegetales o las piedras, cuanto los principios religiosos que considerando el alma una concesión divina ponen precisamente en ella la diferencia con el animal, niegan todos, por consiguiente, la existencia de la felicidad en el animal. Sin embargo, y respetando todo principio dogmático, desde un punto de vista científico, la vieja afirmación de que los animales desconocen el temor, la tristeza, la alegría, etc., para deducir de ello que carecen de alma, es tan pueril, que no vale la pena de rebatirla. Cualquier modesto manual de Psicología experimental, o comparada, revela hoy muchos hechos aclaratorios del problema. V. entre otros muchos la traducción española de W. T. Katz, **Animales y Hombres**, Madrid, 1943; la de Hans Wohlböck, **La Vida Social de los Animales**, Barcelona, 1943; entre otros muchos del mismo carácter. Como publicación periódica notable el **Zeitschrift für Tierpsychologie**.

nar un estado de felicidad, enseguida lo sustituimos por una imagen, un anhelo, un deseo de superioridad, que nos arrebatara la beatitud conseguida.

Los contemplativos orientales, de tan viva imaginación, fueron los que determinaron, hace muchos siglos, que la felicidad es la limitación, aún para muchos, la renunciación. Pero, la creencia de que la felicidad es limitación, rompe la pureza del concepto. Podrá ser una norma de contentamiento, pero no es la misma felicidad. El cojo que deambula gracias a su pata de palo, el traqueotomizado que respira por una cánula, o el tuberculoso que hace la contenida vida sanatorial, o los mil ejemplos análogos, han limitado su vida, pero no les podemos llamar sanos. Tampoco podemos llamar felices, en sentido abstracto, a los que limitan sus aspiraciones mentales (1).

Este fué el gran valor que para el mundo antiguo tuvo la moral estoica. Significó una norma de conducta, no al estilo cínico del encogimiento de hombros, ni del «a mí que me importa», sino un fortalecimiento de espíritu que permite soportar la desgracia, el dolor y todos los términos generales de infelicidad, con arreglo a la conocida fórmula **sustine et abstine**, soporta y renuncia.

Pero ¿es esto la felicidad? Cuando un dolor físico atenaza las entrañas y se soporta con gran entereza, sin exhalar una queja, ni, aún manifestar siquiera que se padece, ¿diremos, por esto que el individuo está sano?

Igual acontece ante todas las normas de conducta, semejables en esto a las drogas heroicas, que sumergen al individuo en paraísos artificiales de felicidad.

La felicidad o salud del alma, que constantemente oscila, según el viejo simulacro higiénico relativo a la salud corporal entre dos paralelas

(1) Es conocida la fábula india de «La camisa de la felicidad». Un príncipe del remoto Oriente es aconsejado por su corte de sabios que, para curar sus penas, debe buscar al hombre que tenga puesta «la camisa de la felicidad». Desesperados los emisarios reales en sus búsquedas por los confines del mundo, vuelven desalentados, porque toda persona a quien desearon comprar la camisa a juzgar por sus síntomas externos de felicidad, terminaba por declarar que su felicidad, no era completa. Un día, al fin, el propio príncipe, en una cacería, encuentra en humilde choza del bosque a un anciano solitario. El soberano le pide un sorbo de agua y apenas entabla conversación, el solitario afirma que es un hombre feliz. «Véndeme tu camisa por todo el oro que quieras», pide el príncipe. «Señor, contesta el anciano, yo no tengo camisa». La moraleja de la fábula consiste en desposeer a toda clase de bienes materiales, sea el poderío de un rey o la humilde camisa de un campesino, de influjo alguno sobre la posesión de la felicidad, pero encierra también claramente el problema de la limitación, de tan pura raigambre oriental.

o límites, traspasados los cuales sobreviene la enfermedad, o en este caso la desgracia o infelicidad, carece de una tónica constante, y su nivel apreciable depende de las exigencias individuales.

Habremos de recordar que la felicidad se apoya sobre un gran cimiento de subjetividad. Las felicidades profesionales que más arriba evocábamos lo demuestran paladinamente, y hacen para unos seres inconcebible la felicidad de otros. La felicidad de la mujer casada, de la madre, del sabio, del político, y de tantas otras edades y estados de la vida, tan variables a cada momento, reducen siempre cada estado de felicidad a un encasillamiento de felicidad profesional.

El anhelo de felicidad, que nos hace despreciar un estado de felicidad ya logrado, por otro superior (1), acaso arranca, como la misma salud corporal, de un oscuro sentimiento material, porque, como ella, no tiene tampoco un grado fijo, sino que es variable para cada ser, en amplísimo grado.

La salud de la infancia es más precaria que la de la niñez; esta más débil que en la pubertad; alcanza por fin su grado máximo en la edad madura. También la felicidad, siempre que se ha estudiado en abstracto, se ha considerado en su grado máximo, añadiéndole todos los ingredientes en dosis masiva, por ejemplo: hombre, sano, fuerte, rico, inteligente, sabio, de grandes ampulosidades espirituales, etc., etc. Y ello, no serviría, sino para trazar, en relación con la vida, la curva de la felicidad, como se traza el caudal de vida aproximada en una estadística de compañía de seguros. Pero, en definitiva, todos los seres humanos, sean cuales fueren sus condiciones, edad, salud, bienestar económico, incidencia amorosa, etc., etc., tienen su caudal de felicidad, como tienen su caudal de salud, que aprovechan más o menos según los recursos con que cada cual explota su propia vida.

Antes hemos hablado de un oscuro sentimiento material que anhela siempre un estado de perfección más avanzada, tanto en la salud corporal como en la felicidad. Se ha hablado del «instinto de la felicidad». El instinto de conservación, de defensa y mejora de la propia vida, encuentra aquí una vez más a su paralelo en lo espiritual. Como otros instintos, como otros oscuros sentimientos o avisos

(1) En su «**Teoría de la Felicidad**», inscrita en el tomo I de **El Espectador**, Ortega y Gasset dice: la felicidad consiste en encontrar algo que nos satisfaga completamente. Viene a ser como una continua ocupación, que nos hace «estar fuera de sí». Como buen filósofo, plantea el problema: «en este sublime asunto de la felicidad, decídme, ¿hay otro por ventura más importante?» El anhelo de felicidad para este gran maestro español es «un deseo integral y difuso, que emana de nosotros». **Obras de José Ortega y Gasset**, 176 segunda edición, 1936.

interiores que nacen del propio ser, y que aún no sabemos por qué caminos se hacen patentes a la conciencia, acaso arranque de la propia constitución de la materia viva, que es un continuo progreso, un constante devenir. La célula viva, la misma molécula viva, no puede detenerse en su evolución, porque esto es la muerte, sino que constantemente ha de estar verificando sus cambios, y siempre además en sentido progresivo, porque la regresión es la enfermedad o la decrepitud. Acaso nazca de este primario movimiento biológico, el anhelo de superación que en lo físico y en lo espiritual sienten los seres. Así como el hambre, y aún las más delicadas modalidades del apetito, responden a exigencias materiales del organismo, que reclaman sus apetencias químicas desde lo íntimo de los tejidos, acaso el anhelo de perfección, el anhelo de felicidad, nazca también del mismo metabolismo orgánico, y tenga su fundamento en los progresivos cambios moleculares. ¿Dirá la Biología un día, aquí también, lo que la Metafísica solo presupone y atisba?

Por último, como todos los seres vivos, el hombre tiene causas de felicidad colectiva, que se sobreponen a sus propios sentimientos y afecciones personales, e inundan su alma de un goce puro e inefable: explosiones de sentimientos patrióticos, noticias de grandes acontecimientos, que, como la misma felicidad personal, son efímeros. Esta felicidad colectiva, y su antagónico la desgracia colectiva—guerras, invasiones, duelos nacionales, etc.,—tiene su paralelo sanitario y biológico con los estados epidémicos, que alcanzan a gran número de seres, mordiendo en su integridad fisiológica, en nuestro caso, anímica.

Las epidemias de felicidad, como las sanitarias, tienen también con relación a los pueblos, una curva cronológica parecida a la que tiene la salud física con la edad del individuo, que más atrás comentaba. En pueblos infantiles (tribus salvajes, p. ej.) es de gran incertidumbre e indecisión la felicidad colectiva, y conforme avanza la edad de la humanidad se va haciendo más estable y reconocible.

La desigualdad de cultura de los pueblos que cubren el planeta mantiene a muchos en estado de infantilismo (pueblos atrasados, negros, parías, etc.) y, por consiguiente, sus posibles estados de felicidad, sus «epidemias de felicidad», son precarios y estrictos, pero en culturas avanzadas estos estados de felicidad pueden ser más constantes o duraderos, y la edad biológica de estos pueblos habría que medirla por el estado de su cultura, y aún por el tipo medio de su desarrollo mental.

Nos plantearíamos el problema de señalar la edad que tiene ahora la humanidad, el tipo medio de humanidad culta, lo que podríamos llamar la cultura europea por antonomasia, comparándola con la edad del hombre, para deducir de esta edad en que la humanidad se encuentre, las posibilidades o límites de felicidad colectiva.

Literariamente el problema se ha planteado muchas veces, y con la propensión al pesimismo de muchos literatos, especialmente de los que llegan a deducciones políticas sobre el porvenir de los pueblos, casi todos hablan de una humanidad decrepita y senil, que siempre viene cayendo en los errores y torpezas característicos de la ancianidad.

Si esto fuera así, el porvenir de la humanidad sería sombrío, y los siglos o milenios que le quedaran de existencia tendrían ya la tara de senilidad, y harían poco presumibles los estados de felicidad colectiva en el porvenir.

Muy al contrario, suponemos que la Humanidad está ahora saliendo de la adolescencia. Precisamente el fenómeno que en estos años tenemos más palpitante delante de los ojos, la guerra, es la prueba más confirmatoria. La guerra es un producto de juventud, es el resultado de aquella edad heroica en que el hombre se lanza impetuosa y ardorosamente, víctima fisiológica de sus increciones sexuales, o más bien dicho, de su sexualidad indeterminada e indecisa, se lanza sobre sus semejantes, como los machos en la selva, en los primeros anuncios primaverales, por un bestial instinto de selección natural. (1)

La guerra es un signo claro de juventud en la Humanidad. El esplendor clásico de Grecia y Roma, los estallidos filosóficos del espíritu, el planteamiento de los grandes problemas científicos, todo lo que caracteriza la edad clásica, es una viva pintura de lo que hoy mismo son las juventudes universitarias, con sus violentos deportes, sus bromas semiespirituales semibárbaras, sus eclosiones intelectuales enérgicas y vibrantes como una llamarada. La Edad Clásica es la edad púber de la humanidad.

¿Y los dos mil años transcurridos, cuanto han envejecido a la humanidad? Bien poco. Apesar de la viveza con que la vida se quema en esa edad del hombre, apesar de las grandes crisis espirituales, religiosas, políticas, etc., que tan densamente llenan la vida de la humanidad en los dos últimos milenios, acaso la edad de la humanidad

(1) Los tratadistas de psicosexualismo estudian la influencia gonadal en las actividades humanas, trabajo, estudio, arte, etc. No podían escapar actividades tan vitales como la guerra y sus paralelos pacíficos la política y el deporte. Sobre la biología de la guerra escribimos un modesto ensayo.

solo haya avanzado lo equivalente a cinco o seis años en la vida de un hombre. La crisis histórica que la humanidad viene sufriendo en nuestros días, acaso sea comparable a la crisis vital que el hombre sufre alrededor de los veintiseis años. La Humanidad está todavía muy lejos de los treinta años, aún carece de reflexión ni madurez. La felicidad burguesa que el hombre siente y busca entre los treinta y cuarenta años, la humanidad aún todavía no la alcanza, y acaso ni aún la presiente. El estado crítico del hombre que está al terminar la carrera, o que finaliza un aprendizaje, y va sintiendo que la obra propia está próxima a la madurez, y que deberá buscar una casa, y hacer un hogar, y tener una compañera y procrear hijos, es seguramente la edad que la humanidad hoy tiene.

Se advierte en el mundo vagamente que la edad de las tonterías, de las irreflexiones y de las jaranas debe pasar, y hay que «sentar la cabeza», aunque todavía la cabeza no esté sentada y se cometan aún muchos actos irreflexivos de juventud.

Si esto es así, los estados de felicidad colectiva de la humanidad han de ser forzosamente precarios en nuestros tiempos. Tengamos fe en que la humanidad «siente la cabeza» y tranquila y ordenadamente, como un buen burgués que todos los días va a la oficina y todos los meses cobra su paga, sin grandes alteraciones ni ruidos, salvo los inevitables en el deslizar de la vida, del hijo que nace, el padre anciano que muere, o la tormenta que asola la comarca, u otros análogos, ve deslizarse confiadamente los días más serenos, gozosos y fructíferos de su existencia.

En la busca de la felicidad integral los factores externos, que en conjunto son los determinantes de la felicidad colectiva, están llamados a ser corregidos o superados en el porvenir de la humanidad. Siempre quedarán subsistentes y amenazadores los factores internos de felicidad, que el hombre procura resolver con sus estados de «felicidad profesional», que siempre tienen como un lejano ideal o suspirada meta, ese vago «anhelo de felicidad» que nos alienta y sostiene en el sendero de la vida, de raíz fisiológica psicosexual, y que constituyen el recóndito tesoro más querido y celosamente guardado que todos llevamos en lo íntimo de nuestra personalidad.

Córdoba,
Primavera de 1943

Rafael Castejón

Góngora en Italia

Sus relaciones con Chiabrera

No amengua, crece la fortuna de D. Luís de Góngora y de su poesía en nuestro tiempo. Justo desquite, quizá, de los silencios y menosprecios que hubieron de sufrir por parte de las generaciones anteriores. La floración bibliográfica, las revisiones y panegíricos que despertó su pasado centenario de 1927, todavía se prolonga suscitando ecos fructuosos. No hace mucho reseñamos el último—el penúltimo ya—de ellos: «The metaphors of Luis de Góngora», por la señorita Eunice Joiner Gates, tesis presentada ante la Universidad de Filadelfia. Hoy nos llega otro homenaje también de mano femenina. El espíritu de Góngora sonreirá en los prados elíseos halagado por estas devociones. La autora es María Scorza y su contribución se intitula «Góngora e Chiabrera» (1).

Se habían estudiado las relaciones de Góngora con el napolitano Giambattista Marini, con el autor del «Adone», su digno parejo en la busca de lo absoluto poético y en su glorioso desdén por lo cotidiano—«E del poeta il fin la meraviglia...»—Pero nadie, a no ser incidentalmente, había explorado sus posibles concomitancias con Gabriello Chiabrera (1552-1638). Como que, en rigor, este marca más bien, frente al anterior, una reacción simplista, dada su predilección por las formas anacreónticas y pindáricas, en contraste con el desaforado latinismo de Góngora y el Caballero Marino. De suerte que las relaciones entre el autor de las «Soledades» y Chiabrera nos siguen pareciendo muy escasas, pese a las pruebas o testimonios que la señorita Scorza aduce en su libro. Ella misma las reconoce al final cuando escribe que «nada debe Góngora a la cultura ni a las sugerencias de poetas extranjeros» y que su obra y sus antecedentes «se explican sin salir del ámbito de la tradición castellana». Las preferencias verbales, las metáforas, la atmósfera mitológica de Góngora son, por otra parte, comunes a toda una dinastía de poetas, desde Virgilio, Ovidio y Marcial, hasta Garcilaso y Herrera, pasando por Petrarca y el Tasso. Así nos lo había demostrado con superior documentación, la exégeta norteamericana miss Gates, junto con la prueba definitiva de la unidad poética que ata todo Góngora y que echa resueltamente por tierra el embeleco académico de «las dos épocas».

Guillermo de Torre

(Diario de Madrid, 21 Diciembre 1934)

(1) GÓNGORA E CHIABRERA, por María Scorza. Pubblicazione della Scuola di lingue e letterature moderne della Università di Napoli. Ricciardi, editore. Nápoles, 1934. Cuatro liras.

La famosa capilla del Mihrab, que amenazaba hundirse en la se- gunda mitad del siglo XVIII, fué restaurada por el arquitecto francés, don Baltasar Dreveton

Esta noticia sensacional, que unida a su interés histórico, es de grandísima importancia para el estudio de la maravillosa capilla llamada de San Pedro, antiguo vestíbulo del Mihrab, no ha sido dada a conocer hasta hoy, por ninguno de los escritores que, desde la pasada centuria, relataron algo de la historia, que aún está por hacer, de nuestra Mezquita Catedral.

La ignoraron don Pedro de Madrazo y don Luis Ramírez de las Casas-Deza, quien se limita a decir que en 1779, los condes de Alcaudete, perdieron el patronato en esta capilla por no haber querido hacerle los reparos que necesitaba. (1)

Tampoco se menciona en los apéndices del «Catálogo de los Obispos de Córdoba» de Gómez Bravo, que tantos datos curiosos suministra de la Iglesia Mayor, al reseñar los últimos años del episcopado de don Martín de Barcia; y es extraño, por que precisamente en aquel tiempo, estaba hundiéndose la mencionada capilla.

Tan importante noticia, fué así mismo desconocida del ilustre orientalista don Rodrigo Amador de los Ríos, pues en su libro «Inscripciones Arabes de Córdoba», solo refiere la torpe restauración hecha en 1816, por el organero templador de órganos de la Catedral don Patricio Furriel, en la bellísima fachada del vestíbulo del Mihrab recubierta con el rico mosaico de «foseifesa», regalo del emperador bizantino a Al-Haken II, y que el improvisado restaurador realizó con más voluntad que acierto, al aparecer mutilados algunos trozos de tan fastuosa ornamentación, cuando en buen hora se quitó el retablo que la cubría, gracias a la feliz iniciativa del ilustrado Obispo don Pedro de Trevilla, para que pudiera ser mejor admirada esta joya

(1) Descripción de la Iglesia Catedral de Córdoba. Pág. III.

arquitectónica del Arte califal que medio siglo antes, había estado próxima a hundirse, desde 1767 a 1772, en que al fin fué restaurada.

Todo el largo proceso motivado por la incuria y abandono más censurables del patronato de esta capilla, perteneciente a las casas del conde de Oropesa y del duque de Alba que, tras largas evasivas y excusas inconcebibles, se negaron por último a costear las urgentes obras de consolidación de este monumento único, las cuales al fin hizo el Cabildo por su cuenta, como se consigna claramente en varios acuerdos de las actas capitulares que leímos hace tiempo, con verdadera sorpresa y emoción.

Transcribiremos los más interesantes:

En Cabildo pleno extraordinario de 12 de Febrero de 1767 «el Sr. Deán hizo presente que la capilla de San Pedro antigua, de quien es Patrono el Conde de Oropesa, se estaba hundiendo y se mandó que por don Balthasar Dedreton (Dreveton) Ingeniero, se reconocza su estado y que con su declaración se de cuenta con llamamiento al cabildo para determinar lo que convenga hacer».

En otro Cabildo ordinario de 23 de Septiembre de 1767, «se reunió para oír el costo que tendrá obrar la capilla antigua de San Pedro que está con riesgo de caerse, enterado el cabildo de dho costo por relación escrita de don Baltasar Dreveton, ingeniero, acordó el Cavildo dar comisión a los señores diputados del Archivo con el señor Dean y el señor Prior para que practiquen todos los medios conducentes con el Patrono de dha capilla a fin de que evite la ruina que amenaza».

Las infructuosas y dilatadas negociaciones del Cabildo con el Patronato, duraron cerca de tres años, como indica la fecha del acuerdo siguiente:

Cabildo de 31 de Agosto de 1770.

(Nota marginal). «Informe sobre a reparar la capilla antigua de San Pedro del Patronato del Duque de Alba».

«Item el sor Dean hizo presente al Cabildo una carta del Exmo. Sor Duque de Huescar y un informe de su abogado en Madrid una y otro contestación a varias instancias que se han hecho para que por dho Sor como heredero de los Estados de Alcaudete haga que se repare la capilla antigua de San Pedro en esta Iglesia por ser de su patronato; igualmente hizo presente otra carta del Sor Penitenciario desde Madrid en que haze relación de lo que con el abogado del Señor de la casa del Exmo. Sor Duque de Alba, avia ablado sobre dho asunto, y enterado el Cabildo de las dificultades que la carta y informe ofrecen sobre la reparación de la referida

capilla, dio comisión a los Sres. Diputados del Archivo, con asistencia del Sor Doctoral y del Sor Obrero para que vean y reconozcan el estado de dicha capilla, que si fuese tal que les parezca, amenaza ruina, o que no pueda permanecer sin repararse, mientras se hacen otras diligencias conducentes a que por la casa de dho Exmo. Sor Duque de Alba se reedifique o repare, hagan que dicho reconocimiento sea judicialmente para los efectos a que aiga lugar, y de todo informe al cabildo».

Y en 5 de Septiembre del mismo año, «se leyó un informe del maestro arquitecto Don Balthasar Dreveton sobre la obra y composición que prestamente necesita la capilla de San Pedro antigua de esta Igl. y el Cabildo acordó que se haga dha obra bajo la dirección de dho, maestro y renovó la Comisión dada a los Ser. Doctoral y Obrero para que hagan que el reconocimiento de la capilla y su obra sea judicialmente».

Pero en vista de que no dieron resultado favorable las gestiones laboriosas que hacía años se venían practicando, para que se efectuaran las obras de reparación de este bello y abandonado recinto, cerca de los patronos descendientes del Adelantado Mayor de Andalucía, don Alonso Fernández de Montemayor, a quien el Obispo y Cabildo donaron la memorada capilla en 1368 como reconocimiento y gratitud por la defensa heroica que éste hizo de Córdoba, contra el ejército de don Pedro el Cruel aliado del rey granadino concediéndole además el privilegio del doble de «Cepa», el Cabildo decidió hacerlas a su cargo según acuerdo de 22 de Octubre de 1771 en que se aprobó también el extenso informe sobre este asunto dado por los señores diputados de Archivo en unión del Tesorero y el Doctoral y del que copiamos lo más interesante.

...«Y que aviendo reconocido la donacion que de dha capilla hizo el Cavildo con el Sr. Obispo al Adelantado Mayor de Andalucía don Alfonso Fernández de Montemayor y otros instrumentos relativos a ella parece averse dado dicha capilla y la contigua a ella, para su entierro y de sus descendientes, no para otros fines ni Patronato, por lo que se juzga inútil recurrir a hacer instancia, ni notificacion ni apremio sobre que se executen las obras de dha capilla por el Poseedor de la casa de Alcaudete»...

...«Por lo que concluyeron dhos Seres que era forzoso se reparase dha capilla; pues se avia declarado por los Maestros de Arquitectura i albañilería amenaza ruina y que fuere por su fábrica de esta Sta. Iglesia, como que debe conservarla en todo y sus partes y que dha obra i modo de ella constan del Plan e informes de don Balthasar Dreveton i el maestro de dha fábrica Francisco de Agui-

lar: y el Cavildo enterado de todo lo expuesto por dhos Seres en el informe, que esta mas extenso acuerdo que supuesta la precision de dha obra, i en una Capilla tan principal i antigua correspondia hacerla a la fabrica de dha Sta. Iglesia sin que se «alterase, ni mudase» cosa alguna de la fabrica que tiene en su construcción i arquitectura la expresada capilla: y que sea constando ante el Sor Juez la expresada necesidad.»

Tan importante acuerdo honró al Cabildo, dando prueba elocuente de gran cultura, no solo al costear la obra para salvar la célebre capilla que amenazaba hundirse para oprobio y vergüenza de sus Patronos, sino que además encargaba que la restauración se llevara a efecto sin que se «alterase ni mudase» cosa alguna de la fábrica que tiene en su construcción y se hiciera constar ante el juez la expresada necesidad de restaurarla.

En este mismo día se autorizó al canónigo obrero, para que se ejecutaran los reparos de la expresada capilla; «de modo que quede segura».

Y el 22 de Noviembre de 1771, el maestro francés solicitaba, «que antes de entrar el invierno y las aguas, se comenzara la obra de la capilla, que llaman del «Zancarrón», que se obligaba a hacer expresando hasta que cantidad podria gastarse en ella y el Cabildo hiciese la obligación en la misma forma que la hizo para el colegio que se está labrando junto al de los regulares espulsos de la Compañía». (1)

Las obras duraron cerca de un año y termináronse felizmente sin que se alterase en nada la traza y el carácter arquitectónico del recinto árabe y su coste ascendió a 24.000 reales cantidad respetable en aquella época, como consta en el recibo del notable arquitecto francés, fechado en 24 de Septiembre de 1772 existente en el Archivo de la Catedral.

Los trabajos de consolidación que salvaron el vestíbulo del Mihrab empezarian sin duda, como más perentorios, por reparar su peregrina y quebrantada bóveda revestida del precioso mosaico bizantino, la cual se ha venido creyendo que se conservaba intacta, por no poderse apreciar a simple vista, aquellas partes en que las filtraciones y humedades producidas por las lluvias, destruyeron el «foseifesa» y este ha sido imitado pintándolo, como descubrió hace algún tiempo el encargado de las obras de la Catedral don Rafael Aguilar López, estimado amigo nuestro, en el intradós de algunos de los pequeños arcos de herradura con sus celosías, que sirven de

(1) Era el Colegio de Santa Victoria.

lucernario y que comprobó el distinguido restaurador de la Mezquita, ya difunto, don Ricardo Velázquez Bosco.

La restauración hecha por el arquitecto francés, se extendería así mismo, a las cúpulas nervadas de las estancias colaterales, de las que, sería muy verosímil creer, que estuvieron primitivamente revestidas también de mosaico como la central, o por lo menos policromadas ya que formaban parte integrante del recinto sagrado o califal y para que resultara armónico, todo su maravilloso conjunto decorativo.

La traza de estas dos lindas bóvedas que hoy están blanqueadas, y por esto desentonan bastante, es idéntica, pero en la que corresponde a la capilla llamada de la Cena, las nervaduras aparecen completamente planas y no están labradas a bisel o en leve sentido diagonal como en la otra, apreciándose mejor en los puntos de intersección de los ocho arcos que las forman paralelos a los muros; lo que denota que ha sido restaurada como también un arco superpuesto lobulado divisorio de esta estancia con la inmediata, que al restaurarlo, ha perdido la gracia de la línea primitiva árabe y lo mismo acontece con las celosías, que constituyen los lucernarios de las tres bóvedas, que la mayor parte de aquellas, han sido sustituidas por otras de yeso imitando a piedra.

Esta obra que se realiza en 1772 y hasta ahora ignorada, puede suministrar preciosos datos para un estudio de la parte decorativa de la capilla del Mihrab y las colaterales, que aún no está hecho, y dar luz sobre algunos problemas no resueltos, previa una detenida exploración de estas Cámaras califales, con escrupulosa limpieza de las capas de cal, pintura y dorados antiguos y modernos que a través de los siglos han tapado la primitiva decoración árabe.

El arquitecto francés que tuvo a su cargo esta importante y delicada restauración, además de sus obras conocidas en Córdoba, como el Colegio de Santa Victoria, que es la de más importancia y la capilla de Santa Inés de la Catedral, hemos averiguado que hizo el Archivo de obras Pías, en la galería Norte, del patio de los naranjos de nuestra basílica y la fuente denominada del Caño Gordo, y muy probable, la reforma de la Puerta del mismo nombre.

Pero lo que constituye otra nueva noticia también ignorada y de sumo interés referente a Dreveton, es la de que este arquitecto, salvó la torre de la Catedral de Córdoba como él mismo declara en el luminoso informe (1) que emitió en 1766, cuando fué llamado a Salamanca, para reconocer la torre de aquella Catedral, que amenazaba peligro

(1) Debo la copia de este documento a mi distinguido amigo D. Julián Sanz Martínez.

y según dictámenes del Arquitecto Sagarriaga y otros técnicos, no tenía remedio y era necesario desmontarla.

El informe del maestro francés contrario al de sus colegas, fué aprobado y la torre quedó reparada por el mismo sistema empleado que salvó años antes a la torre de la basilica cordobesa, de la que también habían informado varios técnicos que era imprescindible demolerla, por el peligroso estado en que se hallaba.

Existen dos acuerdos capitulares de 13 de Diciembre de 1759 y 20 del mismo mes y año, relacionados con otra obra, y por ellos se vé como el Cabildo enterado de que hallándose en esta ciudad un Ingeniero, gran arquitecto, el cual había registrado la quebrantada torre de la Santa Iglesia de Córdoba y dictaminado de que se podía componer con facilidad, mandó que inmediatamente empezaran las obras. Pero aunque se refiere a Dreveton, no menciona su nombre.

He aquí lo que dice el arquitecto francés al final de su informe sobre la torre de la Catedral de Salamanca y refiriéndose a la de Córdoba.

"Este es el juicio que con la mas atenta reflexión formo de la torre de esta Santa Iglesia cujas piedras y sentimientos son mui semejantes a los que experimentó con el temblor de tierra del año 1755 la torre de la Sta. Catedral de Córdoba, que determinada a demolerse, por el dictamen de varios maestros en vista de el que se me pidió y expuse habiendoseme admitido y practicado, se logró su reparación y subsistencia según hoy se vé».

Débase pues, al notable arquitecto francés don Baltasar Dreveton que se salvaran dos insignes monumentos cordobeses, el vestíbulo del Mihrab y la torre de la célebre Mezquita-Aljama.

Y ahora un ruego al Excmo. Ayuntamiento de Córdoba, para que se sirva rendir justo homenaje de gratitud y admiración al ilustre arquitecto francés, rotulando con su nombre una de las calles de esta ciudad a la que enaltecíó, dejándole brillantes páginas para su Historia Monumental.

Enrique Romero de Torres

Como Homenaje a Blanco Belmonte

La Real Academia centenaria, enorgullecida muchos años, de contar entre sus miembros más ilustres a Marcos Rafael, — el amante enamorado de Córdoba, que supo cantarla en prosa y verso, desde lejos, a través de su vida entera—, tributa hoy a la memoria de este gran publicista y fervoroso patriota, el honor de divulgar sus cuartillas autógrafas que encierran la más fervorosa oración de cordobesismo que ha compuesto pluma de compatriota alguno.

Esta emocionada plegaria fué puesta por su autor en manos del Cronista de Córdoba, su pariente, colega, paisano y amigo, con el honroso encargo de que se hiciera pública una vez que aquél hubiera traspuesto los dinteles de la Eternidad.

Así lo cumplió fielmente el Académico Rey Díaz, después de conservarias como precioso testamento literario, más de doce años. En el pasado de 1937, concedió a nuestra Corporación las primicias de su lectura, y diólas luego a la estampa en las páginas de un diario local.

Para que hoy alcancen la divulgación adecuada entre los demás miembros de nuestra Academia, y logren, a los ojos de cuantos admiraron al poeta cordobés fenecido, la eficacia de lo autógrafo, se honran con el elocuente escrito, las páginas de este BOLETIN.

*
**

El autor de **«Aves sin Nido»**, de **«La Vida Humilde»**, de **«La Patria de mis Sueños»**, de **«Al Sembrar los Trigos»**, y de tantos poemas más, en los que cantó la sin par trilogía de la Patria, la Fé y el Amor a su cuna, no tiene donde espigar flores a Córdoba, porque toda su producción literaria, en prosa y en verso, es un brazo de encendidos elogios a la patria chica, pletóricos de emoción, saudade y añoranza.

En esta sección de Antologías, habríamos de volcar toda su obra, tan conocida de todos los que paladean la lengua española con el noble orgullo de su dorado son, si quisiéramos reflejar el amor de Blanco Belmonte a Córdoba, su tierra natal. Sea para él, hoy, sola, la antología de Córdoba, porque aunque no hubiera habido para loarla más que su verbo, la cuna de tanto númen inspirado e ilustre, la madre fecunda, se siente, seguramente, con él, gozosa y satisfecha.

La plegaria del cordobés

Gracias, Señor, por haberme deparado nacer
en el relicario que cobija con sus alas Rafael
Arcángel

Acendrar el cariño hacia mi cuna. Para
que la ame como nido, la ~~defienda~~^{suplente} como
hogar, la defienda como pedazo inseparable
de la Patria, la enaltezca en la epopeya y
la santifique en el sacrificio... A imitación
y ejemplo de mis compatriotas inmortales
Dáme la serenidad de Séneca, la inspiración
de Lucano, la visión justicera del tercer
Abderróman, la prudencia de Don Gonzalo
el invencible, la fortaleza creyente de Osio y de
Pelagio, la templanza de Ambrósio de Morales
y del Padre fray Alonso de Cabrera... Para
que mi vida abra hondo y ancho surco.

Otórgame el don de crear Belleza, don
del espíritu de los artistas, para que
remenen sempiternamente las estrofas de
Góngora y se remueven los cálices que
cinceló Ruiz el Vandalino.

Te pido la gracia de la humildad. De la
humildad de los artesanos que anímicamente
labraron el prodigio de la Mezquita; de los soldados
oscuros que acompañaron a los "ganadores", y
triunfaron con ellos, y no alcanzaron como
ellos el reposo conmemorador del "doble

de cepa." Viva en mí la humildad de los ²
mastranzos, que perfuman al pie que los
huellos.

Concédeme la generosidad del agua de los
manantiales de la tierra; del agua que
canta al despenarse, y es pureza y socorro
del sediento, y mi fide premito ni aguarda
recompensa. Sea en mí lo eterno en lo
fugaz... Como en el Guadalquivir: espejo
del firmamento, sembrador de rosas, acarreador
incansable de lenitivo a la amargura del
Océano.

En el dolor y en la adversidad, hágame
como los pinos de Torre Arboles y como los
naranjos de los alcores... Que el truchazo
haya brotar bálsamos fragante; que la sacudida
del viento tapice los campos con blancura y aroma
de arbores.

Que los obstáculos no me arredren, que el
desaliento no me rinda. Que mi labor, en el
terruño, sea un fluir constante, como el del
poquito de la Juncosanta. Que, lejos del terruño,
mis empresas continúen las empresas de los
que acertaron a ensanchar el renombre de
Córdoba

Que allí donde la suerte me lleve, pueda
yo decir, en verdad y con obras, lo que el
maestro Séneca a sus discípulos: Os lego el
ejemplo de mi vida.

Y sea mi mejor gloria — cuando mi cuerpo

se deshaya en la tierra, cuando mi ómnibus ³
 transite el más allá guiada por el inclito
 Custodio, — sea mi mejor gloria merecer
 que la Madre Córdoba me despidiera
 exclamando: «Fue un un buen cordobés y
un cordobés bueno!»

—

M. R. Blancos Belmonte

1925



BIBLIOGRAFIA

L'ART HISPANO-MAURESQUE. Desde los orígenes hasta el siglo XIII, por Henri Terrasse. Paris. Editions G. Van Oest, MCMXXXII. Publications de l'Institut des Hautes Etudes Marocaines. Tome XXV. 4.º, 508 pág. y 80 láminas fuera de texto.

Con esta espléndida obra, Mr. Terrasse, el ilustre hispanófilo y gran amante de las bellezas y reliquias que Córdoba atesora, ha contribuido, de modo magistral y definitivo en sus grandes líneas de concepto, al estudio del arte hispano morisco.

No podemos, ni aún a grandes rasgos, seguir la exposición documentada, orgánica y erudita de esta obra, que hace hito entre las de su materia: Los grandes apartados en que está dividida, se titulan: «Los orígenes del arte musulmán de España», en que estudia la influencia de los que intervinieron en su formación, destacando especialmente el gran influjo del visigodo, como arte nacional anterior; «El arte omeya», como gran momento de este magnífico florecimiento, pasando revista a los primeros momentos revelados por las primeras construcciones de la Mezquita de Córdoba, la obra de Medina Az-Zahra, la mezquita de Alháquem II como producto cumbre del arte del Califato omeya, y los aspectos secundarios del mismo, todo ello con un lujo de detalles y profundidad de conceptos, que admiran y seducen; «El arte hispano-morisco en el siglo XI y principios del XII», que recoge el arte de los Taifas y del periodo almoravide; «El arte almohade», que reaviva la hermosa tradición califal, con su doble influencia en España y en Marruecos; y «El arte hispano-morisco en el arte de la Edad Media», con sus reflejos sobre arte musulmán, hispano-morisco propiamente dicho y cristiano de occidente.

Cada capítulo de la obra es un verdadero tratado de arte, y su documentación y bibliografía satisfacen totalmente. El señor Terrasse señala las colaboraciones españolas y cordobesas que ha tenido para redactar su obra, la cual, por hoy se puede considerar casi exhaustiva en la materia.

Hay algunas atribuciones arqueológicas, como las de la decoración de la Mezquita de Abderrahman I, que, acaso, necesiten un más seguro fundamento, pero ni aún este pequeño detalle resta valor alguno al conjunto de esta obra magnífica en todos conceptos, incluso en el litográfico.

Nuestra Academia, que se enorgullece de contar entre sus miembros a Mr. Terrasse, volverá sobre esta obra con mucha frecuencia, porque es fundamental para la arqueología y el arte del Califato cordobés, y las páginas de nuestro BOLETIN se honrarán más de una vez con las aportaciones y citas del sabio maestro francés que une, con esta obra, un joyel más, a la colección con que viene enriqueciendo el arte y la arqueolo-

gía de España, y más concretamente, del arte califal que tuvo a Córdoba por cuna y escenario glorioso.

L'ART GOTHIQUE EN ESPAGNE. En los siglos XII y XIII, por Elie Lambert. Paris. Editor, Henri Laurens. 1931. 4.º, 316 pág., 48 láminas fuera de texto y 125 dibujos.

Reproducimos, como referencia de esta obra, la publicada por un periodista local en sazón contemporánea:

«Las Iglesias góticas de Córdoba». Aunque hace ya varios meses que tengo en mi poder la magnífica obra de mi excelente amigo y admirado arqueólogo Mr. Elie Lambert, no es razón que deje de hablar de ella en público, ya que por tantos conceptos se lo merece.

Y aún cuando no le rebosaran los méritos, y el interés para el arte español, aquellas dedicatorias que nos ofrece, la una manuscrita, «en recuerdo de nuestros buenos días de Córdoba», y la otra en su prólogo, serían acreedoras al acuse público de recibo. «En Córdoba, dice este buen amigo y gran hispanista, me habría sido difícil ver todo y bien, sin don Félix Hernández y don Rafael Castejón, las numerosas iglesias de la ciudad, así como su gran mezquita catedral».

Lo merecía todo este verdadero sabio, con mente de cumbre y corazón de niño, que ha escrito la formidable obra que titula «El Arte gótico en España en los siglos XII y XIII», en la que acaso por vez primera, se abarca, con toda la admirable claridad de la ciencia francesa, el proceso del arte gótico en España, sobre todo en sus orígenes, que son los momentos difíciles para desentrañar cualquier manifestación artística que se produce exóticamente.

Comienza la obra con una ojeada histórica sobre las condiciones de Europa y España en el tránsito del momento islámico representado por el glorioso califato de Córdoba, al momento cristiano, y ya en plena Reconquista, se extiende Mr. Lambert en despaciosas consideraciones sobre el influjo de las dos grandes órdenes francesas, con sus abades y obispos, de Cluny y del Cister.

Por esto el plan de la obra es el estudio de los grandes monumentos españoles, sobre todo iglesias y catedrales, con su repercusión en castillos y monumentos civiles, primero de los influjos clunicenses, después cistercienses, entrando luego en los monumentos influidos por los grandes artistas que han tomado por modelo el norte de Francia, o las influencias franco-borgoñonas, franco-normandas o franco-champañesas, que culminan en la amplia difusión del arte gótico por toda la península.

El arte gótico en Andalucía, que al principio de la Reconquista parecía avasallador, luego se va anulando para dejar paso a la que podría llamarse la corriente indígena representada por el arte morisco o mudéjar. De aquí el gran interés de esas primeras manifestaciones, que luego pare-

cen fosilizarse sin recibir las nuevas aportaciones norteñas, ahogadas por la tradición morisca.

Por esto, nuestras iglesias cordobesas de la Reconquista, son de enorme interés arqueológico, dentro de su modestia y constituyen un caso singular, todavía no estudiado. Mr. Lambert las abarca en ojeada general, falta aún de detalles, cuya descripción compete a los eruditos locales (conocemos los admirables trabajos que viene llevando a cabo don Vicente Serrano Ovin, al que alentamos continuamente a la publicación), para que las grandes obras puedan encuadrarlas en el marco general de la historia del Arte.

Al ofrecer a continuación, la traducción del juicio general que a Mr. Lambert merecen estas iglesias de la Reconquista cordobesa, la hacemos como homenaje a este gran amigo de España, iniciador del Instituto Hispánico, que tiene su foco en la Universidad de Caen, de la cual es profesor, al cual enviamos por este conducto la sincera expresión de nuestra amistosa admiración.

*
* *

Es sin duda, a la influencia cisterciense salida de Burgos, a lo que hay que atribuir la construcción de las primeras iglesias góticas andaluzas, cuya mayor parte están agrupadas en Córdoba. En 1235 y 1236 era precisamente el obispo de Osma, Juan Domínguez, quien reemplazaba al arzobispo de Toledo al lado del rey de Castilla, cuando este reconquistó Córdoba y él fué quien consagró la gran mezquita de esta ciudad al culto cristiano; el primer obispo nombrado entonces en Córdoba fué el monje cisterciense Lope de Fitero; y se sabe, en fin, que las abadías cistercienses de Córdoba y de Sevilla, estaban unidas, en su origen, al monasterio de San Pedro de Gumiel, en la diócesis de Osma, donde, por extraña coincidencia, hemos comprobado la presencia, en 1236, del maestro de obras de la catedral, de Juan Domínguez. El hecho indudable es que un gran número de las primeras iglesias levantadas en Córdoba y también en Sevilla, después de la reconquista, presentan curiosas analogías con los monumentos cistercienses que hemos estudiado o con la cúpula de la catedral de Osma.

Estas iglesias en general tienen su nave cubierta de carpintería, pero el abside principal siempre está precedido de una travesía abovedada con ojivas, cuyo nervio longitudinal es visible casi siempre. Igual sucede con las dos capillas laterales que encuadran regularmente el abside. La forma de estas capillas varía, pero en casi todas se terminan en el interior por un muro recto, en tanto que el abside principal es siempre poligonal y desprendido por fuera en toda la altura de sus cinco lados. Por último, la decoración, lleva en general puntas de diamantes en el recuadro de los vanos y también zigzags en las archivoltas. El parecido que se comprueba entre todos estos monumentos, en plano y en alzado y las pequeñas igle-

sias cistercienses de la región de Burgos es muy grande, con un sello de simplicidad y a veces también con numerosos elementos mudéjares, que se explican fácilmente por las circunstancias de lugar y de tiempo en que han sido construídos estos edificios.

En Sevilla hay iglesias de este tipo, como Santa Ana, construída por Alfonso el Sabio, pero es sobre todo Córdoba quien ha conservado toda una serie de iglesias de esta escuela. Hay todavía en esta ciudad una docena, muy parecidas, aparte pequeñas variantes que dan cada una su personalidad. En San Miguel, donde el abside principal y capilla de la derecha, están bien conservadas, con nervio longitudinal en el coro y bóvedas ornamentadas con zigzags, la capilla lateral es poligonal, pero englobada por el exterior en muro recto. Sobre un costado de la iglesia hay una curiosa capilla funeraria gótico-mudéjar, cuya puerta mudéjar es muy notable.

La colegiata de San Hipólito ha perdido sus capillas laterales, y la nave ha sido rehecha en el siglo XVIII, pero el abside principal está intacto con sus esbeltas columnitas, sus ventanas alargadas y su bóveda de nervio longitudinal y nerviaduras ornadas de zigzags y puntas de diamante.

En la iglesia de Santiago solo subsiste la capilla lateral, poligonal y abovedada de ojivas con nerviaduras de eje.

En San Pedro el abside principal es análogo al de San Miguel y las capillas laterales son exteriormente limitadas por muro recto, pero semi-circulares por el interior y abovedadas en fondo de horno precedido por travesía cubierta en cruzada de ojivas.

El mismo arcaísmo se encuentra en San Pablo el Real, donde la bóveda del coro no tiene nervio longitudinal y posee varios anexos que son construcciones musulmanas o mudéjares del más alto interés.

La iglesia de San Lorenzo tiene una fachada del mismo género que la de San Miguel caracterizada por un rosetón alumbrando la nave central y rosetones laterales más pequeños correspondientes a los faldones. Los absides principales de los dos edificios se parecen igualmente, pero las capillas laterales son en San Lorenzo de planta rectangular.

Igual sucede en San Nicolás, cuyas capillas son los únicos restos de la construcción primitiva, con los tres rosetones de la fachada. En Santa Marina y Santa Magdalena, se pueden ver todavía algunas partes antiguas de un estilo análogo.

La existencia de todas estas iglesias góticas de Córdoba, que pasan en general desapercibidas al lado de la gran Mezquita catedral de los Califas musulmanes, atestigüa que hubo en Andalucía una verdadera pequeña escuela de arquitectura ojival, y sin duda fueron los canteros de Burgos quienes contribuyeron a extender y aclimatar en la península ibérica esta forma de arte originalmente importado de Francia.

AL-SAQUNDI. ELOGIO DEL ISLAM ESPAÑOL. Traducción española por Emilio García Gómez. Madrid, 1934. Imprenta de Estanislao Maestre. 8.º, 128 pág. Publicaciones de las Escuelas de Estudios Arabes de Madrid y Granada.

Enriquece D. Emilio García Gómez, en quien autoridad y juventud se dan juntas, las publicaciones de las Escuelas de Estudios Arabes de Madrid y de Granada con una traducción íntegra de la «Risala», en que Al-Saqundi hace el elogio del Islam español. «Aquí—dice el insigne arabista—alza su voz Al-Saqundi contra los africanos del Sur y en homenaje a la pura esencia del Islam español, como más tarde, en horas de melancólica decadencia, después de la triste locura de Cervantes y del caballeresco ademán de Quevedo, otros valientes ingenios ibéricos clamarán contra los franceses del Norte que nos inoculaban su helado clasicismo. Al-Saqundi es, «mutatis mutandis», una especie de Forner del siglo XIII».

No existía hasta ahora en lenguas europeas una traducción total de la «Risala», que llega a los arabistas a través de Ibn Said, incrustada en la enciclopedia de Al-Maqquari, quien, aparte de algunas citas que esparce en el cuerpo de la obra, la reproduce, al parecer íntegramente, en el libro VII de la edición de Layden. Recuerda García Gómez en el prólogo, entre los posibles manuscritos de la obra, uno moderno que la Academia de la Historia posee y que es copia de un códice de Túnez adquirido por D. Francisco Cordera en su viaje a la capital de la Regencia y que procede posiblemente de la obra de Al-Maqquari, cuyo texto, habida cuenta de las notas críticas posteriores (Fleischer, el propio Dozy, etc.), ha sido, con pequeñas correcciones, el empleado por García Gómez.

En el prólogo tanto como la erudición brillan la dignidad y la belleza del estilo, como puede verse en los pasajes siguientes:

«El imperio y el mérito—decía Ibn Al-Muallim en el salón de Ceuta—no proceden sino de nosotros...» Contra esta afirmación y después de una donosa introducción irónica, polemiza en primer término Al-Saqundi. Hay una realidad que no puede negar: los africanos dominan en España: un califa almohade le ha nombrado cadí; por mandato de un príncipe bereber escribe. Pero él sabe, y lo dice elegantemente en prosa y verso, que los Imperios caen y las dinastías declinan. Al-Andalus está hoy sometido; pero ¿quién puede competir con su historia? En emocionadas frases, entreveradas de versos, evoca las austeras figuras de los omeyas cordobeses; hace una semblanza del gigantesco Almanzor, comparable a Heraclio y a Alejandro, y disculpa, en un pasaje de singular interés, la impericia política de los reyes de taifas, en atención a su celo literario y al prestigio poético de sus Cortes deliciosas y diminutas.

La otra cuestión aludida en el debate de Ceuta, que era la más espinosa (y por eso Al-Saqundi negaba plantearla, aunque todos podían leérsela en los ojos), es también tratada aquí, pero no abiertamente, sino con suma prudencia y tacto: no la afronta de cara, aunque constituye el subsuelo ideológico de todo el opúsculo. Se trata de la oposición entre las razas andaluza y bereber.

Bajo el manto, falazmente uniforme, del Islam han latido siempre, cada uno a su compás—y a menudo en abierta pugna—, los corazones insobornables de los pueblos indígenas. Estas diferencias explican la evolución política islámica y justifican la exaltación y la ruina de las dinastías musulmanas. Como ejemplo de querellas nacionales comunes a todo el Islam bastará aludir a las encarnizadas polémicas del «su-ubismo», en el siglo X, lo mismo en Persia que en España, donde la oposición entre las razas ibero-romana y árabe (para no hablar de la rivalidad de las fracciones árabes entre sí) sólo pudo conciliarse merced al inteligente arbitraje de los Omeyas. En la época de Al-Saqundi, esta cuestión estaba acallada, si no muerta, bajo la forma de una evidente supremacía árabe. Había otra mucho más palpitante y no menos antigua, pero que ahora, por razones poéticas, cobraba un vigor nuevo: la querella entre árabes y bereberes. Querellas, bien entendido, de raza y no de naciones, ya que el árabe ha sentido siempre los vínculos de la sangre (la antigua tribu) y no las ataduras territoriales. Por eso, Al-Saqundi no ataca al Africa del Norte, donde había focos de cultura árabe, como Qayrawan, más antiguos que Córdoba y de gran importancia, sino a los bereberes. ¡Y con qué orgullo, con qué soberbia española, con qué supremo desdén los trata!

«Ensalzar a Berbería sobre el Al-Andalus—dice—es querer ensalzar la izquierda sobre la derecha y decir que la noche es más clara que el día...; es gorgorjear con sollozos, peinarse sin pelo y enamorar a las mujeres honestas con canas teñidas.» Cuando enumera los nombres ilustres de Al-Andalus pregunta siempre a su contrincante: «¿Tenéis alguno como éste?» En una ocasión, aludiendo a un compilador de poesías (Ibn Bassam), añade: «Claro es que, aun dando por bueno que lo hubiérais tenido, ¿de qué sirve la bolsa en la casa vacía?» En otro pasaje compara los sabios instrumentos músicos (grecopersas) andaluces con los bárbaros panderos sudaneses. Varios personajes bereberes son, «nominatim», imán de sus dicterios: Salih, el falso profeta de los Bargawata; Saqut, virrey de Ceuta, Abu-el-Abbas el Yurawi, poeta y antólogo con quien se ensañaban cruelmente los españoles. Más altos blancos se ofrecían ante Al-Saqundi; los bárbaros príncipes que gobernaron a España. De entre ellos, los almohades (aparte su mayor suficiencia cultural) tenían inmunidad, por ser los reinantes a la sazón. Quedaban los almoravides. Y, efectivamente, contra ellos arrémete nuestro autor, en prosa y en verso (con un fragmento poético en que aparecen las especies zoológicas menos tenidas por sapientes). La página en que Al-Saqundi pinta con saña la ignorancia de Yusuf Tasfin, que interpretaba prosaicamente, como una petición de pan los exquisitos ditirambos de los poetas andaluces, es de las mejores de la «Risala». En suma: ésta es una feroz diatriba contra los bereberes y una antítesis de las obras, que también las hay, escritas en

su alabanza, como el «Kitab mafajir Al-Barbar», que publicara en breve M. Lévi-Provençal.

La obrita de Al-Saqundi, a través de sus fáciles ironías y de su gracejo andaluz, destila amargura y revela la honda y definitiva crisis que atormentaba al Islam español bajo las dinastías africanas. El gran reino del Mediodía—maravillosa paradoja de la Historia, «sol que salió por Occidente», como se dice en el epílogo de la «Risala»—navegó siempre entre el Escila de los cristianos del Norte y el Caribdis de los africanos del Sur. Para salvarse de los primeros cayó en manos de los últimos, y a ellas murió. Pocos textos nos transmiten tan finamente determinados matices espirituales de esta agonía andaluza.

Españoles son el orgullo de Al-Saqundi y su altiva ironía; española es también su actitud reivindicatoria. Triste destino de España ha sido siempre tener que doblar el esfuerzo, primero para crear las glorias y después para defenderlas.

* * *

La parte apologética de la «Risala», que, como queda dicho, se entrecruza con la anterior, y que constituye un breve catálogo de los méritos andaluces en todos los órdenes, tiene dos partes esenciales que conviene subrayar aquí: una antología poética y una descripción de las ciudades de España.

Al-Saqundi, letrado de fino gusto y autor, como ya se ha indicado, de una compilación literaria, no quiere prescindir, al trenzar la corona de su patria, del elegante laurel de la poesía. La diminuta selección de la lírica andaluza que nos ofrece en la «Risala»—y que constituye la parte más incógnita de toda ella—merece señalarse por su quintaesenciada perfección, por la ponderación con que se compaginan autores clásicos y contemporáneos (de todas las clases sociales y sobre todos los temas) y por la penetrante agudeza de los juicios estéticos. No a los conocedores de la literatura árabe, sino a los romanistas, sorprenderá la finura crítica con que en el siglo XIII realizaban los musulmanes la investigación de las fuentes, analizando, por ejemplo, las imitaciones de un célebre verso de Imru-el-Qays («Samaw tu ilayha bada ma nama ahla-ha...») por Ibn Suhayd e Ibn Abi Rabia. Nótese asimismo la perspicacia con que Al-Saqundi hace resaltar la admirable escuela valenciana del siglo XII (Ibn Jafaya, Ibn Al-Zaqqaq, Al-Rusafi, etc.), compuesta por paisajistas literarios de primer orden, creadores de deliciosos «atauriques» líricos e introductores en el fondo de la poesía arábigoandaluza de una «renovación» que podría ser comparada, como punto de referencia, a la introducida por Góngora en la poesía castellana renacentista. Autores de la talla de Ibn Darray Al-Qastali son asimismo debidamente valorados. Si antes hemos comparado la «Risala» con la «Oración apologética» de Forner en un aspecto, en este otro merecería parangonarse con la «Carta» del marqués de Santillana al condestable de Portugal.

Las páginas dedicadas a describir las ciudades de España son, sin embargo, y sin duda alguna, las mejores del opúsculo. De todas las metrópolis andaluzas poseemos circunstanciadas descripciones de geógrafos (como las de Al-Idrisi, por

ejemplo), cargadas de detalles, exactas en sus mediciones de millas y parasangas. De todas sobreviven noticias dispersas, desvaídas, pulverizadas. Pero nadie como Al-Saqundi ha dado de ellas, en líneas breves y apretadas, semblanzas relampagueantes, grávidas de verdad y de poesía. Ningún pueblo ha amado las ciudades tanto como el musulmán, que las ha cortejado como novias, en frases que aún resuenan en el Romancero. Al-Saqundi responde a ese espíritu, y al evocar ante los ojos de los incultos huéspedes del desierto los paraísos de España, apresa en síntesis felices, cuajadas de observaciones menudas, la imagen de la Andalucía del siglo XIII; mejor dicho, de la Andalucía eterna.

Sevilla y Córdoba se adelantan en primer plano. Sevilla—con sus casitas limpias, «que parecen, de encaladas que las tienen, estrellas blancas en un cielo de olivos»—era a la sazón la gran capital de España. Acababa de erigirse la Giralda, y a su sombra, los sevillanos bebían y hacían chistes. En la descripción sobresalen las palabras precisas: el río, el vino, el amor, la burla, la guitarra, el limonero. Córdoba, en cambio, quedaba anegada en el pretérito, poblada de nobles sombras: sabios, caudillos, príncipes beatos, austeros inquisidores maliquies. Dormida al pie de la Mezquita, aparece ya como en la canción del poeta de hoy:

Córdoba, lejana y sola...

En torno a entrambas se agrupan las demás, como hermanas menores: Jaén, arisca y polvorienta, con su seda, su azafrán y sus bailarinas; Granada, roja y verde, tristemente sensual con sus enamoradas poetisas; Málaga, célebre por sus higos, sus pasas y su vino; Almería, mercantil y cristalina, sembrada de ágatas, «que echaban los magnates bereberes en sus botijos»; Murcia, fecunda y alegre, «donde una novia puede comprar entero su ajuar»; Valencia, «ramillete de España», inundada de luz; Mallorca, próspera y altiva en su aislamiento....

(El Sol, 27 - Enero - 1934)

CONTRIBUCION A LA TOPONIMIA ARABE DE ESPAÑA. Por Miguel Asin Palacios. Madrid, 1940. 8.º, 156 pág. Publicaciones del Consejo Superior de Investigaciones Científicas.— Patronato Menéndez Pelayo - Instituto Benito Arias Montano.

El gran maestro del arabismo español acomete en esta obrita de batalla el árduo problema de poner a disposición de los eruditos la copiosa etimología arábiga de muchos lugares y accidentes geográficos de España, cuyo trabajo, apesar de tener honrosos antecedentes en nuestra patria, que recuerda el autor, no tenían el problema al día, como lo hace Don Miguel Asin con su doble personalidad literaria de primer maestro del arabismo y director de la Academia Española de la Lengua.

Extraemos algunos nombres de interés para la comarca cordobesa.

Adamuz, la cueva, la cisterna, el rincón.

Albolafia, apodo, el de la buena suerte o salud.

Alcaidia, denominativo femenino de Alcaide, supliéndose «alquería» o «aldea», es decir «del Alcaide».

Alcaracejos, plural diminutivo español de Alcaraz, el cerezo.

Alcazarejos, plural diminutivo español de Alcázar, el palacio.

Alcolea, el castillejo.

Alcorucén, las dos salidas.

Algodor, los estanques.

Almenara, la atalaya.

Alisné, el fuerte, el castillo.

Almedina, la ciudad, y su diminutivo Almedinilla.

Almodóvar, el redondo.

Almogávar (castillo), el guerrero.

Almoradí, el de Murad. Yaqut registra un Murad, castillo cerca de Córdoba. (Morad, Moratilla, Moratalla).

Añora, la noria.

Azores (Córdoba), plural español de «azor», el muro.

Bacar, bueyero. Yaqut lo registra también en Arabia como topónimo de montañas.

Benamegí, «Banu Magila», nombre de una tribu berberisca.

Bujalance, torre de la culebra. En el libro de las Tablas, de la Catedral de Córdoba, documento de 1270, aparece transcrito Burilahace y Burialhaz.

Castil-Ansur. Híbrido formado de Castil, castillo, y anzur, fuente.

Guadajoz, río de la turbia.

Guadalbaida, río de la albaida, de la planta así llamada por el color blanco de sus hojas.

Guadalbarbo, río del bereber.

Guadalcázar, río del palacio o alcázar.

Guadalmazán, río del fuerte.

Guadalmez, río del almez.

Guadalmoral. Híbrido de *wadi*, río, y el castellano «moral».

Guadalquivir, el río grande.

Guadarromán, río del granado (o Guarromán)

Guadatín, río del barro.

Iznájar, castillo alegre.

Jara (La), tierra cubierta de jara.

Olías, altura.

Rambla, arenal.

Ruzafa, jardín, parque. Yaqut registra hasta nueve Ruzafas en Oriente, fundadas casi todas por califas y príncipes para su

recreo, entre ellas las famosas de Basora, Bagdad y Damasco, además de la erigida cerca de Córdoba por Abderraman I, en recuerdo y a semejanza de la de Damasco.

Zahara, la brillante.

Zambra, bando, grupo.

Zahira, la bonita.

Topónimos probablemente arábigos, todavía no descifrados (de Córdoba):

Albendín. Aljazar, Aoxin, Belalcázar (1), Benajarate, Guadalbacarejo, Guadalete, Guadalora, Guadamatilla, Guadalmellato (2), Guadamora, Guadanuño, Guadazueros, Guadiatillo, y Guadiato.

GONZALO DE CÓRDOBA, EL GRAN CAPITÁN. Por Luis María de Lojendio. Espasa-Calpe. Madrid, 1942. 380 págs.

EL GRAN CAPITÁN. Por Juan Cabal. Editorial Juventud. Barcelona, 1942. 216 págs.

EL DUQUE DE RIVAS o LA FUERZA DEL SINO. Por Nicolás González Ruiz. 1943. 366 págs. Ediciones Aspas.

ESTAMPAS ROMANTICAS. Por Antonio Ramírez Lopez, Correspondiente de la Real Academia de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes de Córdoba. Prólogo de Pascual Santacruz. Córdoba, 1942. Imprenta La Verdad. 156 págs.

Contiene diversos reportajes españoles hechos por el autor en diferentes viajes, en los que describe jugosamente hechos, paisajes y personas, con un alto espíritu patriótico y cordobesista, publicados anteriormente y recogidos ahora en este librito.

MANOLETE. Dinastía e historia de un matador de toros cordobés. Por José Luis Sánchez Garrido (José Luis de Córdoba) y Rafael Gago. Prólogo de Rafael González (Machaquito). Córdoba, 1943. Imprenta Provincial. 222 págs.

EL «CASO» MANOLETE. Por Felipe Sassone. Madrid, 1943.

OMAR-BEN-HAFSUN. Un reino cristiano andaluz en pleno imperio islámico español. (854-917), por Fidel Fernández. Barcelona, 1942. Editorial Juventud. Dedicado a la Real Academia de Ciencias Bellas Letras y Nobles Artes de Córdoba. Obra póstuma.

Es una historia novelada, con abundante bibliografía, de la rebelión de Bobastro contra los Califas de Córdoba, que algunos historiadores califican de «la Covadonga del Sur», y en la que don Fidel vertió los postreros jugos de su ferviente andalucismo.

(1) Belalcázar fué llamado desde el siglo XV la antigua población de Gáfec o Gahete.

(2) Guadalmellato es híbrido de *wadi*, río y *Armilatatus*, desinencia anterior a la conquista árabe. El célebre monasterio de San Zoilo Armilatense, tan celebrado entre los mozárabes, estaba en la ribera de este río.

Memorias de los Museos Arqueológicos Provinciales. 1940. 1941. 1942. Tres tomos. Publicaciones de la Inspección General de Museos Arqueológicos. Madrid.

Registran en las memorias correspondientes al Museo de Córdoba, que la Inspección General califica «entre los Provinciales, el más rico, el más completo y el más variado, con una potencialidad de vida considerable, debido en gran parte a la inextinguible riqueza arqueológica del suelo cordobés», todas las incidencias habidas en dichos tres años por tan importante centro.

Aparte de los datos relativos a catalogación, registros, inventarios, visitas, excursiones, etc., el director del Museo de Córdoba en este periodo, don Samuel de los Santos, hace notables descripciones, que equivalen a extensas monografías, de los objetos de excepcional interés ingresados en aquél.

En el año 1940 destaca el capitel latino-bizantino cordobés de los siglos VI-VII con los cuatro Evangelistas en sus frentes; un frontal de sarcófago paleo-cristiano, de mármol blanco, representando Daniel en el foso de los leones; colección de esculturas ibéricas e ibero-romana en excavaciones de Cabezas del Rey (La Rambla, Córdoba); y numerosos donativos de objetos prehistóricos, cerámica del bronce, sarcófagos romanos, estatuas, capiteles, monedas, etc.

En el año 1941 las adquisiciones y donativos de objetos de las más diversas épocas son también numerosos. La memoria describe especialmente los mosaicos descubiertos en las obras del Convento de las Esclavas, y el tesoro hispánico ante-romano de Los Almadenes (Pozoblanco), ya descritos en nuestro BOLETIN (Enero-Marzo 1928) reproducidos con numerosas fotografías.

En el año 1942 «ha sido el Museo de Córdoba el que ha tenido mayor número de ingresos, con 438 objetos en propiedad y tres en depósito» (Siguen Valladolid y Palencia con 250 y 157, y con cifras inferiores a 100 los demás de España). También ha llevado la primacía en redacción de cédulas de sus inventarios y visitas de investigadores, en cuyos conceptos le sigue el de Barcelona. En atención a esta capital importancia, el Estado ha adquirido para albergar tan importante centro, la histórica Casa de Jerónimo Paez (O. 24 Julio 1942, B. O. 7 de Agosto) en 500.000 pesetas. Por último, en 31 de Diciembre de 1942, la Dirección General de Bellas Artes ordena que las colecciones arqueológicas de Medina Azahara y del Museo de la Mezquita, pasen a incrementar en su nueva instalación las del Museo Arqueológico, para que a base de las tres, de máxima importancia, se constituya, más que un museo provincial, «un Museo Nacional», de carácter Hispano-árabe.

El director del Museo, señor de los Santos, en su memoria,

aparte la reseña de los datos oficiales relativos a movimiento anual del centro, destaca; la compra del mosaico de la Compañía; hallazgo y estudio de brocales califales; relieve de Ceres y Proserpina, etc.

La Cerámica Medieval Española. Por Emilio Camps Cazorla. Madrid, 1943. Publicaciones de la Escuela de Artes y Oficios artísticos de Madrid.

«Folleto de 34 páginas con láminas aparte, en el que se vulgariza la técnica cerámica con el arte que la misma engendra, y que en España, a partir del Califato cordobés, produce una gran riqueza de decorado, cuya escuela se extiende hasta principios del XVII y cuya evolución estudia el autor con gran acierto.»



REVISTAS

La trayectoria seguida por el arte poético y musical islámico andaluz. Por el P. Patrocinio García. «Mauritania», 1.º de Septiembre 1943.

Se refiere al Congreso de Música marroquí (Fez, 6-10 Mayo 1939), después de hacer una relación histórica de la música andaluza en una extensa memoria en la que reconoce sobreviven cuatro repertorios de nubas andaluzas: las de Túnez, traídas por emigrados de Valencia; las de Argel, de Córdoba; las de Fez, de Sevilla, y las de Tetuán, de Granada. De estas últimas fueron recopiladas las once más notables por Al- Haik, tetuaní, el año 1762, que se conservan.

Un aspecto de la influencia del arte califal en Cataluña. (Basas y capiteles del siglo XI). Por Félix Hernández. «Archivo español de Arte y Arqueología. núm. 16. Madrid, 1930.

San Miguel de Cuixá, iglesia del ciclo mozárabe catalán. Por Félix Hernández. «Archivo español de Arte y Arqueología». Mayo-Agosto, 1932.

La Torre Arabe de Noviercas. Por A. Gaya Nuño. AEAA. Septiembre-Diciembre, 1933.

Instalación en el Museo de Játiva de las antigüedades árabes del Palacio ducal de Pinohermoso. Por Carlos Sarthou Carreres. «Boletín de la Sociedad Española de Excursiones». Diciembre, 1931,

Describe, con bellas fotografías, los restos musulmanes de mencionado edificio, de directa filiación califal, aunque más avanzado.

Un nouvel exemplaire des trois premières tomes de la Daira de Ibn Bassam. Por E. Levy-Provençal. «HESPERIS», 3 trim. 1934.

Un Manuscrit de la bibliothèque du calife Al-Hakam II. Por E. Levy-Provençal. «HESPERIS», 3 trim. 1934.

Se trata de un ejemplar hallado en la biblioteca de la Mezquita Alcarauín, de Fez, del «Mohtasar» de Abu Musab Ahmed ben Abubecr Az-Zuhri, ejecutado para la biblioteca del califa de Córdoba, según atestigua la última página de dicha copia, de la cual exhibe una hermosa fotocopia, y en la cual se lee, con letra «que no ha perdido todavía su aspecto angular arcaico», y «la elegancia de esta cursiva del siglo X no deja de recordar la del cúfico de la epigrafía cordobesa contemporánea»: «Esta copia ha sido escrita por Husáin ben Yusúf, esclavo del Iman Alháquem Almostansir biláh emir de los creyentes—que Aláh prolongue su duración y perpetúe su califato—en sabán del año 359». (9 Junio-7 Julio 970)

Un Chirurgien musulman du royaume de Grenade: Mohamad As-Safra. Por H. P. J. Renaud. «Hesperis», I-II, 1935.

Muy interesante para la historia de la Medicina.

Les coupoles des grandes mosquées de Tunisie et d'Espagne aux IX et X siècles. Por E. Lambert. «Hesperis», III. 1936

El mosaico romano de Baco descubierto en la bodega cordobesa de Cruz Conde. Por B. Taracena y Aguirre. «Cuadernos de Arte», II, 1937. Publicaciones de la Facultad de Letras de Granada.

Los avatares de la guerra civil trajeron a Córdoba al hoy ilustre Director del Museo Arqueológico Nacional don Blas Taracena, el cual, aprovechando la oportunidad de la instalación en su bodega particular del mosaico que en 1929 descubriera don Rafael Cruz Conde, hizo un estudio admirable del mismo, cuajado de citas generales muy atrayentes. Hé aquí algunas:

«Hoy, diez y siete siglos después de haberse formado estos mosaicos, el tema sigue teniendo máxima importancia en la economía de la fecunda región andaluza, olivarera y vinícola como en tiempo romano. Las alabanzas de Strabon (Geographia III, 2, 6,) y de Marcial (IV, 46, 15) al vino dorado de la Bética siguen prodigando-

se por literatos y geógrafos; los acaudalados propietarios, como en tiempo de Columela (XII, 21,) siguen cifrando su riqueza en la posesión de extensos y cuidados viñedos, y miles de cajas de botellas embarcan en los puertos de Cadiz y Sevilla rumbo a la Europa brumosa y a las Américas del N. y S., como hace casi dos mil años embarcaban en Gades, en Hispalis y en el mismo puerto fluvial de la Colonia Patricia, llevando las puntiagudas ánforas de barro llenas de cálido vino andaluz a descargar en los almacenes ostienses, después a derramarse en báquica alegría por la Roma imperial, y más tarde a morir destruidas en las escombreras del monte Testaccio». Continúan citas eruditas sobre los vinos de España en tiempos antiguos.

«Todavía no se ha hecho un estudio de conjunto de los restos de Córdoba romana, aunque el tema resulte por demás atrayente tratándose de la ciudad teatro de tantos acontecimientos y de la que se conservan tan copiosos y ricos materiales arqueológicos.

Ni uno solo de los siglos de Roma posteriores a la conquista de España, trascurrió sin que Córdoba desempeñara un papel importante en su historia militar o política. Asimilada muy pronto a la nueva cultura, ya en los años 168 o 151 antes de J. C., por ser establecimiento de numerosos nobles del orden ecuestre y senatorial, mereció la jerarquía máxima de Colonia (una de las nueve que en la Bética hubo) y el dictado excepcional de Patricia; en los años 152-151 fué sede de la internada de Marcelo y en el 143-42 refugio contra Viriato, de Quincio, el Pretor de la Citerior. En el siglo I antes de J. C., en los años 77-76, también paraje de la internada de Metelo; teatro de importantes acontecimientos militares y querida residencia de César el año 49, y también el 45, después de la batalla de Munda, y plácido cobijo de vergeles y jardines donde los Epigramas de Marcial recuerdan el plátano famoso allí plantado por las propias manos de César. En estos duros siglos de la conquista y las guerras civiles, la Colonia Patricia debía ser no sólo lugar de fortaleza que contara mucho como punto de resistencia, sino también plácida y próspera ciudad de sociedad culta en que descansar de los esfuerzos de la guerra bajo el riente sol del invierno bético y en espera de la próxima campaña militar.

Con la paz imperial, Córdoba crece en importancia política y administrativa. Ya capital de la provincia bética desde que esta surgió el año 27 antes de J. C., y por tanto residencia del Procónsul, en el siglo I de nuestra era es lugar de asambleas provinciales de delegados de Colonias y municipios romanos y latinos que, bajo la presidencia del **Sacerdos provinciae**, se reúnen periódicamente para celebrar el culto imperial, organizar fiestas y censurar la gestión de los gobernadores salientes. Por entonces nacen sus hijos

más preclaros; Anneo Séneca el retórico (55 años antes de J. C.), Lucio Anneo Séneca el filósofo (primeros años de nuestra Era), y Marco Anneo Lucano el poeta (año 39 de J. C.), y también arriscados políticos que intervienen en las conjuraciones contrp Calígula.

Los siglos I y II deben ser los de su máximo florecimiento urbano a juzgar por los abundantes restos arqueológicos. Era entonces nudo de comunicaciones por donde cruzaba la vía Augusta que iba a Sevilla y Cádiz, la que marchaba a Linares y Ciudad-Real, la de Medellín, la de Antequera y Málaga desde Ecija y la de Mérida, que se bifurcaba en Zafra y tenía además, importante puerto fluvial y sólido puente que le daba nombradía.

En el siglo III, Osio (¿257-357), el consejero de Constantino en su lucha contra el arrianismo, enérgico adversario del donatismo y defensor de la catolicidad en Oriente, encarna la nueva fase espiritual de Córdoba, la ciudad defensora de las puras esencias cristianas que, en comienzos del siglo IV, suma al martirologio los nombres de Acisclo, Zoilo, Fausto, Genaro y Marcial. Por entonces, Ausonio, en su **Ordo Nobilium Urbium**, al elogiar la grandeza de Mérida, la IX ciudad del Imperio, dice: «Córdoba, no puede disputarte tu rango ni Tarragona...»

«En la musivaria hispano-romana coresponde a este mosaico uno de los primeros lugares entre los de su tiempo, junto al italicense de la Condesa de Lebrija, junto al de las Hazañas de Hércules procedente de Liria (Valencia), junto al primer hallado de la Vega de Toledo, y a la cabeza de Medusa del Museo de Tarragona, más por encima de casi todos ellos en la perfección del dibujo y en la belleza del matizado. Hermosa muestra de los tesoros del arte del pasado que aún encierra el subsuelo de Córdoba. Grata promesa de futuros hallazgos.

El mosaico de las bodegas de Cruz Conde, cuajado de símbolos y alegorías de la Naturaleza fecunda, se nos ofrece con las más finas piedras como un canto de exaltación a esta tierra ubérrima de la campiña cordobesa, como una alabanza plástica que sumar a los **Laudes Hispaniae** que San Isidoro recogiera para este país al que el Panegírico de Teodosio Augusto llamaba **terris omnibus terra felicior.**»

CÓRDOBA. Por Francis Carco. «Les Anales» Paris, 1 Febrero.

El autor de «Printemps d'Espagne», en cuyo libro describe los pintorescos bajos fondos sociales de las urbs andaluzas, sigue describiendo en este artículo los encaantos que halló en Córdoba.

Los modillones de lóbulos. Ensayo de análisis de la evolución de una forma arquitectónica a través de diez y seis siglos. Por L. Torres Balbas. AEEA, Mayo-Agosto 1936.

Interesante trabajo en que el autor persigue la evolución de los modillones de lóbulos desde la arquitectura clásica, su entronque con la califal cordobesa, y la dispersión de los derivados de ésta después de su pujante desenvolvimiento. Le acompañan abundantes dibujos y fotografías.

Un nuevo «ciervo» califal de bronce. Por E. Camps Cazorla. «Archivo Español de Arte», núm. 58, 1943.

Hará unos veinte años, al construir una casa de propiedad particular en el frente del paseo de la Victoria, de Córdoba, y en el ángulo que hace entrada al viejo camino de Almodóvar, zona que posteriormente se ha revelado de gran riqueza arqueológica, fué hallado, al excavar los cimientos, una figura de bronce, representando toscamente un ciervo, de arte califal. En Febrero de 1940 uno de los propietarios lo llevó a Madrid para depositarlo en el Museo Arqueológico Nacional, donde, tras diversas incidencias, ha sido adquirido por el Estado.

Don Emilio Camps, en este trabajo, hace por vez primera, el estudio del notable ejemplar, de la misma escuela que el conocidísimo del Museo de Córdoba, del cual difiere por tener las patas macizas, y de menor elegancia en conjunto que el cordobés. Por lo demás, el resto de sus caracteres los hace análogos, hasta el extremo de que el autor se pregunta si será este ejemplar «la cierva» que fué a parar al Monasterio de Guadalupe, hallada al mismo tiempo que «el ciervo», bajo la pila de mármol que aún se conserva en el «patio del cervato» del Monasterio de San Jerónimo de Córdoba, y todo ello procedente de Medina Azahara.

Con este motivo, y siguiendo sugerencias del maestro Gomaz Moreno y otros, el A. estudia todas las figuras musulmanas de bronce que desperdigadas por diversos museos del mundo y colecciones, ofrecen cierto parentesco, concluyendo en el origen califal cordobés de muchas de ellas, hasta ahora imperfecta y arbitrariamente clasificadas.

Capiteles epigrafiados del Alcázar de Córdoba. Por Manuel Ocaña Jiménez. «Al-Andalus», III, 1935.

Capiteles epigrafiados de Medinat al-Zahra. Por Manuel Ocaña Jiménez. «Al-Andalus», IV, 1936.

Capiteles fechados del siglo X. Por Manuel Ocaña Jiménez. «Al-Andalus», II, 1940.

Nuevos datos documentales sobre la construcción de la Mezquita de Córdoba en el reinado de Abderrahman II.

Por L. Torres Balbás. «Al-Andalus», II, 1941.

En diversas comunicaciones, E. Lambert, de Caen, suponía que las dos naves extremas de la primera Mezquita de Abderrahman I habían sido adicionadas posteriormente, con ocasión de la ampliación de Abderrahman II, cuya deducción arqueológica vinieron a confirmar unos textos árabes hallados por E. Levy-Provencal. De todoello, ampliamente documentado, así como de los datos aportados por Don Félix Hernández, arquitecto actual de la Mezquita, que contradicen aquellas aseveraciones consta este interesante trabajo.

Capiteles árabes documentados. Por Manuel Gómez Moreno. «Al-Andalus», II, 1941.

El alminar de la iglesia de San José y las primeras construcciones de los ziríes granadinos. Por L. Torres Balbás. «Al-Andalus», II, 1941.

Muy interesante para las técnicas constructivas califales.

La pila de abluciones del Museo de Córdoba. Por Manuel Ocaña Jiménez «Al-Andalus», II, 1941.

Se rebate en este artículo la mención hecha por Amador de los Ríos del origen de esta conocidísima pila, y se dá una nueva versión de su inscripción cúfica, y se fecha el objeto en tiempos post-califales.

Gormaz, castillo califal. Por A. Gaya Nuño. «Al-Andalus», II, 1943.

Después de un interesante estudio descriptivo, el autor concluye: «Lo que supone Gormaz en el arte del Califato, con sus excelencias constructivas, su enorme buque, que solo con la pujanza musulmana del siglo X podía acometerse, sus puertas monumentales y su sobria arquitectura, es algo que solo palidece ante la Mezquita y ello olvidando el efecto que produce su puerta monumental. Medinat al-Zahra le gana en finura y galanuras de ornamento, pero no en construcción. Gormaz, como un todo bien homogéneo que es, fechado en 965, esto es entre Medinat al Zahra y la parte más esplendida de la Mezquita, alcanza el tiempo más fecundo del Califato y valora sus normas constructivas con grandiosidad no superada. Avala, además, su mérito, el ser ejemplar único dentro del Califato en la arquitectura militar, como la Mezquita lo es en la religiosa y Medinat al-Zahra en la palatina; edificios los tres en los que se puede estudiar bien cumplidamente el arte sin par de nuestro Califato. Como cuanto conservamos del arte de los omeyas andaluces es la más de las veces minuciosamente ornamental y pleno

de exquisiteces ello acrecienta el interés de este castillo de Gormaz, de monumental desnudez, poco corriente en lo musulmán.»

Essai sur la province romaine de Bétique. Thouvenot (R). 748 páginas en 4. Paris, 1940.

Nuevos yacimientos de arqueociátidos en la provincia de Córdoba. Por A. Carbonell Trillo-Figueroa. Investigación y Progreso, Agosto 1940.

El tesoro de plata de Salvacañete (Cuenca). Por Juan Cabré Aguiló. AEAA, Mayo-Agosto 1936, p. 151.

Este tesoro de piezas de plata, probablemente votivas y tal vez parte de los tributos en plata que el pueblo indígena estaba obligado a pagar como impuesto de guerra durante las guerras celtíberas a los romanos dominadores, y que estos remitían en grandes remesas a Roma según testimonios de los clásicos, es descrito con todo detalle por el A., quien con este motivo hace un resumen de los tesoros análogos encontrados en España, y enumera los de la Dehesa del Castillo de Azuel (Montoro, Córdoba), aún inédito; Molino del Marrubial (Córdoba), descrito por W. L. Hildburgh (*A find of Ibero-Roman Silver at Cordova*, «Archeología», 1921-22, vol. LXXII); y Los Almadenes (Pozoblanco), descrito por Samuel de los Santos en este BOLETIN (núm. 21, año 1928), entre otros andaluces y del resto español. Resume su opinión sobre el origen centroeuropeo de este arte, su personalidad ibérica, donde constituyen foco en sur y levante, irradian de Andalucía hacia norte, y al llegar la cultura ibérica a la zona de castros con verracos, se origina una reacción, importando las obras de orfebrería del estilo Chao de Lamas (portugues), de Pozoblanco y Marrubial, que integran el tesoro estudiado.

AUTORES CORDOBESES

Capiteles epigrafiados del Baño del Albaicin de Granada. Por Manuel Ocaña Jiménez. «Al-Andalus» IV, 1939.

Manuel Ocaña Jiménez. Notas sobre cronología hispano musulmana. «Al-Andalus». Madrid, 1943, vol. VIII, fasc. II.

Gumersindo Aparicio Sánchez. Los Bóvidos. Monografía premiada con motivo del Concurso Regional de Ganados e Industrias Pecuarias celebrado en Sevilla, en 1943. Sevilla, 1943.

NOTICIAS

Al reanudar su publicación nuestro BOLETIN, cuyo último número vió la luz en 1935, cumplimos gustosamente el patriótico deber de enviar nuestra adhesión al Caudillo que rige los destinos de España, y al Gobierno de la Nación. ¡Viva Franco! ¡Arriba España!

Memoria del curso académico 1942-43

Señores Académicos: El mandato de una disposición reglamentaria, que impone al Secretario de esta Corporación la tarea de reseñar las actividades desarrolladas durante el curso, hace que sea yo quien os dirija unas breves palabras de saludo respetuoso y cordial, en este acto de apertura del año académico 1942-43.

Al aceptar este empeño, superior a mis merecimientos personales, tuve en cuenta que las circunstancias de resurgimiento nacional—resurgimiento que en el campo de la cultura es bien patente—logradas por el Caudillo, exigen de cada uno de nosotros la aportación ardorosa de nuestro trabajo con calidades y estilo de servicio encendido. Porque es evidente que si el triunfo de las armas de Franco produjo en su día un clima apropiado para la especulación científica, cierto es también que la Victoria se hará infecunda si todos los españoles no encadenamos nuestra fuerza y nuestra voluntad a la titánica obra de paz que el Caudillo conduce. Mil manifestaciones de trabajo prueban que España se recobra.

Córdoba, y en su representación intelectual esta centenaria Academia, han sabido rimar su esfuerzo al tono del tiempo nuevo y una labor de ritmo constante es el índice que marca su afán de superación futura en afanes de engrandecimiento patrio.

No he de hacer declamatorios alardes de sus actividades, que no cuadran a la reposada naturaleza de los logros científicos, ni a la sencillez que la modestia del que os habla exige. En la inauguración del presente curso, solo trazaré un ligero resumen de la labor de la Academia, que supo seguir fiel a su carácter de porta-estandarte de la vida intelectual cordobesa.

Una solemne sesión extraordinaria,—la dedicada a conmemorar el centenario de San Juan de la Cruz—marca el comienzo de este periodo, y otra sesión del mismo tipo,—la celebrada en honor de los componentes de la Ruta cervantina—, lo cierra.

Entre una y otra, se celebraron veinticinco sesiones ordinarias en las que disertaron, sobre los temas que se indican los señores académicos que a continuación se expresa:

Don Francisco Blanco Nájera. La ascética y la Mística de San Juan de la Cruz.

Don Manuel Enriquez Barrios, sobre «La poesía de San Juan de la Cruz.»

Don Rafael Castejón y Martínez de Arizala «Principio y fin de un señorío.»

Rvdo. P. Suárez, sobre «Optimismo y Pesimismo.»

Don Pascual Santacruz, «El espíritu aragonés en la literatura y en el arte.» (Dos conferencias)

Don Rafael Castejón, «Sobre el libro de Asin Palacios, contribución a la toponimia árabe de España.»

Don Daniel Aguilera Camacho. «Las imágenes de la Inmaculada en Córdoba.»

Don Aureliano Fernández González, sobre «El fuero de Córdoba.»

Don Antonio Sarazá Murcia, sobre «Un capítulo de Mis Vacaciones en España», de Edgar Quinet.

Don José Amo Serrano. «En busca de la felicidad», tema sobre el que abrió controversia interviniendo en varias sesiones, los académicos Sres. Castejón, Roldán Arquero, Santacruz y Enriquez Barrios.

Don José Navarro Moreno, sobre «El sueño. Como se produce y por qué.» (Dos sesiones.)

Don Francisco Algaba Luque, que dió a conocer su magnífico poema musical «El Calvario.»

Don Antonio Sarazá Murcia, «Los Estudios y la Escuela de Veterinaria en tiempos de Carlos III.»

Don Juan Gómez Crespo, sobre «Los españoles en Tierra Santa»

Don Antonio Sarazá Murcia, sobre «Los emblemas y escudos de los Reyes Católicos.»

Don Pascual Santacruz, sobre «La Academia y las Mujeres.»

Don José Martín Ribes. «El Coro de la Catedral de Córdoba.»

Don José de la Torre y del Cerro, sobre «Don Lope de Sosa cordobés.»

Don Manuel Enriquez Barrios, sobre el tema «Córdoba y Cervantes.» Don Gregorio de Lucas, «Por Córdoba y por Cervantes.» Y Don Salvador Torrijos, «En defensa de Sancho Panza.»

El día 10 de Abril, celebró la Academia una sesión extraordinaria, con motivo del viaje del Caudillo a nuestra ciudad en la que se trató del establecimiento en Córdoba de un Centro de Estudios Musulmanes, conforme a los deseos expresados por el Jefe del Estado en ocasión solemne.

Circunstancias que no son del caso, han retardado la iniciación de esta empresa que tiene capitalísima importancia para la vida futura de Córdoba.

En la sesión del día 17 de Abril, ocupó la cátedra de la Academia el notable escritor e investigador Don José de Torres Rodríguez, quién dió a conocer sus trabajos de crítica y continuación de las obras del ilustre cronista señor Ramírez de las Casas Deza. La Academia felicitó al Sr. Torres por su meritoria labor.

Movimiento de Académicos

Durante el pasado curso, la Academia ha tenido la satisfacción de aumentar la lista de sus individuos, con los nombres de la Srta. María Teresa García Moreno, Don Rafael García Guijo, Don Rafael Bernier Soldevilla y Don Rafael Díaz Penó, quienes con el prestigio de una personalidad bien ganada, ofrecen a la Academia el desarrollo de una fecunda labor.

No he de hacer el elogio de la Srta. García Moreno ya que de todos es conocida su competencia profesional e inspiración, bien patentes una y otra en el Concierto celebrado en el Salón Capitulár del Ayuntamiento en honor de los miembros de la Ruta Cervantina.

La Academia expresa públicamente su satisfacción y se felicita por contar entre sus académicos a la Srta. García Moreno.

Idéntica satisfacción siente con la incorporación de los señores García Guijo, el veterano y laureado pintor que mantiene la enseña de la escuela cordobesa, y Bernier y Díaz Penó, que en las artes aplicadas y decorativas, mantienen la tradición y con su juventud son una adquisición valiosa de la que mucho espera la Academia.

El 28 de Noviembre de 1942 y el 22 de Mayo de 1943, tuvieron lugar los actos solemnes de recepción de los numerarios Sres. González Soriano y Arévalo García, quienes leyeron magníficos discursos sobre «Botánicos cordobeses del período califaí» y «Algo sobre la copla andaluza», respectivamente.

Durante el pasado curso, la Academia ha experimentado pérdidas muy sensibles con el fallecimiento de tres de sus miembros:

Fidel Fernández, el hombre de ciencia y literato insigne que tan bellas páginas dedicó a cantar las bellezas de Granada y a desentrañar los más áridos temas científicos, falleció días antes de ver publicada su obra «Omar ben Hafsun» que gentilmente había dedicado a nuestra Academia.

Rodríguez Marín, el príncipe de los cervantistas españoles que tanto distinguió a Córdoba con los frutos de su investigación e inge-

nio; y Pérez Jiménez, el ilustre médico y laborioso colaborador, se fueron para no volver, dejándonos la enseñanza de su vida ejemplar y el recuerdo de sus virtudes.

Biblioteca

Nuestra Biblioteca ha tenido la fortuna de encontrar un académico al que sus ocupaciones y su voluntad han permitido formar por completo el catálogo y ordenación de sus obras. En este acto, la Academia reitera su gratitud al Sr. González Soriano, así como a los señores Valenzuela, Sra. Viuda de D. Fidel Fernández, Sarazá Ayustante, Santacruz, Ramírez López, Benavides Moro y Enriquez Romá por sus donativos de libros, en particular al Sr. Valenzuela que donó doscientos volúmenes.

Mr. Regnaull Sarrasin, de Basilea (Suiza), donó asimismo tres magníficos cuadros de los que es autor, enriqueciendo nuestra colección.

Correspondiendo a la campaña de divulgación de sus tareas, realizada desde las columnas del Diario «Córdoba» por su redactor señor Gago, acordó la Academia felicitarle y testimoniarle su agradecimiento.

Tal es en resumen la labor realizada por la Academia durante el pasado curso. Perdonad la molestia a que os estoy condenando con la lectura de este pobre trabajo limitado a la enumeración de hechos que todos conoceis, y reciban el reconocimiento sin límites de la Academia cuantos han contribuido al éxito de sus trabajos.

He dicho.

*
* *

Académicos fallecidos

En el transcurso de los ocho años pasados desde que nuestro BOLETIN dejó de publicarse, han fallecido los siguientes miembros de nuestra corporación:

NUMERARIOS:

D. Rafael García Gómez, Doctoral de la Iglesia Catedral de Córdoba, en 15 de Agosto 1939.

D. Rafael Vázquez Aroca, Catedrático de Ciencias físico-químicas en el Instituto de 2.^a Enseñanza, en 31 Diciembre 1937.

D. Benigno Iñiguez González, Abogado, en 30 Enero 1936.

D. Ricardo Montis Romero, Periodista, en 3 Julio 1941.

D. Ezequiel Ruiz Martínez, Catedrático jubilado de Dibujo en el Instituto de 2.^a Enseñanza.

D. Manuel Ruiz Maya, Médico, en Agosto 1936.

D. José Priego López, Inspector de 1.^a Enseñanza, en 22 Julio 1939.

D. Federico de Chaves y Pérez del Pulgar, Conde de Casa Chaves, Doctor en Ciencias Químicas, en 31 de Diciembre de 1936.

D. Arcadio Rodríguez Camacho, Médico, en 24 Abril 1936.

D. Emilio Luque Morata, Médico, en 19 Febrero 1939.

D. Juan Carandell Pericay, Catedrático de Ciencias Naturales en el Instituto de 2.^a Enseñanza, en 30 Septiembre 1937.

ELECTOS PARA NUMERARIOS:

D. Agilio E. Fernández García, Catedrático de Matemáticas en el Instituto de 2.^a Enseñanza, en 6 Noviembre 1941.

D. Enrique del Castillo Romero, Abogado, en 1.^o Julio 1935.

D. Rafael Jiménez Amigo, Abogado, en 21 Enero 1932.

D. Manuel Alfaro Vázquez, Profesor jubilado de Dibujo en el Instituto de 2.^a Enseñanza, en 14 Diciembre 1932.

D. Francisco Cabrera Pozuelo, Jefe de Telégrafos, en 2 de Septiembre 1939.

EXNUMERARIOS:

D. José Marin Cadenas, murió en Almodóvar del Campo, en 3 de Diciembre 1940.

D. Antonio Escamilla Rodríguez, en Madrid, el 30 Marzo 1944.

CORRESPONDIENTES EN CÓRDOBA

D. Juan Moran Bayo, Catedrático de Agricultura del Instituto de 2.^a Enseñanza, en 27 Agosto 1939.

D. Ricardo Pérez Jiménez, Médico, en 23 Septiembre 1943.

Doña Carmen Martel y Arteaga, Marquesa del Mérito, en 17 Abril 1937.

D. Mariano Gómez Camarero, Director de la Banda Municipal de Música, en 10 Febrero 1938.

Esta larga nómina expresa con su triste elocuencia el dolor de nuestra Corporación. Sucesivamente nuestro BOLETIN irá dedicando a los ilustres fallecidos el recuerdo que merecen. (D. E. P.)

Composición de la Real Academia de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes de Córdoba en 1.º de Enero de 1944

ACADÉMICOS NUMERARIOS

	Fecha de recepción	
1.—Itmo. Sr. D. Enrique Romero de Torres.....	20 Mayo	1905
2.—Dr. D. José Amo Serrano	9 Noviembre	1907
3.—Itmo. Sr. Dr. D. Manuel Enríquez Barrios..	11 Abril	1910
4.—Itmo. Sr. D. José M. ^a Rey Díaz	23 Diciembre	1916
5.—Itmo. Sr. Dr. D. Rafael Castejón y Martínez de Arizala	23 Abril	1919
6.—D. Antonio Carbonell Trillo-Figueroa	11 Mayo	1922
7.—D. José de la Torre y del Cerro	4 Noviembre	1922
8.—D. Rafael Gálvez Villatoro	23 Abril	1926
9.—D. Victoriano Chicote Recio.....	23 Abril	1927
10.—D. Vicente Orti Belmonte.....	28 Noviembre	1928
11.—D. Antonio Sarazá Murcia	23 Mayo	1933
12.—D. Pascual Santacruz Revuelta	1 Enero	1940
13.—D. Daniel Aguilera Camacho	20 Febrero	1940
14.—Dr. D. José Navarro Moreno	21 Febrero	1942
15.—D. Francisco Algaba Luque.....	12 Mayo	1942
16.—D. Antonio González Soriano.....	28 Noviembre	1942
17.—D. Antonio Arévalo García.....	22 Mayo	1943
18.—Dr. D. Rafael Giménez Ruiz.....	27 Noviembre	1943

ACADÉMICOS ELECTOS PARA NUMERARIOS

	Fecha de elección	
19.—Itmo. Sr. Dr. D. Juan E. Seco de Herrera y Martín-Moyano.....	10 Noviembre	1917
20.—Excmo. Sr. Dr. D. Adolfo Pérez Muñoz.....	10 Abril	1921
21.—D. Dionisio Ortiz Rivas	22 Mayo	1926
22.—D. Samuel de los Santos Gener.....	10 Mayo	1929
23.—Itmo. Sr. D. Félix Romero Menjibar.....	11 Noviembre	1939
24.—Dr. D. Pedro Barbudo Suárez-Varela.....	31 Enero	1942
25.—D. José Martín Ribes	31 Enero	1942
26.—D. Rodrigo Castaños Oller.....	31 Enero	1942
27.—Dr. D. Enrique Luque Ruiz.....	4 Diciembre	1943
28.—.....		

ACADÉMICOS EX-NUMERARIOS

1.—Dr. D. Eduardo Hernández-Pacheco y Esteban.	Madrid	1907
2.—D. José Fernández Bordas.....	Madrid	1909
3.—D. Manuel Galindo Alcedo.....	Madrid	1917
4.—D. Antonio Gil Muñiz.....	Málaga	1922
5.—Dr. D. José Manuel Camacho Padilla.....	Jaén	1927

